

BIANCA®

Su seductor amigo

Allison Kelly

$3.50 U.S.

Su seductor amigo

Casi todas las mujeres encontraban irresistible a Jye Fox, pero para Steff simplemente era el chico con el que había crecido… sexy, estupendo, pero nada más.

Y Jye sentía mucho cariño por Steff… ¡aunque a menudo criticaba su desastrosa manera de cocinar y su aún más desastrosa vida amorosa! Era una mujer imposible, pero en el momento de necesitar una esposa falsa para asegurarse un trato de negocios, no pudo pensar en alguien mejor. Sin embargo, fingir estar casados significaba compartir un dormitorio… ¡y descubrir una atracción sexual que no era nada fingida!

Capítulo 1

La puerta del despacho de Jye se abrió con tanta violencia que éste creyó que en la estancia iba a irrumpir un equipo de bomberos; pero quien entró fue una rubia platino de un metro sesenta de altura enfundada en un traje amarillo canario.

—Buenos días, Steff —saludó, dejando el informe que había estado leyendo—. Duncan me dijo que habías vuelto.

—¡Él lo sabía! —respondió a modo de saludo.

«Oh, oh», pensó Jye, que habría preferido a los bomberos. Stephanie Worthington furiosa no era algo a lo que un hombre debiera enfrentarse sin al menos un whisky en el estómago y otro en la mano. El modo en que podía oscilar de la volatilidad a la vulnerabilidad era capaz de dejar a una persona en un desequilibrio emocional.

—¿Puedes creerlo? —demandó ella—. ¡Sabía en todo momento que estaba casado! ¡Quiero decir, lo sabía y no dijo ni una sola palabra! ¡Oh, Dios! ¡Estoy tan enfadada que podría arrancarle el corazón! No estaba preparada para que me lo soltara de esa manera. Incluso ahora me cuesta creer lo sucedido, y...

—Stephanie —interrumpió, sabiendo que si no la cortaba en ese momento podría divagar durante una hora sin que él se enterara de nada—. ¿De qué estás hablando? ¿Quién lo sabía?

—El padrino, por supuesto —fue de un lado a otro sin dejar de pasarse la mano por su corto pelo—. ¡Ha sabido en todo momento que estaba casado y yo ni siquiera me enteré hasta ayer por la noche! Así... —chasqueó los dedos—. ¡Se levanta y se casa sin decir una palabra!

Cualquiera que no conociera a Duncan Porter habría pensado que la evidente irritación de su ahijada al descubrir que ella era la última en enterarse de su matrimonio era comprensible. Pero Jye conocía a Duncan Porter. También era su tutor y lo había criado desde los diez años. Lo cual habría sido reto más que suficiente para cualquier soltero, sin los quebraderos de cabeza adicionales de educar a la airada y gesticulante rubia que no paraba de moverse en el despacho de Jye.

—Quiero decir, ¿puedes creértelo? —repitió. Jye no podía. La idea de que Duncan, de setenta y dos años, se hubiera casado sin mencionárselo a ninguno de los dos resultaba incomprensible. No, imposible; incomprensible era Stephanie.

—¡Maldita sea, Jye! —bufó—. ¿Es que no vas a decir nada? No me vendría mal un poco de simpatía.

—Lo siento —murmuró, luchando por contener una sonrisa—. Te prometo que te brindaré toda mi simpatía si te calmas y me cuentas de qué demonios estás hablando.

—¡Hablo de Brad Carey! —su tono y su mirada impaciente indicaron que el nombre debería significar algo para él.

—Carey… Carey… —el nombre resultaba vagamente familiar, pero…— ¡Ah! ¿Te refieres al tipo que Duncan ascendió a Director de Diseño hace más o menos una semana?

Un suspiro sonoro y un gesto de ella confirmaron que había identificado al hombre. Jye apenas iba por el departamento de diseño, y en las raras ocasiones en que tenía que tratar con él lo hacía a través del director, pero Carey y él aún no habían necesitado ponerse en contacto.

—¿Y? —instó cuando Steff no añadió nada más—. ¿Qué pasa con él?

—Te lo acabo de decir —espetó—. Se casó.

—Entonces es él quien necesita mi simpatía, no tú —ese comentario por lo general habría provocado uno de los discursos a favor del matrimonio de Steff; pero lo único que consiguió fue que frunciera los labios y parpadeara con vehemencia—. ¿Steff? ¿Qué pasa?

—¡Se casó con Karrie Dent!

—Hmmm… ¿su secretaria? —Jye tuvo que volver a esforzarse por darle una cara al nombre.

—¡Sí! —exclamó antes de menear otra vez la cabeza—. Todo es una locura. Quiero decir, ¿puedes creerte que de verdad se casara con ella?

—Bueno, ella siempre me dio la impresión de ser más el tipo de persona orientada hacia su carrera que la amante de un ejecutivo —ofreció, ya que estaba claro que Stephanie quería su opinión—. Pero es atractiva, así…

—¡Jye! —le lanzó una mirada de «¿eres un completo imbécil?»— ¡Sólo se casaron para que Brad pudiera conseguir el ascenso! —el tono rebosaba desaprobación e indignación—. Es lo que se conoce como matrimonio de conveniencia.

—Un matrimonio de conveniencia… —Jye rió—. Esa sí que es una tontería.

—¡El único tonto eres tú! —replicó, antes de musitar lo que

podría haber sido una disculpa y respirar hondo para calmarse—. Por si no te has dado cuenta, este asunto no me parece gracioso.

—Es evidente. Pero desde donde estoy yo, siempre y cuando no sea mi boda, pequeña, no me parece el fin del mundo.

—¡No lo entiendes! —en esa ocasión se pasó las dos manos por el pelo, revolviéndolo por completo—. ¡Jye, no se aman! ¡Toda la situación es un desastre!

Stephanie era una romántica incurable y, por ende, sus emociones y reacciones siempre resultaban más extremas que razonables, aunque a Jye le sorprendió la pasión con la que reaccionaba ante el matrimonio de dos empleados de la empresa.

—No sabía que tú y esa tal Karrie fuerais tan amigas.

—Bueno, lo éramos. Lo somos. ¡Oh, no lo sé! —respiró hondo y suspiró—. Sólo llegamos a conocernos cuando quise que alguien trazara algunos planos para mejorar mi cocina…

Hizo falta toda la voluntad de Jye para que no estallara en una carcajada. La única mejora útil que Steff podía hacer en su cocina era forrarla con plomo y donarla al gobierno como contenedor para residuos nucleares. El sólo hecho de recordar su reciente intento de hacerle una tarta de cumpleaños a Duncan bastaba para que se le encogiera el estómago.

—Descubrimos que teníamos mucho en común, y por ello a veces al salir del trabajo salíamos. Nada especial, ir al cine, a cenar o a dar un paseo por la playa, ya sabes. Pero una noche regresamos a mi casa y… bueno, nos sorprendió descubrir que nos atraíamos mutuamente, pero una cosa llevó a la otra y terminamos besándonos y…

—¿Qué? ¡Stephanie! —ella se sobresaltó al oír el tono de su voz. Jye no había pretendido gritar, pero… Demonios, no era un puritano, aunque…

—¡No me mires así! Besarse es algo perfectamente normal. Tengo veintiséis años y estoy enamorada de él.

—¿De él ¿Te refieres a Carey?

—Sí —lo miró con expresión cansada—. Brad Carey, del departamento de diseño. Bueno, como iba diciendo…

Jye sintió un profundo alivio. Había mezclado a Karrie con Carey y durante unos segundos su actitud abierta de vivir y dejar vivir se había visto sacudida.

—Oh, Jye… me siento tan confusa.

—Cuéntamelo —musitó; una elección desgraciada de palabras,

ya que Stephanie las tomó al pie de la letra y comenzó una exhaustiva narración de lo que sentía por Carey. En una crisis de negocios Steff podía ser el Peñón de Gibraltar, pero cuando se trataba de su vida personal se venía abajo en seguida, al menos delante de él. Con Duncan siempre lograba mantener un aire de estoicismo en deferencia al credo de reserva del hombre mayor.

—No sé si me siento más desgraciada o furiosa —dijo con suavidad—. Fue tal sorpresa. El padrino me lo dijo en el momento en que bajé del avión y... y...

Así como Steff rara vez lloraba, el frágil temblor de los labios pintados y el rápido parpadeo le indicaron a Jye que era hora de intervenir y distraerla.

—Cariño, estoy seguro de que todo esto te parece devastador en este momento, pero a riesgo de sonar poco sensible y cínico... bueno, te enamoras más veces que las que yo me duermo.

—¡No es verdad! —la expresión de indignación herida la tenía muy dominada. Él la había visto usarla innumerables veces en su juventud para convencer a Duncan de que era inocente de cualquier travesura en que la hubieran descubierto; pero Jye era menos ingenuo. La miró fijamente hasta que ella no pudo dejar de esbozar una sonrisa tímida—. De acuerdo —musitó—. Corrige eso a «más veces que las que duermes en tu propia cama», y lo aceptaré. Pero esta vez es diferente.

—Hmm.

—Hablo en serio, Jye —afirmó con convicción. Lo que siento por Brad era... es —corrigió— realmente especial. Él es... bueno... es único.

—Único, ¿eh? Me lo imagino —dijo con asombro—. ¿Quién habría pensado que Brad tendría tanto en común con todos los chicos de los que te enamoraste en los últimos diez años?

—¡Pero de eso trata! Brad no es como los chicos de los que me enamoré antes —una sonrisa extasiada apareció en su cara—. Es inteligente, considerado, compasivo, divertido y... y... —agitó los brazos—. Y maravilloso.

—¡Y está casado! —le recordó—. Palabra que no sólo hace sonar campanillas, sino que incluso evoca imágenes de anillos y campanillas —el rostro de ella quedó consumido por una expresión de absoluta desolación, haciendo que Jye deseara no haber sido tan directo. Demonios, quizá ese Carey era especial de verdad. Rodeó el escritorio y le pasó un brazo por los hombros abatidos—. Lo siento,

cariño. No ha sido justo. Lo último que necesitas es que yo te lo recuerde. Pero puedes conseguir algo mejor que un tipo que es lo bastante estúpido como para dejarte. En este caso el perdedor es él.

—Gracias, Jye. Pero, por desgracia, en esta ocasión eso no hace que me sienta mejor.

—Funcionó cuando te separaste de Tom —adoptó una expresión cómicamente asombrada—. Y con Dick y con Harry. Por no mencionar a Risueño, Gruñón, Dormilón y todos sus predecesores.

—Sí —ante su intento de humor ella hizo una mueca—, supongo que después de mil repeticiones todo pierde impacto.

—Muy bien, pero no deja de ser menos cierto. Entonces, qué te parece si dejas de ir de víctima y empiezas a mirar el lado bueno, ¿eh?

—Cielos, Jye, tu simpatía y compasión resultan abrumadoras —hizo un mohín.

—Tal como yo lo veo, Steff, tú ya sientes bastante pena por ti misma. Alimentar tu desgracia con una falsa compasión sólo te animara a pensar más en ese idiota —tiró de un rizo plateado—. Y pienso que eres más divertida cuando estás dispuesta a comerte el mundo, Stephanie Worthington —sonrió, le abrazó fugazmente y le dio un beso en la cabeza.

La suavidad sedosa de su pelo era familiar, pero la leve fragancia de su champú no. Se centró en el aroma, pero lo distrajo el modo en que sus dedos jugaron con el puño de su camisa y el cosquilleo en su muñeca.

—Jye...

—Hmm —¿qué perfume era ese? No era el de siempre. Resultaba más almizcleño y empalagoso.

—¡Jye! —su mano dejó de ser gentil al tirar de la muñeca—. ¿Me estás escuchando?

—¿Eh? Lo siento; ¿qué has dicho?

—Que tenías razón...

—¿Me lo puedes dar por escrito?

Ella sacó la lengua y le golpeó el hombro.

—He decidido que estar abatida no le hace ningún bien a mi situación, razón por la que estoy aquí. Necesito tu ayuda, Jye.

—¿Mi ayuda?

—Sí, porque en esta ocasión no pienso arrastrarme como una criatura patética y rechazada para desperdiciar meses curándome las heridas en un exilio social autoimpuesto.

La idea de que alguna vez perdiera una semana en un exilio social autoimpuesto, por no mencionar meses, resultaba fantástica en extremo. Durante los últimos diez años de su vida Stephanie había saltado de «un amor de su vida» a otro con apenas un día o dos para recuperarse.

—Vas a luchar, ¿eh? Es un buen síntoma. Deja que adivine. Piensas quitarle la alfombra de los pies al oportunista Carey diciéndole a Duncan que su matrimonio es un ardid para ser ascendido en…

—¡No seas ridículo! —exclamó perpleja—. El padrino lo despediría en el acto si lo supiera.

—¿Y? ¿Qué mejor manera de vengarte de él?

—Pero yo no quiero vengarme, Jye; sólo quiero recuperarlo.

—¿Estás loca? El tipo se ha casado.

—En realidad, no —sacudió la cabeza—. No es un matrimonio de verdad. No se casaron en una iglesia y no duermen juntos.

—¿Te lo contó Carey? —la expresión de ella hizo que la pregunta fuera retórica—. ¿Y tú le creíste?

—Por supuesto. Brad no me mentiría.

—Claro. ¿Se te ha ocurrido que el sincero y viejo Brad podría estar intentando conseguir la tarta y comérsela también?

—No —dijo—. No conoces a Brad como yo.

—Te conozco a ti, Steff, y no estás hecha para el papel de amante. Por el amor del cielo, siempre has comparado la infidelidad con el asesinato; recuerdo que cuando salí con dos chicas al mismo tiempo lo llamaste «violación emocional». ¡Y eso que no me acostaba con ninguna! ¿De verdad crees que eres capaz de tener una aventura con un hombre casado y vivir contigo misma?

—Te lo repito, Jye, no está casado de verdad.

—Escucha, puede que no haya pasado por el altar, pero, pequeña, ¡casarse es casarse! Créeme, ¡a su esposa no le va a gustar tu intento de arrebatárselo! Sin importar los motivos calculadores que haya podido tener Carey para casarse con esa pobre mujer, te apuesto dinero contra donuts que el único motivo por el que ella se casó es porque se imagina enamorada de él.

—¡Oh, Jye, eres tan ingenuo! —lo absurdo de esa acusación lo dejó mudo, pero, por desgracia, Stephanie no sufrió ese problema —. Fue Karrie Dent quien en primer lugar le sugirió a Brad lo del matrimonio fingido —explicó—. Dio por hecho que él querría conseguir la dirección del departamento cuando éste quedó vacante

y le pidió que la recomendara para ocupar su puesto. Cuando él le informó de que ni siquiera lo considerarían para el ascenso porque al padrino le gustaba que sus ejecutivos estuvieran casados, a Karrie se le ocurrió la idea de un matrimonio de conveniencia. Tenías razón con la evaluación que hiciste de ella, Jye —continuó—. Karrie es una mujer que sólo piensa en su carrera. El interés que tiene por Brad es sólo profesional, nada más.

—¡Tonterías! —replicó él—. Puede que tenga planes para su futuro profesional, pero también los tiene sobre Carey. Piensa en ello, Steff. Si sólo persiguiera el anterior puesto de él, le habría bastado con convencerlo de que se casara con alguien… —calló para dejar que las palabras surtieran su impacto—. Por lo que tú has dicho, se ofreció voluntaria al papel.

La duda nubló los ojos de Stephanie mientras se mordía el labio.

—¡Te equivocas! —exclamó con énfasis—. Karrie le dijo a Brad que no ponía objeción alguna a que tuviera relaciones durante su falso matrimonio, siempre y cuando fuera discreto.

—Imagino que eso también te lo contó Brad, ¿no es cierto? —gimió Jye.

—Sí, y le creo.

—Entonces se reduce a un cara o cruz entre proponerte a ti para el premio a la Señorita Ingenua del año o a él para un Oscar.

—Basta, Jye —imploró—. ¿No puedes ver que lo que tienen Karrie y él es sólo… un acuerdo de negocios? Un acuerdo temporal. Lo que yo siento por él es… —enderezó los hombros—. Bueno, de verdad creo que lo amo.

—¡Pues tu proceso mental apesta! —rugió, incapaz de contener la frustración—. Dios mío, Stephanie, ¿te oyes a ti misma? Estás ahí tratando de justificar tu participación en un asunto sórdido con un hombre casado. Bueno, cariño, si esperas que te dé mi bendición, tendrás que esperar mucho. ¡Puede que a mí no me interese el matrimonio, pero considero sagrado el de los demás!

—¡Deja de ser tan santurrón, Jye! ¡Te repito que no es un matrimonio de verdad!

—¡Si es legal… es real!

—¡No es espiritualmente real!

—Dame fuerzas —Jye alzó la vista al cielo en busca de una pista sobre cómo tratar a una mujer decidida a sabotear su cordura—. De acuerdo —decidió cambiar de táctica—. De acuerdo, finjamos que debido a tus estrechos conceptos de cómo debe ser un matrimonio

de verdad, Brad Carey esté «técnicamente» libre. ¿Por qué, entonces, armas tanto revuelo por el asunto? Quiero decir, dado que lo quieres y él te quiere a ti, si no lo consideras «casado de verdad», ¿dónde demonios radica tu problema?

—El problema —repuso— es que todo el mundo sabe que Karrie no sale mucho, y Brad es tan agradable que siente que no está bien colocarla en una posición en la que, si alguien averiguara que él y yo nos veíamos, quedaría como una tonta.

—¡Pero si el tipo es un santo!

—Pero para mí no tiene sentido esperar hasta que Karrie empiece a salir con alguien —hizo caso omiso de su sarcasmo—. Santo cielo, Jye, ¡lo único que hace es trabajar! Está tan entregada a su carrera que los hombres a los que es probable que conozca son otros ejecutivos que, gracias al pensamiento medieval del padrino, estarán todos casados.

—Bueno, quizá tengas suerte y el chico que se encarga del mantenimiento de las fotocopiadoras se encapriche de ella —sugirió con tono seco.

—Imposible —repuso como si lo hubiera considerado—. Scott es gay. Lo sé porque el año pasado perdí casi todo un mes tratando de conquistarlo.

—¿Quisiste seducir al mecánico de las fotocopiadoras?

—Está muy bueno —se encogió de hombros—. ¡Cielos! Qué sentido del humor tan retorcido tiene... —antes de que él pudiera digerir ese comentario fascinante, ella continuó—: Mira, Jye, sé que no te gusta mucho la idea de que vea a Brad...

—¿Qué te hace pensar eso?

—¡Por favor, Jye! Necesito tu ayuda. ¿Al menos puedes escucharme? —unos enormes ojos azules grisáceos le suplicaron hasta que hicieron que pensara que era él quien se equivocaba.

«¡Maldita sea! ¿Cómo lo conseguía?», se preguntó, y se resignó al hecho de que probablemente estaría muerto antes de ser inmune a ello. Y a pesar de que le encantaría echarla de su despacho y olvidar que alguna vez habían mantenido esa absurda conversación, no podía, no cuando se la veía tan vulnerable; Steff y Duncan eran lo más próximo a una familia que jamás iba a tener. Si no podía darle su simpatía, al menos le debía dejarla hablar para descargar su problema.

—De acuerdo —dijo con voz cansada—. Te escucho. Pero en diez minutos tengo una reunión con Duncan y los chicos del

departamento financiero, así que dispones de ocho para decir lo que quieras decir. Y no se te ocurra pedirme que te cubra el trasero —alzó la voz ante el gesto de ella de querer interrumpirlo— si el jefe llega a averiguar que te acuestas con un hombre casado.

—¡No me acuesto con él!

—¿No?

—¡Sólo he salido con él una media docena de veces!

—¡Demonios! Stephanie, prácticamente me dijiste...

—Cielos, Jye —quedó boquiabierta, con una expresión entre asombrada y dolida— ¿Cómo puedes decir algo semejante? ¿Cómo puedes pensar siquiera que me metería en la cama con un chico que apenas conozco? ¿Cómo...?

—Quizá —cortó su insinuación de que él era el villano ahí— se debe a que acabas de contarme que tu objetivo inmediato en la vida es ser la amante de ese tipo.

—¡Jamás dije eso! —negó con pasión, desterrado ya su aspecto vulnerable.

—Pues es la impresión que recibí.

—Para tu información, el amor tiene algo más que sexo. En contra de tu experiencia personal, no todas las relaciones entre un hombre y una mujer son físicas.

—Es cierto, no todas —coincidió—. Algunas son simplemente exasperantes —se enfrentó a su mirada indignada, sin saber si la emoción que predominaba en él era el enfado o el alivio. Se sintió aliviado al saber que no era amante de Carey, pero, maldita sea, quiso estrangularla por dejar que pensara lo peor y por su renuencia a no cortar dicha relación.

La estudió, preguntándose cómo una mujer tan atractiva, inteligente y culta como Stephanie podía ser tan estúpida cuando se trataba de su vida personal. A pesar de que su pelo revuelto, su graciosa boca y su falda demasiado corta en las reuniones con clientes varones hacían sospechar que sólo era una decoración, Stephanie era un miembro valioso de Porter Resort Corporation. Aunque su objetivo en la vida era el matrimonio, una casita con valla blanca en un suburbio, un montón de hijos y un perro labrador, durante las horas de negocios se centraba absolutamente en su trabajo.

—¿Y bien? preguntó, con los brazos cruzados como una institutriz que recibe a su díscolo pupilo.

—¿Y bien, qué?

—Estoy esperando que te disculpes por sacar conclusiones precipitadas.

Jye no pudo dejar de esbozar una leve sonrisa ante su tono de voz. Intentó ocultar la facilidad con que podía aprovecharse de él. Fue un sentimiento sincero de culpabilidad lo que lo impulsó a romper su duelo de silencio.

—Más que sacar conclusiones, me empujaron a ellas —dijo—, y alzó una mano cuando ella amagó con debatir esa cuestión—. Sin embargo, lamento haber dicho lo que dije.

—Entonces, ¿me ayudarás? —su rostro expresó felicidad.

—¿Ayudarte cómo? —frunció el ceño.

—Seduciendo a Karrie.

—¿Qué?

—Oh, Jye, por favor —suplicó—. Si consigues que Karrie salga contigo, entonces Brad no se sentirá culpable por salir conmigo —incapaz de hablar por la audacia de su petición, Jye sólo pudo menear la cabeza, pero Stephanie dominó incluso su pequeño logro al enmarcarle la cara en sus manos—. ¿No lo ves, Jye? —habló con voz ligera y amable, sin duda en deferencia a su estado de estupefacción—. Es la solución perfecta. De hecho, es la única. Y será fácil. ¡Karrie no se te resistirá! Después de todo, eres inteligente, rico, atractivo, sexy... —casi ronroneó la palabra—. Y, mejor aún, el siguiente en la línea para ser presidente de Porter Resort Corporation. Reconócelo —añadió con sonrisa confiada—, por ser una mujer dedicada a su carrera, aunque Karrie te considere el idiota más grande de la historia, no salir contigo sería la peor decisión profesional que podría tomar.

Sintió una cierta dosis de satisfacción al asirle las muñecas y apartar sus brazos. Se inclinó y pegó la nariz a la suya.

—No.

—No, ¿qué? —ella parpadeó.

—No, no pienso caer ante una sonrisa dulce, una voz suave o alguno de los ardides femeninos con los que acabas de intentar machacarme. Y, no, no voy a pedirle a Karrie Carey que salga conmigo.

El intento de Stephanie de soltarse hizo que pegara su torso al de Jye; su furia era tan evidente como el subir y bajar de sus pechos contra su camisa y su rostro acalorado.

—Ella... se hace llamar... Karrie Dent.

—Puede hacerse llamar como mejor le plazca; no altera el hecho

de que está casada con Brad Carey.

Ella trató de soltarse con más vehemencia, algo que él le negó durante unos segundos, tentado a meterle cierto sentido común en la cabeza. Pero cuando ese impulso benigno de pronto se vio dominado por uno más perturbador de hacerle perder el sentido con un beso, Jye la dejó libre; de inmediato lo lamentó al darse cuenta de que Steff empleaba todo su cuerpo para soltarse. Sus esfuerzo fueron en vano, y un segundo después ella terminó con el trasero en la alfombra. En el acto se puso en cuclillas a su lado.

—Demonios, Steff, ¿te encuentras bien? Cariño, lo siento —extendió una mano para ayudarla a incorporarse—. No esperaba...

—¿Cuánto lo sientes? —los ojos le brillaron con un placer y una expectación casi infantiles.

—No tanto...

—Lo cual demuestra que hablar es fácil —le apartó la mano—. Si de verdad lo lamentaras aceptarías invitar a Karrie. Es lo menos que puedes hacer por tirarme al suelo y lastimarme el trasero.

—No te tiré al suelo —Jye apretó los dientes—. Y si pensara que serviría para algo y le daría algo de cordura a tu tonta cabeza romántica, te azotaría el trasero.

—Y si yo pensara que serviría para algo —repitió con ardor, poniéndose de pie con una celeridad que le proporcionó a él una tentadora visión de su pierna—, apelaría a tu gentil corazón y te pediría que lo reconsideraras. ¡Pero es evidente que no tienes corazón, Jye Fox!

—¿Sí? Bueno, otra cosa que no tengo es tiempo para quedarme contigo y correr otra vez el riesgo de que me manipules —más enfadado que lo que justificaba la situación, recogió unas carpetas del escritorio—. Nos vemos; tengo una reunión a la que asistir.

—¡Jye, aguarda! —le agarró el brazo. Su cara era una mezcla de súplica y cálculo—. ¿Y si te prometiera cocinarte durante una semana por sólo invitar a Karrie a comer?

—Paso. Los dos sabemos que eres una paciente potencial de urgencias cada vez que entras en una cocina; lo mismo le sucede a cualquiera que coma tus platos.

—¿Y si te contara que hace dos semanas empecé a tomar clases de cocina?

El anuncio lo sorprendió, ya que siempre había dicho que en cuanto encontrara al Señor Perfecto dejaría de ser autodidacta en la cocina y asistiría a clases de cocina. Pero, a pesar de las ideas

equivocadas que giraban en su cabeza, Carey, casado o no, no era su Señor Perfecto.

—Diría —respondió con los puños apretados para contener su creciente frustración—, que si supones que con eso me vas a convencer... te equivocas. Ahora mismo la única lección que necesitas, Stephanie, es no jugar con hombres casados. Un plato caliente no es lo único que puede quemarte los dedos.

—Jye, por favor.

—Lo siento, Steff, no. Si quieres fastidiar tu vida, adelante; depende de ti. Pero no esperes que te ayude.

La dejó sola en su despacho, sabiendo que no tenía más que dos opciones para tratar el asunto. O bien podía pasar por el departamento de diseño de camino a la reunión y darle un puñetazo a Brad Carey por tontear con Steff, o bien podía comportarse de una manera racional y mantenerse al margen hasta que ella recuperara el sentido común... ¡y luego darle un puñetazo a Carey por tontear con Steff!

Capítulo 2

A pesar de que los sándwiches de queso se habían quemado sólo de un lado, ese éxito en la cocina no bastó para subir el ánimo de Stephanie. Suspiró, recogió la bandeja con los sándwiches distribuidos de forma artística, dos servilletas y los llevó al salón para reunirse con su amiga Ellee, que se negó a dejarla cancelar su habitual noche de Melrose Place.

Buenas amigas desde sus días en la exclusiva escuela secundaria de monjas, ambas habían estudiado Dirección de Hoteles en la universidad, para ponerse a trabajar en Porter Resort Corporation a las pocas semanas de graduarse. Ellee ya era ayudante de dirección del hotel de Sydney, mientras Stephanie trabajaba en administración, dirigiendo el departamento de promoción de la empresa. El hecho de que fuera la ahijada de Duncan Porter significaba que la gente tendía a pasar por alto su cualificación, pero hacía tiempo que había superado las acusaciones de nepotismo. Era buena en su trabajo, y si otras personas no percibían su dedicación o su agradecimiento por el puesto prestigioso que ostentaba, era su error. El hecho de considerar su actual carrera como algo temporal, aspirando a los papeles más duraderos de esposa y madre, no quería decir que no le gustara su trabajo; únicamente anhelaba un futuro distinto.

No hacía falta un psicólogo para descubrir que el ansia por formar parte de una unidad familiar compacta nacía de haber perdido a sus padres a la edad de seis años, y así como quería a Duncan Porter, y siempre le estaría agradecida por ocuparse de ella y tratarla como si fuera su propia hija, en realidad no era familia. Y tampoco Jye, a pesar de que prácticamente habían crecido como hermanos. Además, ¿quién querría estar genéticamente relacionada con un idiota de mente estrecha, egoísta y santurrón como él?

—Me encanta el sofá, Steff. Tienes un toque especial para la decoración —Steff dejó la bandeja en la mesita junto al vino y logró sonreírle a su amiga mientras se dejaba caer en el rincón del sofá en cuestión, tapizado de amarillo y blanco—. Las clases de cocina deben estar funcionando —comentó Ellee—. La mayor parte sólo se ha quemado por un lado.

—Experimenté con una mezcla de quesos gruyere y roquefort. Dime qué te parecen —alargó la mano para recoger la copa de vino.

—¿Tú no vas a tomar ninguno? —su amiga frunció el ceño.

—No podría. Estoy demasiado deprimida para comer.
—¿Deprimida? Antes me dijiste que querías cancelar nuestra reunión porque estabas demasiado enfadada para ver la tele.
—Y lo estaba. Ahora me siento deprimida.
—¿Porque Jye no te quiso ayudar con Brad?
—¡No! —espetó—. ¡Eso me pone furiosa!
—Cielos, no tienes que arrancarme la cabeza de un mordisco…
—Lo siento, Ellee —suspiró y se reclinó en el sofá—, no pretendía saltar contigo. Es que no he podido ponerme en contacto con Brad desde anteayer; no se lo espera de vuelta en la oficina hasta dentro de dos semanas.
—Ah, la luna de miel.
—¡Ellee! ¡Brad y Karrie no están juntos! Simplemente se tomaron las vacaciones al mismo tiempo por las apariencias. No se tiene una luna de miel con un matrimonio de conveniencia.
—¿Y eso?
—¡Porque no habría nada que hacer, desde luego!
—Por todos los santos, Steff, tu no eres tonta —Ellee se echó el largo cabello castaño hacia atrás— Nada dice que el sexo no puede ser conveniente —sonrió—. En realidad, la idea de tener a un chico atractivo bajo contrato me parece excitante.
—¡Eres tan mala como Jye! ¿Por qué nadie puede aceptar que Brad y Karrie no están interesados en una relación física?
—Porque… —el tono que empleó su amiga por lo general lo reservaba para aclarar bien las cosas— …Brad Carey es arrebatador y Karrie podría trabajar como modelo si alguna vez necesitara dinero.
—Como de costumbre, exageras. Hay un montón de hombres más atractivos que Brad. Y Karrie Dent es demasiado dotada para ser modelo.
—Lo que quieres decir es que, a diferencia de ti, ella tiene busto.
—Yo tengo busto —se defendió Stephanie con toda la convicción que pudo—. Sólo está sutilmente poco resaltado, eso es todo. Además, no todos los hombres tienen obsesión por los globos y un aspecto voluptuoso, ¿sabes? Algunos, como Brad, prefieren la inteligencia y la personalidad en una mujer.
—Sí, pero no necesariamente en la cama —la respuesta de Stephanie fue el silencio y una mirada dura—. Vale, vale, lo siento —se disculpó su amiga—. Estoy segura de que todo lo que te dijo Brad sobre su matrimonio es verdad. Más allá de los límites de la

credibilidad —no pudo evitar añadir—. Pero verdad al fin y al cabo. He de reconocer que en las pocas ocasiones que lo he visto, siempre me ha parecido directo y de confianza.

Stephanie asintió, aunque deseó haberse enterado de la boda antes de que tuviera lugar, y no después, una vez consumada.

Aunque sólo había regresado de Sydney hacía unos días, tras cinco semanas de ausencia, Brad y ella habían hablado varias veces en ese tiempo, y a pesar de que todas las llamadas se habían iniciado por cuestiones de trabajo, ninguna había terminado de esa manera. No había forma de que hubiera podido adivinar el interés de Brad, pero como la ley en Nueva Gales del Sur requería un periodo de «meditación» de cuatro semanas entre la solicitud de una licencia matrimonial y la celebración del enlace, Brad había estado «técnicamente» comprometido durante todas las conversaciones que mantuvieron, y eligió no mencionárselo.

No había resultado fácil ocultar su asombro cuando el padrino mencionó descuidadamente el ascenso de Brad durante la cena que tuvieron tres días atrás, después de que la recogiera en el aeropuerto. En el espacio de unos segundos había pasado de aturdida a incrédula, de tener el corazón roto a estar furiosa.

Nunca en la vida había estado tan encolerizada, ni siquiera con diecisiete años, cuando Jye, que era cuatro años mayor, le había contado al padrino que ella salía con un chico de veinticinco años. Lo que entonces le había indignado era que mientras Jye jugaba a ser un alguacil moral con su romance inocente, estaba inmerso en una aventura con una divorciada que le doblaba en edad. A pesar de que esa actitud rebosaba hipocresía, resultaba insignificante comparada con descubrir que el chico del que estaba un noventa y nueve punto noventa y nueve por ciento enamorada se había casado con otra.

De algún modo había logrado mantener un semblante de normalidad durante la cena con Duncan, pero en cuanto se marchó se puso a llamar a Brad. Al no localizarlo ni en su casa ni en el móvil, marcó el numero de Jye, con la esperanza de tener un oído compasivo, pero respondió una mujer jadeante. De nuevo sus emociones habían pasado de la desesperación a la furia. Demasiado herida para dormir, pasó el resto de la noche alternando entre el llanto y tramar formas espantosas de asesinar tanto a Brad como a esa mujer sin aliento ni rostro.

Al ir a trabajar al día siguiente, se enteró por la secretaria del

departamento de que Brad se hallaba de «vacaciones» y que sólo se lo podía localizar ante una emergencia. Por suerte, una de las ventajas de ser la ahijada del dueño de la empresa era que podías decir: «No intentaría hablar con él si no fuera una emergencia, ¿verdad?» y que nadie lo cuestionara.

No cabía duda de que Brad se había quedado perplejo al oír su voz cuando al fin pudo hablar con él, pero supuso que se lo podía perdonar, ya que su modo de saludarlo había sido: «Hola, miserable pozo de escoria de dos caras». O palabras por el estilo. Al final, sin embargo, se había mostrado sinceramente arrepentido por no contarle lo que pasaba; le explicó que no había querido que sintiera que la ponía en una posición en la que tendría que elegir entre la lealtad hacia su padrino y su empresa por encima de su amistad con él. Ese era el Brad que ella conocía, del que se había enamorado y, tal como le había prometido, existía una carta que le había enviado y que esperaba entre todas las que había recogido aquella misma tarde su vecina.

Fue después de leerla por enésima vez, y tras derramar el correspondiente número de lágrimas, cuando Stephanie tuvo la idea de encontrar una distracción para Karrie; con la ayuda de Jye, el matrimonio profesional de Brad no tenía por qué representar la muerte automática de su floreciente relación con él. Pero Jye se había negado a ayudarla.

—¡Cerdo egoísta de corazón frío!

—¿Perdón? —Ellee enarcó una ceja—. Pensé que Brad era el hombre más amable y maravilloso que Dios había creado.

—Lo es. ¡El cerdo es Jye!

—Jye es un encanto.

—Ser atractivo y sexy no tiene por qué serio todo, Ellee.

—No, pero Jye Fox lo es —repuso con vehemencia—. Jamás te perdonaré por no arreglar que saliera con él.

—Mira, Ellee, lo intenté, ¿vale? Contigo, con Jill, con Kaitlin, con toda maldita mujer que cometí el error de presentarle —sacudió la cabeza y se adelantó para servirse más vino—. Sinceramente, a veces creo que el único motivo por el que hice tantas amigas en mi adolescencia era porque vivía en la misma casa que él.

—Steff…

—¿Hmm?

—Lo era —la expresión de su amiga tuvo éxito en conseguir que Stephanie riera—. ¡Bueno, al menos eso es algo! —aprobó Ellee—.

¿Soy yo quien mejora tu estado de ánimo o esa botella de vino cada vez más vacía?

—Las dos —le guiñó un ojo—. Aparte del hecho de que esta noche espero una llamada de Brad. Pásame un sandwich, ¿quieres?

—¿Estás segura? Ya me comí los que se podían comer.

—¡Todos! Creía que seguías una dieta.

—Steff… sólo había dos.

—Oh. Bueno, ¿cuál es el veredicto?

—Deja que lo exprese de esta manera… no te saltes más clases de cocina.

La llamada de Brad no se había producido cuando Ellee se marchó poco después de las diez. Tampoco a medianoche, cuando una abatida Stephanie se fue a la cama, ni a las tres y cuarto de la mañana, cuando yacía despierta, con el teléfono portátil en las manos. Y tampoco al ocupar su despacho a las ocho de la mañana siguiente.

—¡Stephanie! —se sobresaltó ante la inesperada aparición de su padrino—. Esperaba que llegaras pronto —explicó con evidente satisfacción.

—¿Sí? ¿Por qué? —preguntó, obligándose a centrarse en una actitud laboral. A pesar de la relación íntima que Jye y ella mantenían con el hombre mayor y alto, la rígida disciplina de Duncan al no permitir que ésta se reflejara en la oficina los había condicionado a ambos a comportarse de la misma manera.

—Porque necesito que hagas la maleta y vayas al aeropuerto para tomar un vuelo de las once.

—Duncan —gimió—. No me hagas esto. Acabo de regresar de un viaje de cinco semanas. ¿No puedes enviar a alguien más?

—Ya lo he hecho. Jye se marchó hace dos días —y ella que había estado pensando en el éxito que tenía en esquivarlo—. Al parecer tiene un problema…

—Más de uno, si quieres conocer mi opinión.

—¿Ha hablado sobre los planes de compra de Illusions contigo? —su padrino frunció el ceño—. ¡Bien! Me ahorrará tener que contártelo.

—No, no —Stephanie sacudió la cabeza—. No he hablado de nada con él desde mi vuelta —«al menos nada de negocios», pensó—. Ni siquiera sabía que se había marchado.

—Ha ido a negociar la compra del complejo Illusion Island de sir

Frank Mulligan. Creo que será una adición valiosa a nuestro grupo, pero ha encontrado un obstáculo inesperado.

—¿Qué clase de obstáculo? —esperaba que hubiera chocado de cabeza contra él.

—La conexión telefónica no era muy buena —descartó el tema con un gesto de la mano—, así que habría sido imposible hablar de ello. Además, no necesito el estrés añadido de las negociaciones. Jye es jefe de Expansión y Desarrollo, cualquiera que sea el problema lo sabrá solucionar. Confío por completo en su juicio.

—Entonces, ¿para qué quieres que vaya?

—Porque Jye dice que es crucial para que cerremos el trato.

—No sé cómo puede serlo. Mi puesto no tiene nada que ver con la adquisición de propiedades. ¿De qué querría hablar sir Frank con la ejecutiva de promoción de Porter?

—Todo el mundo sabe que Mulligan es un poco excéntrico, así que, ¿quién sabe qué querrá para que aseguremos la venta? Tal vez desea que le garanticemos que estamos comprometidos a mantener el Illusions Hotel como uno de los mejores del país.

—Duncan —Stephanie le dirigió una mirada escéptica—, sólo tiene que analizar nuestro historial para saberlo. Además, ha gastado una fortuna en competir con nosotros en los últimos años —de nuevo volvió a ganarse su gesto habitual con la mano.

—Mira, sólo estoy especulando con el motivo por el que Jye puede decir que te necesita allí, pero en lo que a mí atañe, si él cree que es vital que participes en las negociaciones, a mí me basta.

Así como Stephanie consideraba admirable la fe absoluta que Duncan depositaba en todo su personal ejecutivo, en esa ocasión estaba ansiosa por socavarla. Bajo ningún concepto tenía ganas de ayudar a Jye Fox a salir de una situación difícil.

—Eso está muy bien, Duncan —concedió—. Pero, por desgracia, en este momento lo más que puedo acordar es enviar a mi ayudante, Lewis. Llevo fuera de mi despacho más de un mes, y me quedan semanas de trabajo aquí que...

—Que puede esperar —insistió su padrino—. Aprecio tu diligencia, Stephanie, pero este trato es importante para mí. No quiero que Mulligan le venda el hotel a otro y encontrarme compitiendo con algún desconocido o, Dios lo impida, con ese desgraciado de Kingston.

Cole Kingston era un millonario hecho a sí mismo que amasó su fortuna comprando hoteles australianos con mediano éxito para

venderlos a intereses extranjeros. Aunque no iba contra la ley, automáticamente lo convertía en un desgraciado y en rival encarnizado de Duncan, quien creía en mantener los negocios australianos en manos australianas.

—Y ahora, Stephanie, quiero que delegues todo lo que consideres que no puede esperar, y te vayas a casa a hacer la maleta.

—Todavía no la he deshecho desde que regresé de mi viaje —musitó.

—Bien, bien. En ese caso, quizá pueda conseguir que te cambien el billete a un vuelo que salga antes —observó el reloj antes de mirarla fijamente con sus ojos azules—. No tienes aspecto de estar durmiendo lo suficiente —observó—. Tienes ojeras.

—Las cosas han estado un poco... agitadas desde que volví, Duncan —explicó. No quería que se preocupara, pero tampoco iba a entrar en los detalles del matrimonio de Brad.

—Estás demasiado centrada en el trabajo, Stephanie. ¿Por qué no te tomas unos días libres en cuanto se cierre el trato con Mulligan? De hecho, ¿por qué no te quedas allí? —sugirió—. Illusion es un lugar maravilloso para relajarse.

Sí, maravilloso. Illusion Island estaba a treinta minutos de helicóptero de Queensland, en el continente, y carecía de teléfonos, lo que significaba que no podría contactar con Brad y le sería imposible evitar a Jye. ¿Maravilloso? ¿Libre de estrés? ¡En sus sueños!

—¡Será mejor que tengas una buena excusa, Jye Fox! —soltó cuando fue a buscarla al aeropuerto de Cairns.

—¡Dame un abrazo! —demandó él, bloqueándole el paso hacia la cinta con las maletas.

—¿Qué...? —se vio cortada cuando Jye la abrazó.

—Rodéame el cuello con los brazos.

—Me gustaría ponerte una cuerda... ¡Jye!

Le costó describir la sensación de aturdimiento que la invadió al encontrarse envuelta en una abrazo de oso con la cabeza apoyada contra su musculoso pecho. El intento de liberarse se vio impedido por pura fuerza masculina.

—Actúa como si me hubieras echado mucho de menos —instó él en un susurro—. Nos están mirando.

—¡En tu caso sin duda te vigilan los loqueros! —musitó,

insistiendo en querer soltarse—. ¡Jye, déjame! ¿Estás loco?

—Maldita sea, Steff —siseó, rozándole el cuello—. Sígueme. Actúa como si me hubieras echado de menos. ¡Pon algo de convicción!

—Lo único en lo que voy a poner convicción es en mi rodilla, cuando te golpee en la entrepierna. Ahora... —la mano que tenía en la nuca le echó la cabeza hacia atrás, dejando que al menos pudiera verle la cara—. ¿Te importaría decirme...? —ni siquiera tuvo tiempo de terminar antes de que la tapara la boca con la suya.

Así como no era nada halagador para el ego de Jye que una mujer se quedara petrificada en sus brazos, se consoló pensando que sólo se trataba de Stephanie, y que al menos había dejado de retorcerse. Lo único que le quedaba era esperar que estuviera demasiado aturdida por su conducta como para empujarlo y abofetearlo en cuanto la soltara, porque eso arruinaría su historia y cualquier posibilidad de asegurarse la transacción con Mulligan.

Y pensaba soltarla... en cualquier momento.

Sólo prolongaba el instante porque sabía que Frank y Tory Mulligan, en especial Tory, los estarían observando. El futuro inmediato de Porter Resort Corporation dependía de un beso... era su responsabilidad hacer que pareciera convincente. Se comportaba así para exclusivo beneficio de su audiencia, no se trataba de nada personal, se recordó mientras sus labios saboreaban el gusto asombrosamente placentero del lápiz de labios de Steff.

Su altruista dedicación a favor de los mejores intereses de la compañía se vieron frenados por una insistente presión en sus hombros, por lo que alzó la cabeza despacio y abrió los ojos para contemplar unos azules sorprendidos que lo miraban atónitos. En realidad, en ese momento eran más grises que azules; jamás había visto que los ojos de Steff adquirieran esa profundidad de tono.

—Jye... —calló para respirar hondo.

Él hizo lo mismo, irritado al descubrir que el estrés de enfrentarse a los siguientes minutos le perturbaba la respiración; por lo general se crecía con la presión. Miró por encima del hombro y descubrió que Frank Mulligan y su voluptuosa tercera esposa se acercaban a ellos.

—Steff —se apresuró a explicar, asiéndole la hermosa y desconcertada cara—. Necesito que sigas todo lo que diga. El futuro de la compañía depende de ello —al percibir una negativa en el modo en que iba a enarcar las cejas, agarró la esbelta mano

izquierda de ella en la suya más grande y se volvió con una radiante sonrisa—. Sir Frank, Lady Mulligan —acercó aún más a Steff a su lado—. Me gustaría presentarles a mi esposa…

Capítulo 3

—¡Tu esposa! ¡Tu esposa! —Stephanie estalló en un furioso susurro en cuanto los Mulligan se alejaron unos momentos fuera de alcance—. ¡Preferiría que me presentaran como una ninfómana asesina! ¡Al menos de ese modo me quedaría algo de dignidad y credibilidad!

—Corta el teatro, Steff —Jye miró hacia los Mulligan, que en ese momento hablaban con un político importante que aguardaba la salida de su vuelo—. Volverán en unos minutos y hemos de concretar nuestra historia.

—¡Nuestra historia! ¡Este es tu cuento de horror! No se me ocurre ni un motivo por el que no deba contar la verdad...

—Porque —cortó con voz baja y seria— Duncan necesita que este trato se cierre y cuenta conmigo para ello.

—Bueno, sé por recientes experiencias personales que la gente no siempre obtiene lo que quiere; en especial si cuenta contigo.

—Esto no se parece en nada a lo que tú querías que hiciera.

—¡Tienes razón! Lo único que yo te pedí fue que invitaras a una pobre mujer sola y, de paso, que hicieras feliz a tres personas. Tú quieres que me exponga al ridículo público y finja estar casada contigo.

—¡Eh! Muchas mujeres me consideran un buen partido.

—Un montón de mujeres también considera que la prostitución es un valioso servicio público, pero yo no soy lo bastante cívica como para dedicarme a ello.

—Menos mal —musitó—, porque si ese beso fue tu mejor esfuerzo para fingir pasión, te morirías de hambre.

Lo único que impidió que Steffie respondiera con un vehemente puntapié en la espinilla fue ver a sir Frank Mulligan estrechar la mano del senador; en cuestión de momentos se esperaría de ella que reanudara su papel de devota esposa. Gracias a la fortuita llegada del político, hasta ese momento sólo había tenido que soportar la atenta evaluación de lady Mulligan, mientras que el marido mucho mayor de la mujer había felicitado a Jye por tener buena cabeza para los negocios y mejor vista para la belleza. Fue entonces cuando Mulligan vio al político y se excusó unos momentos junto con su renuente esposa para ir a hablar con él.

El regreso de los Mulligan era inminente y Stephanie aun no tenía ni idea por qué Jye había inventado semejante historia, salvo

que al parecer la compra del Illusion Hotel dependía de ello. A pesar de lo descabellado que parecía, le quedaban dos opciones: aceptarlo como verdad o arriesgarse a estropear el trato para Porter Resorts.

—De acuerdo —dijo con resignación—. ¿Cuál es la historia? —el alivio que vio en su cara habría sido risible si hubiera tenido el estado de ánimo para encontrar algo en Jye Fox que le resultara divertido.

—Llevamos casados seis meses —se apresuró a explicar—. Aparte de eso, somos los mismos; tú acabas de volver de un viaje de cinco semanas por el oeste de Australia, pero no pudiste volar hasta aquí debido a unos negocios que debías cerrar. Cuantas menos mentiras contemos, más seguros estaremos.

—¿Y el motivo para esta farsa?

—Eh... es una larga historia. No hay tiempo ahora. Te la contaré luego.

Su modo evasivo mientras recogía su equipaje disparó el indicador de suspicacia de Steff. Le aferró el brazo y apretó hasta que él alzó sus ojos oscuros. Tal como sospechaba, su cara reflejaba la expresión ligeramente estúpida que siempre ponían los hombres cuando trataban de ocultar la culpa con inocencia.

—Dímelo ahora, cariño —esbozó una sonrisa dulce—. O este cariñoso reencuentro se va al garete.

—Steff, no es na...

—Dímelo.

—Bueno, si debes saberlo —siseó—. Tory Mulligan me ve como una vieja llama que vale la pena volver a avivar.

—¡Debí imaginarlo! Eso explica las miradas venenosas que me ha estado dirigiendo. ¿Lo sabe sir Frank?

—No lo creo, pero... —de nuevo miró incómodo en dirección a la otra pareja—. Mulligan es enfermizamente celoso; a menos que podamos convencerlos a ambos de que no tengo el menor interés en la coqueta Tory, es factible que nos eche de la isla y no quiera vendernos el hotel —sus labios formaron una línea sombría—. Tendremos que esmerarnos en nuestra representación.

—Vas a deberme un favor muy grande por esto, Jye Fox.

—¿Lo harás?

—No temas, cariño, seré la mejor esposa que jamás hayas tenido —rió entre dientes ante su expresión.

—No cometas el error de subestimarlos —advirtió—. Puede que

Mulligan sea excéntrico, pero es un viejo astuto, y Tory no es tan tonta como parece.

—Puede —aceptó Stephanie, pasando la mano por su brazo y sonriéndole en beneficio de la voluptuosa morena y del canoso hombre que rápidamente se acercaban a ellos—. ¡Pero sólo necesitaría un coeficiente intelectual inferior a veinte para ser la llama más brillante que hayas tenido!

El trayecto a la isla se realizó en el helicóptero privado de los Mulligan, con el propio sir Fran a los mandos. Una mala elección de asiento situó a Jye justo detrás del piloto, quedando a merced de Tory y Stephanie. Si las miradas pudieran matar, Jye supuso que moriría de heridas múltiples antes de que aterrizaran.

Cuando Mulligan insistió en que todos se pusieran auriculares con micrófonos para poder hablar por encima del ruido de los rotores, comenzó a preocuparse de que Tory pudiera formular preguntas incómodas sobre su matrimonio y que Steff contradijera lo que él ya había dicho.

Por suerte, en cuanto Mulligan se puso los auriculares se lanzó a un monólogo inagotable sobre el estado de la isla cuando la compró veintitrés años atrás, y cómo había sido su visión y su genio financiero los que la habían convertido en la empresa multimillonaria que era en la actualidad.

Hasta el momento nadie había sido capaz de intervenir, y Jye se sintió agradecido por haber oído ya la historia, tres veces en tres días; si el viejo titubeaba, podría empujarlo con algo como: «Sir Frank, cuéntele a Steff cómo usted...» antes de que Tory pudiera abrir la boca y ponerlos en un aprieto.

Les regaló con una vista de los rasgos naturales de la isla, y de los artificiales que contribuían al Illusion Resort Complex. Stephanie se mostró complacida, pero no hasta el punto de que sir Frank se sintiera confiado a elevar su ya exagerado precio por la venta de la isla. Era un alivio saber que sin importar lo irritada que estuviera con Jye, Stephanie jamás permitía que sus sentimientos fueran en detrimento de unas negociaciones. Quizá fuera una romántica empedernida, cuya forma de pensar resultaba incomprensible, pero era la persona más leal que Jye conocía. Bajo ningún concepto le fallaría a él o a la Porter Resort Corporation.

—Me temo, Stephanie, ya que Jye no nos avisó de que vendrías hasta hace unas horas, que hasta mañana no tendremos disponible

una de nuestras suites más grandes —le indicó sir Frank mientras la ayudaba a subir a un cochecito motorizado de golf para realizar el trayecto desde el helipuerto hasta el hotel—. No obstante, si consideras que la suite actual de Jye es un... poco pequeña para dos personas, a pesar de ser una de las más prestigiosas —se apresuró a añadir—, entonces a Victoria y a mí nos encantará que paséis la noche en nuestro ático —le sonrió a su esposa—. ¿No es así, cariño?

A la faceta perversa que había en Stephanie le habría gustado atribuir la expresión en blanco en la cara de «Cariño» como prueba de que era tan estúpida como había creído, pero lo más probable es que no hubiera oído la invitación de su marido, concentrada en enviarle miradas ardientes a Jye a espaldas de sir Frank. Sospechaba que en cuanto Jye se quitara la camisa mostraría las quemaduras de su escrutinio. Lady Mulligan era tan sutil como el diamante del tamaño de una pelota que llevaba en la mano izquierda.

—Es precioso, ¿verdad? —comentó la morena al notar la dirección de los ojos de Stephanie, plantándole la enorme piedra ante la cara—. Frank eligió el diamante, pero yo diseñé el engaste.

—Es... es único —dijo Steff—. Jamás había visto tanto detalle en oro blanco.

—En realidad, es platino. Soy alérgica a los metales baratos, ¿verdad, cariño? —le sonrió a su marido cuando la ayudó a subir al cochecito.

—Para sufrimiento de mis contables, que no tienen idea de lo mucho que un hombre desea complacer a la mujer que ama —rió entre dientes y le guiñó un ojo a Jye—. Creo que sería buena idea dejar que las señoras se sienten juntas atrás, de ese modo podrán charlar de joyas y moda todo lo que quieran mientras nosotros hablamos de negocios.

Stephanie no rebatió el comentario sexista, notando que a Jye no le entusiasmaba más que a ella la idea de sir Frank.

—Veo que no eres muy aficionada a las joyas, Stephanie —dijo Tory en cuanto se pusieron en marcha—. No he podido evitar notar que no llevas ningún anillo.

Jye sintió un nudo en el estómago ante la pregunta y el tono de voz. Eso era lo que había estado temiendo. Se esforzó por oír lo que decía Mulligan sobre unos movimientos recientes en el mercado de valores y la conversación en el asiento de atrás.

—¡Oh, pero me encantan las joyas! —repuso Steff con una risa

encantada que Jye reconoció como falsa—. Pendientes, brazaletes, anillos... lo que digas. Tengo docenas. ¿No es verdad, Jye? —preguntó, sin darle ocasión para responder—. Por desgracia, tiendo a hincharme cuando vuelo, de modo que no puedo llevar nada que me esté prieto. ¿Ves? —en prueba estiró las manos hasta dejarlas entre los dos asientos, para que sir Frank también las viera. Al mirarlas, Jye supuso que los dedos largos y elegantes podrían haber estado mínimamente hinchados, pero sólo lo habría notado alguien que la conociera muy bien, aunque Tory no quedó muy convencida —. No se preocupen, regresarán a la normalidad en unas horas —continuó Steff, como si todo el mundo se hubiera quedado boquiabierto y horrorizado—. Y podré volver a ponerme mis anillos. He de reconocer que me siento desnuda sin ellos.

—Sé lo que quieres decir —coincidió Tory—. No hay nada como un anillo de boda para hacer sentir a una persona realmente casada. Lo cual, desde luego, es el motivo por el que tantos hombres se niegan a llevar uno... Dime, ¿Jye usa el suyo?

Jye notó la pausa forzada y apenas contuvo la tentación de decir: «Déjalo ya, Tory, tú sabes que no lo llevo».

Sólo pudo suponer que Steff debió sacudir la cabeza, ya que la siguiente pregunta de Tory fue un espantado: «¿Y eso no te da motivo de preocupación?»

—No. ¿Por qué habría de hacerlo?

—Oh... Bueno, no hay ningún motivo, por supuesto... supongo —repuso Tory con titubeo teatral—. Es que la mayoría de las mujeres que conozco se sentiría engañada si sus maridos no quisieran llevar el anillo de boda. Después de todo, no sólo declara que un hombre queda vedado para otras mujeres, sino que es la declaración definitiva de su absoluto compromiso con su matrimonio.

—¿De verdad? Qué extraño... —Jye contuvo una sonrisa ante el tono incrédulo de Stephanie—. Todas las mujeres y hombres que yo conozco consideran que los votos del matrimonio son la declaración definitiva de su compromiso.

—Recuerda lo que te dije, Stephanie —intervino sir Frank cuando entraron en la elegante recepción del edificio principal del hotel—. Nos encantaría tenerlos como invitados esta noche si...

—¡Oh, no, sir Frank! Ni se nos pasaría por la cabeza irrumpir en su espacio privado. Después de todo, Jye y tú están enfrascados en discusiones de negocios, y soy una firme partidaria de mantener

separadas las relaciones profesionales de las personales —«¡Aunque lady Victoria carece de semejantes inhibiciones!», pensó al notar que la «dama» en cuestión dirigía sus ojos de dormitorio y sus mohines sexys en la dirección de Jye. Como las cosas siguieran así, tendría que pegarse a Jye las veinticuatro horas o seguir a Tory con un cubo con agua fría—. En realidad, sir Frank —ofreció la mejor de sus sonrisas—, me fascinan esas cabañas que sobrevolamos en el otro extremo de la isla. ¿Existe la posibilidad de que Jye y yo podamos alojarnos en una de ellas?

—¿Una cabaña? —Jye se mostró más sorprendido por la petición que sir Frank.

—Oh, cariño, sé que odias no poder recibir un servicio de habitaciones inmediato —dijo—. Pero después de pasar las últimas cinco semanas rodeada de botones y doncellas, me encantaría relajarme en una atmósfera un poco menos comercial. El aislamiento y la soledad de una cabaña alejada del hotel principal me parecen celestiales. Y, bueno... en realidad no hemos podido estar solos desde que regresé de Perth.

La risita de sir Frank le indicó que había interpretado sus palabras del modo en que ella deseaba, mientras que el destello de aprobación en los ojos de Jye significaba que había comprendido el mensaje más sutil dirigido a él: cuanto más lejos estuvieran de los Mulligan, mejor.

—Es una idea estupenda, cariño... —la voz de Jye sonó baja y con la consistencia de la miel; le rodeó los hombros con un brazo y la apretó contra su costado—. Estoy de acuerdo, una cabaña sería perfecta.

Jye desempeñaba tan bien su papel de marido que ella vio mariposas al mirarlo a los ojos. Cuando él siguió contemplándola como si aguardara alguna respuesta, Stephanie se preguntó si quizá las esposas agradecidas debían besar a sus maridos en ocasiones como esa. Pero decidió dirigirle una sonrisa radiante. Dados los efectos secundarios del beso que le dio en el aeropuerto, cuanto menos tontearan con eso, mejor.

—¿Y bien, sir Frank? —preguntó Jye, sin soltarla—. ¿Hay alguna cabaña disponible?

—Lo averiguaremos enseguida. Y si la hay, me ocuparé de que dispongan de servicio de habitaciones las veinticuatro horas, y no de siete de la mañana a diez de la noche.

—Es muy generoso, sir Frank —agradeció Jye— Pero

innecesario. Después de estar cinco semanas lejos de mi esposa, el único servicio de habitaciones que necesitaré durante la noche no requerirá una llamada a Recepción.

Stephanie casi se atraganta por el rubor que invadió su rostro cuando la sonora carcajada de sir Frank reverberó por el vestíbulo del hotel, atrayendo toda la atención hacia ellos. Metida bajo el brazo de Jye, se sentía como una muñeca.

Él estaba disfrutando. De buena gana se habría soltado de su «afectuoso» brazo y de la falsa caricia de sus dedos en su cuello para largarse del hotel. Por mucho menos le habría roto sus bonitos y demasiado perfectos dientes. Pero recordó su misión y le pasó un brazo por la cintura, pellizcándolo sin que nadie la viera. Con fuerza, mucha fuerza.

Aunque Jye no mostró señal exterior de que le había causado algún dolor, la soltó en el acto y se reunió con sir Frank y un hombre uniformado en la recepción del hotel, dejándola sola en mitad del vestíbulo, sintiéndose aún más conspicua. Al dirigirse hacia unos sillones de bambú, se encontró con la expresión furiosa de lady Mulligan, que aguardaba un ascensor.

En ausencia de su marido, la increíblemente atractiva morena no hizo ningún intento por ocultar el desagrado que le producía Stephanie, y el mensaje que irradiaban sus ojos esmeralda habría sido obvio para cualquier mujer de más de quince años. «Te lo advierto. Sé lo que quiero y pretendo conseguirlo».

A Stephanie no le cabía ninguna duda de que si Tory estuviera soltera Jye habría aceptado en un segundo lo que le te ofrecía, sin importar que estuviera en viaje de negocios o no. La mujer era su tipo. Hermosa, alta, bien dotada... de acuerdo, muy bien dotada. Pero así como no había duda de que lady Victoria conocía que poseía las armas sexuales para librar batalla por la atención de Jye Fox, había algo que no sabía y que Stephanie sí; a pesar de su fama de playboy y de sus legendarias relaciones sexuales, para Jye el matrimonio era sagrado.

Steff sabía que en cuanto Jye tomaba una determinación, nada ni nadie podían conseguir que la cambiara. Tory podía mostrarse tan decidida como Juana de Arco y lanzarle desafíos silenciosos a Stephanie hasta que su silicona se derritiera, pero la cuestión era que, sin importar cuánto meneara las caderas, frunciera los labios o mirara a Jye, no le serviría de nada.

Contuvo una risita al imaginar hasta dónde podría llegar la otra

en su intento por tentar a Jye. Así como aceptaba que en una contienda de atractivo sexual con Tory ella estaría prácticamente desarmada, la mujer perversa que llevaba dentro no pudo resistir la malvada diversión de observar a esa mujer fatal agotarse en una guerra de seducción que le era imposible ganar. Con la compra de Illusion Island en juego, Stephanie podía tener dos cabezas y un cuerpo retorcido, que Jye no se iba a arriesgar a mirar dos veces a Tory aunque la tuviera desnuda en su cuenco de cereales.

Pero la otra no lo sabía, y con sus curvas voluptuosas y boca fruncida preparaba confiada todos sus torpedos.

«Bueno, puedo parecerte un bote de remos, lady Mulligan», pensó Stephanie, «pero veremos al final quién sale volando del agua».

Capítulo 4

Tal como Jye había sospechado, la actitud de esposa amante de Stephanie se desvaneció en cuanto estuvieron a solas en su cabaña.

—Puede que haya aceptado salvarte el trasero y rescatar este trato fingiendo estar casada contigo, Jye Fox —espetó apuntándole con un dedo—. Pero no me gusta que me den el papel de muñequita ni que se aluda a mí como «servicio de habitaciones».

—Jamás lo hice. Lo que dije...

—¡Sé lo que dijiste! Diste a entender que deseaba tanto tu cuerpo que sólo tenías que chasquear los dedos para conseguir lo que quisieras.

—En realidad, la implicación era que yo te deseaba a ti —corrigió con una sonrisa—. Y sólo después de que aletearas esas largas pestañas y anunciaras que querías una cabaña para poder estar sola conmigo.

—Reconozco que moví las pestañas en tu dirección —se apartó indignada—, pero yo no era la única que lo hacía. Debes estar agradecido de que se me ocurriera un modo de minimizar el tiempo que tendremos que pasar con ellos.

—Sí, la idea de la cabaña fue un toque de genio —acordó, supervisando el interior mientras Stephanie abría una de las puertas interiores del salón y desaparecía de la vista— Por desgracia... —elevó la voz para que pudiera oírlo— ...no nos evitó tener que cenar con ellos esta noche —la habitación principal tenía un suelo de pizarra y unos muebles y dos alfombras de algodón dividían el salón del comedor. En un rincón había tres taburetes ante una barra que daba a una cocina pequeña—. No está mal —musitó, volviéndose cuando Stephanie regresó a través de la segunda puerta.

—Cambiaras de parecer cuando descubras que sólo hay un dormitorio y un cuarto de baño.

—Se supone que estamos casados. No iba a pedir una con dos, ¿verdad?

—¡Lo comprendo! —exclamó—. Pero pensé que en alguna parte habría una cama plegable. Todos nuestros hoteles las tienen.

—Cuando Porters compre el sitio las incorporaremos. Mientras tanto, tendremos que arreglarnos.

—En ese caso espero por tu bien que el sofá se convierta en una cama, o dormirás en el suelo.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, Jye —explicó como si le hablara a un niño—, que una de las dos personas que en este momento están aquí no dormirá en el maravilloso colchón de agua. Y yo sí.

Frunció el ceño al contemplar el sofá de dos plazas que Stephanie inspeccionaba y tuvo un escalofrío. Jye sabía que se pasaría toda la noche chocando con los apoyabrazos, aunque por algún milagro pudiera acomodar su metro noventa y cinco.

—Sería más democrático si lo echáramos a suertes —dijo.

—Sin ninguna duda. Pero como yo no pude votar al venir aquí, ni siquiera fui consultada, no pienso defender los derechos democráticos para ti. ¡Aja! —exclamó cuando al fin pudo abrir el sofá—. Aquí tienes tu cama matrimonial. Desde luego, querido marido, si quieres dormir sobre sábanas, tendrás que hacértela tú mismo, porque hasta ahí llego sin un anillo en el dedo.

—Oh, vamos, Steff. Ten compasión. No puedo dormir ahí; es demasiado corto. Las piernas me colgarán.

—Encógete.

—No puedo dormir encogido. Sabes que me gusta estirarme.

—En realidad, Jye —rió—, figuro en ese insignificante porcentaje de la población femenina comprendido entre los dieciocho y los cuarenta y dos años que carece de conocimiento íntimo de tus hábitos de sueño. Aunque imagino que podría pedirle a lady Mulligan que corrobore tu historia.

—Muy graciosa. Hasta Duncan sabe que tengo el sueño ligero —se tumbó en el sofá y se contrajo hasta parecer un pigmeo; gimió. La escayola que había tenido que soportar después de romperse la pierna esquiando no había sido tan rígida—. ¡Jamás podré dormir aquí! —se quejó, pero Stephanie parecía felizmente despreocupada mientras llevaba su equipaje al dormitorio. Se levantó y se dirigió a la mininevera, decidiendo que necesitaba una copa—. No te pongas muy cómoda ahí —anunció en voz alta—. Porque aun no está decidido. I

—Sí que lo está —respondió ella— Puede que haya venido por obligación, pero no pienso sufrir durante mi estancia aquí.

—Sé razonable, Steff. No esperarás en serio que negocie con éxito la compra de un hotel por muchos millones de dólares si soy víctima de falta de sueño y de lumbago.

—Oh, pobrecito —sus palabras provocaron la risa desde la otra habitación—. ¡El sofá no mermará tus habilidades negociadoras!

—¿Y qué te hace estar tan segura de ello? —abrió una lata de cerveza.

—¡Tu impresionante historial de triunfos tanto en los dormitorios como en las salas de juntas por todo el país! —repuso —. Llámame cínica, pero estoy dispuesta a apostar que no es el primer trato que negocias después de disfrutar de mucha cama y poco sueño.

—¡Eres cínica! ¡Y perderías la apuesta! —mintió, sonriendo para sí mismo—. Me estoy preparando una copa; ¿quieres una?

—Sí, gracias. No tardaré.

Como el gin tonic y el vino blanco era el único alcohol que probaba Steff, y el vino sólo durante las comidas, no tuvo que preguntarle qué quería. Cuando ella reapareció, había llevado las copas al pequeño patio cubierto por una aromática parra.

Se había cambiado el traje con el que llegó por unos pantalones cortos y una camiseta amplios; iba descalza. Con gracilidad se dejó caer en la tumbona y alargó la ir mano para asir la copa.

—Por la exitosa compra de Illusion Island —brindó.

—Que por desgracia depende de un sofá pequeño.

—Deja de gimotear, Jye. Si hubieras dormido en una cama menos, puede que hoy no te encontraras en esta posición.

—¿Te importaría explicar ese comentario?

—Tory —sonrió—. ¿Es suficiente?

—Más que suficiente. Casi me muero cuando me enteré de que estaba casada con Mulligan. Gracias a Dios no dejé que las cosas llegaran demasiado lejos...

—¿Qué demonios quieres decir con eso? Exactamente, ¿de cuan lejos estamos hablando? —vio suficiente consternación en el rostro de Jye como para saber que algo había pasado entre su antigua amante y él antes de averiguar que era lady Mulligan. Soltó un juramento—. ¡Maldita sea, Jye! No te habrás acostado con ella, ¿verdad?

—¡Claro que no! Bueno, no desde que estoy aquí —aguantó la mirada penetrante de ella unos cinco segundos antes de suspirar— Escucha, el día que llegué, Mulligan había tenido que irse de repente a Brisbane por negocios. Pensé que era una buena oportunidad para ver la isla sin que me atosigaran con propaganda pensada para aumentar el precio... —se detuvo y trató de estudiar su expresión, pero Stephanie estaba impasible.

—Continúa —dijo ella, aunque no quería escuchar lo que

vendría a continuación. Ya lo sabía.

—Bueno, mientras paseaba por la playa privada de Mulligan, me encontré con Tory. Y, naturalmente, al ser una vieja amiga, me detuve a hablar con ella.

—Oh, naturalmente —no pudo resistir decir—. Y naturalmente es demasiado esperar que ella te contara de inmediato lo feliz que estaba casada con un viejo forrado de dinero y un título y que por casualidad era el dueño del lugar —aunque su rostro lo delató, por motivos que no fue capaz de explicar, ella insistió en una respuesta —. ¿Y bien? ¿Surgió o no el hecho de que estaba casada con Frank Mulligan?

—No exactamente... Empezó a hablar de los viejos tiempos, y entonces...

—Y entonces —interrumpió ella—, con la práctica que tienes con las mujeres, tus ojos de lince de inmediato notaron esa pelota que llama anillo, y dijiste «¡Felicidades, Tory! Veo que estás casada...»

—Hmmm, no exactamente... Ella, eh, no llevaba ninguna joya.

—Comprendo... ¿y qué llevaba?

—No mucho.

—Ah. Dime, Jye, ¿llevaba algo? —el destello en sus ojos y la sonrisa que intentaba controlar respondieron con más elocuencia que las palabras. ¿Por qué un hombre de su intelecto seguía atraído por mujeres que sólo eran capaces de mantener una conversación en la que únicamente se requería que dieran sus nombres y números de teléfono?

—No te muestres tan agitada, Steff. ¿Te haría sentir algo mejor si te dijera que llevaba una sonrisa arrebatadora y que en ningún momento mis ojos bajaron del cuello?

Fue el tono bromista y condescendiente lo que quebró el frágil control que ella mantenía sobre su temperamento. ¡Y fue sólo una reacción impulsiva que le arrojara el contenido de la copa!

—¿Qué...? —Jye se levantó de un salto y separó la camisa de su torso.

—¡No puedo creer que me humilles de esa manera! La sedujiste, ¿verdad?

—¡No! Ella se me acercó y...

—¿Cómo has podido humillarme de esa manera? ¿Cómo pudiste convencerme para este matrimonio y no contarme la...?

—¿De qué demonios estás hablando? ¡No estamos casados!

—¡Gracias el cielo! —espetó con vehemencia—. ¡Eres el hombre más insensible que jamás he conocido!

—¿No olvidas al furtivo de Brad?

—¡Deja a Brad fuera de esto! Jamás me trataría como lo has hecho tú.

—¡Y un cuerno! ¡Él te sedujo y luego, sin decirte nada, se casa con otra!

—¡Al menos jamás me ha humillado en público! Dios mío, no me extraña que Tory me dirigiera esas miradas. Te conoce por lo que realmente eres... ¡un cerdo traidor obsesionado por el sexo!

—¡Ya te lo dije, entre nosotros no pasó nada! Por el amor del cielo, si yo llevaba un bañador sin bolsillos.

—¿Y qué tiene que ver lo que tú llevaras con todo esto? —preguntó desconcertada.

—Piénsalo, Steff. Sin bolsillos. ¿De verdad me consideras tan estúpido como para correr el riesgo de tener sexo sin protección con alguien que me encuentro en la playa?

—Eso está muy bien, Jye —dijo, negándose a reconocer el alivio que sintió—. Pero hay muchas maneras de disfrutar de intimidad sin tener que practicar el sexo.

—Y sin duda Brad te educó en algunas de las mejores.

—¡Esto no tiene nada que ver con Brad! —el comentario hizo que se ruborizara, a pesar de no tener motivos para sentirse culpable o avergonzada—. ¡No era él quien besaba a Tory Mulligan a espaldas de su marido!

—Claro que no. ¡Él te quiere a ti a espaldas de su esposa! —replicó Jye, desabotonándose la camisa con impaciencia—. Y no la besaba. Fue ella quien me besó —se secó el pecho con la camisa—. Una vez.

—Sí, claro. Y hoy estaba llena de moretones por el modo en que tuviste que quitártela de encima.

—¡No tuve que quitármela de encima! En cuanto oyó el sonido del helicóptero del hotel recogió sus cosas y se marchó a toda velocidad. Fin de la historia. Bueno, fin de ese capítulo, en todo caso —corrigió—. Me podría haber desmayado la otra noche cuando me presentaron a Tory como lady Mulligan. Bueno, para resumir una historia larga y perfectamente inocente, cuando se hizo obvio que no iba a permitir que algo tan trivial como su anillo de bodas se interpusiera en una pequeña aventura, decidí

que necesitaba una esposa para detenerla.

—Seguro que también piensas que el azúcar puede detener a las hormigas —rió con ironía.

—Fue la mejor idea que se me ocurrió así, de repente.

—De acuerdo. Pero, ¿por qué, cuando Australia tiene una población de nueve millones de mujeres, a cuyo cuarenta por ciento conoces íntimamente, tenía que ser yo quien terminara por ser la señora del Semental Fox?

—¡Cielos, Steff, dame un respiro! ¿A quién más iba a pedírselo? —demandó con exasperación—. Aparte del hecho de que necesitaba a alguien en quien pudiera confiar y que usara la cabeza para pensar, si mencionara la palabra matrimonio, de verdad o de mentira, ante la mayoría de las mujeres a las que conozco, me encontraría ante el altar antes de poder respirar de nuevo.

—Destino que, en tu opinión, es peor que la muerte. Podrías haberme contado toda la historia antes de verme metida de lleno en ella.

—¿Cuándo? ¿En el aeropuerto? ¿En el helicóptero? Sé razonable, Steff. Esta es la primera oportunidad que hemos tenido de hablar, y como resultado he terminado con una copa encima. ¿Cuánto crees que habría durado mi credibilidad si hubieras empezado a tirarme copas en público?

—Oh, lo comprendo —asintió—. A ti se te permite ser sensible a la humillación, pero a mi no. ¡Para que hables de doble rasero!

—¿De dónde te sacas eso de la humillación? ¡No he hecho nada para humillarte! A menos, desde luego, que te refieras a besarte en el aeropuerto, y si eso te ofendió, entonces eres una puritana. Seguro que no molestaría a ninguna de las esposas de mis amigos.

—Dejas sin aliento a muchas de las esposas de tus amigos, ¿no?

—Me refería a que no les habría molestado que sus maridos las besaran en el aeropuerto. O en ningún otro lado.

—Puede que no, pero apuesto que se sentirían resentidas ante la mujer que su marido ha besado a escondidas. En especial si supieran que esa devoradora de hombres pensaba que podía repetirlo.

—¿Estás enfadada porque Tory me besó?

—¡Bingo!

—¿Por qué? —quedó desconcertado, ya que esperaba oír una negativa—. Es estúpido. Tú y yo no estamos casados.

—Lo sé! Pero Tory no. Y es evidente que aún cree que tiene una oportunidad contigo. Después de todo, en el pasado fueron amantes,

y como la dejaste besarte en la playa es obvio que va a suponer que todavía la encuentras atractiva.

—¿A dónde quieres ir a parar?

—¿No es evidente?

—Para mí no —repuso él con sinceridad.

—Mira, Jye —comenzó con exasperación—, fingir que estamos casados y que estoy terriblemente enamorada de mi marido es una cosa, pero fingir que estoy locamente enamorada de un hombre que no se siente atraído sólo por mí… es… es humillante —cuando la única respuesta que obtuvo de Jye fue una mirada silenciosa, Stephanie quiso creer que al ver la luz, lo que hacía era buscar una disculpa. No le gustaba pelear con Jye, pero si querían tener éxito en frustrar las intenciones de la depredadora Tory Mulligan, él tenía que saber cuál era su postura—. ¿Y? —instó—. ¿Entiendes ahora lo embarazosa que resulta para mí toda la situación? —la miró unos momentos más antes de ponerse de pie, sacudir la cabeza y musitar algo—. Jye… ¿a dónde vas?

—A tomar una ducha y a serenarme.

—¿Serenarte? Si sólo has bebido una cerveza y… —agitó la lata —… ni siquiera la has terminado.

—Lo sé. Pero teniendo en cuenta lo que acabo de oír, uno de los dos debe estar borracho. Como tu encontraste cosas más creativas que hacer con tu gin tonic que beberlo… supongo que tengo que ser yo.

Esa noche Stephanie se distrajo mientras se daba los últimos toques de maquillaje cuando el albornoz de un hombre pasó volando ante ella para aterrizar a medias sobre la silla delante del tocador. Se volvió y encontró a Jye apoyado con gesto negligente en la puerta. Llevaba una elegante camisa de seda y pantalones negros, pero tenía el pelo mojado y sin peinar y los pies descalzos.

—Por favor, no tires cosas cuando me estoy aplicando rímel. Al padrino no le gustaría que denunciara a la empresa por dejarme ciega.

—Lo siento —se acercó al armario y sacó unos zapatos—. ¿Te molesta que termine de vestirme aquí? —para evitar la especulación y los rumores de las camareras acordaron compartir el armario del dormitorio y dejar cosas por la habitación para que diera la impresión de que la ocupaba una pareja feliz. Pero ella había insistido en que Jye usara el cuarto de baño para vestirse.

—Creo que mi corazón soportará que te pongas unos zapatos y una corbata —le sonrió a través del espejo.

—Estamos en un hotel de vacaciones. ¿Crees que es necesaria una corbata? Pensaba que bastaría una chaqueta.

Dado su atractivo, su cuerpo atlético y su inconsciente sentido de la elegancia, Stephanie sospechaba que lo aceptarían en una boda real incluso con unos vaqueros rotos y una camiseta. Le sugirió la corbata porque temía que un vistazo de ese pecho bronceado haría que Tory se pusiera a babear.

—¿Tienes una de esas camisas que se abotonan hasta arriba, estilo Nehru?

—¿Cómo ésta? —se dirigió al armario y sacó una de lino.

—Perfecta.

Se volvió hacia el espejo para continuar con el proceso de maquillarse, cuando toda la concentración se desvaneció al ver reflejada la imagen de un pecho masculino desnudo. Se le disparó el pulso.

—¿Qué haces? —exclamó, girando para mirarlo.

—Lo que me sugeriste. Cambiar de camisa.

—Pero... pero... se supone que debes vestirte en el cuarto de baño.

—Por el amor de Dios, Steff, me cambio de camisa, no de calzoncillos. Cuando hemos salido a navegar me has visto con mucho menos.

Saber que tenía razón la convertía en la regatista más concentrada de toda la historia. ¿Cómo pudo no fijarse en un pecho tan impresionante como el que en ese momento tenía a unos metros de distancia? Era una de las cosas más tentadoras de tocar que había visto.

—Mira, si tanto te molesta, me daré la vuelta —Jye acompañó las palabras con la acción—. ¿Mejor? —Stephanie contuvo un gemido. Abrir la boca era arriesgarse más—. A propósito —continuó él mientras se ponía la camisa—, tienes una línea de maquillaje que te cruza la mejilla.

—¡Lo sé!

—Eh, no te lances a mi yugular. Sólo intentaba ser de ayuda.

—Lo siento —giró hacia el espejo y sacó unos pañuelos de papel —. Estoy un poco nerviosa esta noche, eso es todo —era una verdad a medias.

—No lo estés. Lo harás bien. Únicamente debes seguir mis

pautas.

—¡Tus pautas! —estalló en una carcajada—. ¡Tienes tanto conocimiento de cómo debe comportarse un hombre casado como del estilo de vida de un monje! —sacudió la cabeza y lo observó a través del espejo—. No, Jye, tú me seguirás a mí, o esta farsa se descubrirá en dos minutos.

—Hmmm... —dijo echándose sobre el colchón de agua—, esto sí que es cómodo —movió el cuerpo y provocó una suave ondulación —. ¿Sabes, Steff? Si aceptaras compartirlo conmigo en base a una rotación —volvió a moverse—, aceptaré seguir tus pautas —se apoyó en un codo y le sonrió de forma seductora, haciendo que la mente confusa de Stephanie superpusiera la imagen de su pecho desnudo sobre su torso ya cubierto, y su estómago empezó a imitar el vaivén del colchón.

—Olvídalo, Jye. La cama es mía.

—Debo recordarte, cariño, que así como tal vez tengas aspiraciones al matrimonio, la realidad es que a ti también te falta experiencia.

—¡Ah! Pero a diferencia de ti, he estudiado el tema y conozco las teorías en las que se basa. De modo que es razonable que tú me sigas a mí. ¿Entendido?

—¿Me serviría de algo decir que no? —sonrió.

—En absoluto.

—En ese caso, creo que en este matrimonio quien lleva los pantalones eres tú.

—Exacto. Y ahora... —le arrojó un peine—. Arréglate el pelo.

—Estupendo —gruñó, alargando el brazo izquierdo para capturar con destreza el peine—. Incluso en un matrimonio falso, me regañan y ordenan.

—No te regaño, te ayudo; hay una diferencia.

—Correcto. Entonces, dime, oh, Experta en Matrimonio, ¿cómo voy a saber yo, un ingenuo soltero con fobia al matrimonio, si esta noche cometo algún error?

—Te haré una señal. Y en ese momento te callarás de inmediato...

—Como haría cualquier marido respetable.

—Entonces, dependiendo del grado de tu metedura de pata, iniciaré el control de daños apropiado —hizo una pausa y estudió las pocas joyas que había llevado—. No estoy segura del anillo que debo ponerme... tengo uno de esmeralda, el de perla que me regaló

Duncan en mi graduación y uno con un zafiro y un diamante que compré yo. Además de tres sortijas grabadas... —se volvió y lo miró —. ¿Cuál crees que debería ponerme como anillo de boda?

—Demonios, no lo sé. ¿Por qué me preguntas? ,

—Porque entonces podré decir con sinceridad que lo elegiste tú.

—Te estás metiendo en el papel —mostró una expresión divertida.

—También he traído el de mi madre —eligió uno sencillo de oro —. Pero, a pesar de lo mucho que me gusta, es demasiado sencillo para impactar a Tory.

—Ponte el que creas que la impactará.

—No puedo. No me traje el diamante enorme que tengo.

—Steff —dijo con voz cansada—. ¿Qué diferencia habrá mientras lo lleves en el dedo anular de la mano izquierda?

—La hay, Jye —chasqueó la lengua—. La gente espera que alguien tan rico como tú le regale algo deslumbrante a la mujer que ama.

«Pero», se preguntó, «¿y si la mujer en cuestión era alguien como Stephanie, que no se dejaba deslumbrar por eso?»

Irritado por contemplar algo tan irrelevante, intentó solucionar con la máxima sencillez lo que para Steff parecía un problema enorme.

—Te diré lo que harás —indicó—. ¿Por qué no eliges el que a ti te gusta más, y si alguien insinúa que soy tacaño o no estoy lo bastante loco por ti, yo comentaré que no querías otra cosa y que, en última instancia, me pareció apropiado dejar que la elección fuera tuya, ya que quería cerciorarme de que lo llevaras toda la vida? ¿Te parece bien? —Stephanie se quedó quieta como una estatua y lo miró con boquiabierto asombro—. ¿Qué? —mentalmente intentó saber en qué había metido la pata—. ¿Qué he dicho?

—La cosa más romántica que jamás ha salido de tu boca, Jye Fox —meneó la cabeza—. ¿Quién lo habría imaginado?

—Eh —protestó, sintiendo la necesidad de defenderse ante su exagerada sorpresa—. Quiero que sepas que he dicho muchas cosas románticas en mi vida.

—Me refería vestido —momentos después se levantó y agitó la mano— De acuerdo, la decisión ya está tomada. Vámonos. Cuanto antes empiece esta pesadilla, antes se acabará.

Jye estaba seguro de que el mono que se había puesto era el

mismo que había usado en la celebración de Nochevieja, aunque cuando una mujer tenía tantos modelos en tantas variedades de amarillo como Steff, resultaba difícil saberlo con certeza. Pero el cuello alto y la abundancia de hombros que revelaba se le había quedado grabado.

Así como Stephanie no tenía las curvas voluptuosas de las mujeres con las que habitualmente salía, era muy proporcionada y tenía un porte tan elegante que hacía que los hombres volvieran la cabeza.

—Bueno —dijo ella—, ahora levántate de mi cama y vayámonos.

—Para alguien que supuestamente teme la noche que le espera, tienes muchas ganas de irte —miró la hora—. ¿Qué prisa hay? Aún nos quedan veinte minutos, y andando se llega al hotel en menos de cinco.

—Lo sé, pero si llegamos tarde, dará la impresión de que nos demoramos en el dormitorio.

—¿Y eso no sena bueno en estas circunstancias? —comentó, desconcertado por las imágenes que de inmediato brotaron en su mente.

—Hmm. Demasiado evidente —repuso—. Si de verdad hubiéramos estado tonteando, intentaríamos ocultarlo en vez de exhibirlo. Será mejor que lleguemos pronto, así se

sentirán obligados a disculparse por hacemos esperar.

—Tienes experiencia en esto —acusó Jye.

—¿En fingir estar casada? No. Lo que pasa es que sé cómo piensa una mujer como Tory —cuando Jye dejó de tratar de analizar ese comentario, Stephanie había salido del dormitorio y mostraba su impaciencia moviendo el pie delante de la puerta de entrada—. Vamos, cariño —lo llamó con un gesto del dedo—. Es importante que dispongamos de tiempo para asentarnos en nuestro papel antes de que ellos lleguen. Podemos tomar una copa en el bar y probar nuestra actuación con el camarero.

—¿Seguro que no quieres que sincronicemos los relojes? —bromeó—. O quizá deberíamos estudiar las señales que vas a emplear cuando diga o haga algo equivocado —sugirió con falsa inocencia.

—No te preocupes, Jye —lo tranquilizó con una sonrisa—. Tengo una fe absoluta en ti. Además, si da la impresión de que estás en peligro de estropearlo, te lo haré saber mediante una sutil patada

en la espinilla o un codazo en las costillas.

—Bueno, imagino que eso es mejor que vaciarme una cubitera en la cabeza —comentó.

—Juro que no recurriré a eso a menos que sea absolutamente necesario —reía cuando Jye la dejó pasar por la puerta y se volvió para cerrarla, de modo que la palabrota que soltó lo pilló desprevenido. Pero antes de que pudiera girar para ver qué sucedía, ella usó su cuerpo para inmovilizarlo contra la puerta—. Devoradora de hombres a las dos en punto —susurró con urgencia —. ¡No hagas nada!

¡Y de pronto Jye se encontró recibiendo un beso profundo!

Capítulo 5

¡No hagas nada! ¡Debía estar bromeando! Jye sintió como si le faltara un segundo para experimentar una fusión total. ¿Qué demonios le había sucedido a la mujer fría y rígida que había besado en el aeropuerto?

—Cielos. Espero no interrumpir nada.

Jye dudó de que el sonido de la voz de Tory se hubiera registrado en su mente de no haber sido por el hecho de que provocó la retirada de la boca ardiente y el cuerpo cálido pegado al suyo. Pero incluso en el momento en que su aturdido sistema se afanaba por recuperar el equilibrio, la mujer responsable de su ebriedad emocional parecía impasible.

—En absoluto, lady Mulligan —dijo Stephanie, que añadió en un susurro alto dirigido a Jye—. ¿Lo ves? Te dije que sólo teníamos tiempo para algo rápido —le asió la mano y lo arrastró hasta donde Tory se hallaba junto a un cochecito de golf.

—Lo siento, Tory —dijo él—. ¿Hemos confundido la hora? Estaba seguro de que sir Frank indicó que nos reuniríamos en el bar a las siete y media.

—¡Oh, no, Jye! apoyó la mano en su brazo para tranquilizarlo—. ¡Tienes toda la razón! Pensé que lo mejor era recogerlos, por si tenían problemas para localizar el hotel.

—Oh, hay que seguir las señales que pasamos cuando vinimos aquí por la noche, ¿no? —Stephanie pensó que había planteado la pregunta con absoluta inocencia, pero cuando él le apretó el codo, volvió a sonreír y añadió—: No, en serio, lady Victoria, ha sido un detalle que vinieras a buscarnos.

—Sí lo ha sido —acordó la otra con una mueca—. Por desgracia, Stephanie, tendrás que sentarte en la parte de atrás. Jye estaría demasiado apretado en un espacio tan reducido... tiene unas piernas muy largas. Con franqueza, ser tan alto en ocasiones puede resultar un inconveniente. No tienes ni idea de lo afortunada que eres al ser tan baja.

Aun sin contar los tacones de diez centímetros que llevaba, el metro sesenta de Stephanie no la cualificaba como una pigmea. Apenas se contuvo de señalar que Tory también era afortunada, ya que su casi metro ochenta le permitía el lujo de ocultar demasiados kilos adicionales y un exceso de silicona. Pero no quiso rebajarse a su nivel y con una sonrisa en los labios se sentó en la parte de atrás.

Tory aguardó hasta que Jye ocupó su sitio adelante antes de deslizarse a su lado, aprovechando al máximo la abertura de su vestido para mostrar su cuerpo. Stephanie no supo si se sintió asqueada o divertida por el descarado exhibicionismo de la mujer.

«¿Y Jye había tenido una aventura con esa mujer?».

Más tarde, Stephanie decidió que estaba siendo la noche más larga de su vida, y lo triste era que todavía no habían empezado el primer plato.

No hacía falta ser un genio para reconocer que sir Frank estaba tan estúpidamente embobado por su tercera esposa, o al menos por sus atributos físicos, que era ajeno al hecho de que ella sólo se fijaba en Jye. Siempre que la vista de sir Frank se desviaba a los pechos demasiado expuestos de su mujer, que no paraban de moverse, seguro que por el esfuerzo de respirar en un vestido tan ceñido, ella miraba con expresión tórrida a Jye.

—Jye me ha dicho que lleváis casados seis meses —comentó sir Frank mientras le llenaba su copa de champán y a continuación la suya—. ¿Cómo te las arreglas estando casada con un hombre tan ocupado como él? Sé que Victoria siempre dice que lo pasa muy mal cuando me voy en viaje de negocios, y le cuesta mucho divertirse.

«Quieres apostar algo?», preguntó mentalmente.

—Bueno, yo también trabajo en Porter, así que casi siempre me encuentro igual de ocupada —repuso.

—La verdad es que Steff trabaja demasiado —intervino Jye— Fui yo quien se sintió solo cuando viajó al oeste de Australia. Por eso —añadió con una sonrisa en su dirección— me sentí tan encantado cuando aceptó reunirse conmigo aquí.

—Naturalmente, al ser la ahijada de Duncan Porter… —en cuanto esas palabras salieron de la boca de Tory, Stephanie comenzó a prepararse para defenderse de alguna insinuación de nepotismo, pero la morena no iba por ahí—… imagino que habrás tenido una gran boda.

—No —sorprendida, tardó un poco en responder—, fue una ceremonia íntima y sencilla —lo cual, por desgracia, chocó con la respuesta de Jye.

—Sí, nos casamos en la Catedral de St. Mary.

—¿De verdad? —las respuestas contradictorias hicieron que Tory sonriera como el gato de Cheshire y enarcara una ceja—. ¿En

la catedral?

—Eh, sí, Steff es católica —explicó con premura Jye—. Y siempre había dicho que quería casarse con una misa nupcial. Por supuesto, como yo no soy demasiado religioso, me encantó poder aceptar algo tan importante para ella —por suerte ninguno de los Mulligan dio la impresión de captar el sutil matiz en la voz de Jye que prometía que iba a pagar por no ceñirse en esa ocasión a sus famosos planes de celebrar la boda perfecta.

—Bueno, hijo, con la experiencia de tres matrimonios a mi espalda, diría que tomaste la decisión correcta —sir Frank estalló en una carcajada y le guiñó un ojo—. Cede en las cosas que no te importan y manténte firme y elige los regalos con inteligencia para obtener la ventaja en las cosas que sí te importan.

Al parecer impasible ante la implicación de que la cooperación de su mujer se podía comprar, Tory sonrió y volvió a centrarse en Stephanie.

—Así como puedo apreciar la, eh, consideración y sensibilidad de Jye, sigo estando un poco confusa... Sé que la Catedral de St. Mary está considerada como el lugar para muchas de las bodas católicas de la alta sociedad, pero es la iglesia más grande de Sydney. No es lo que yo habría elegido para... ¿Cómo lo describiste, Stephanie? ¿«Una ceremonia íntima y sencilla»?

—Tienes toda la razón, lady Mulligan. St. Mary es famosa por las grandes bodas de la alta sociedad —coincidió Steff, que miró a la otra sin parpadear—. Por eso mis padres eligieron casarse allí. Pero a pesar del tamaño y la grandiosidad de la catedral, Jye y yo invitamos sólo a nuestros amigos más íntimos. Para nosotros, todo sobre la boda fue una decisión sentimental más que social o pragmática —la perfecta mentira le hizo ganar una palmadita en la rodilla de parte de Jye por debajo del mantel de la pequeña mesa redonda.

—Un gesto conmovedor —observó sir Frank—. Es posible que no lo sepas. Victoria —continuó—, pero tanto los padres de Jye como los de Stephanie murieron en el mismo y trágico accidente. Nos impactó a todos los que pertenecíamos a la industria hotelera.

—¿Conocías a mi padre, sir Frank?

—Oh, en persona no, querida. Pero en la industria se lo consideraba un joven que llegaría lejos. Lo mismo que al tuyo, Jye —añadió con presteza—. La rivalidad existente entre dos de los más brillantes y ambiciosos ejecutivos de Duncan Porter era seguida por

los cazadores de talentos para reforzar sus propias filas —sonrió—. Pero, para decepción de todos, su lealtad estaba con Duncan —sacudió la cabeza—. Es una tragedia que ambos murieran tan jóvenes. Y al mismo tiempo...

Jye deseó que Stephanie alzará las pestañas caídas para tener una idea de cómo se sentía. No le pasó por alto la ansiedad en su voz cuando sir Frank mencionó a su padre, y así como él no se engañaba acerca de lo implacablemente ambiciosos que habían sido sus propios padres, desconocía cómo recordaba Steff a los suyos. Cuatro años menor que él, sólo tenía seis cuando la motora en la que navegaban con unos hoteleros extranjeros había explotado. Con la excepción de la madre de Stephanie, todos los que iban a bordo murieron al instante; Felicia Worthington lo hizo dos días más tarde en el hospital.

Sólo entonces se le ocurrió que Steff y él jamás habían hablado de ellos en todos los años que pasaron juntos al cuidado de Duncan. No le cabía duda de que éste los quería mucho, pero el viejo solterón jamás había animado las exhibiciones de emociones o sentimientos. Se preguntó si eso había sido bueno o malo para una personalidad emotiva como la de Steff, quien se había negado a abandonar el lecho de su madre moribunda hasta que no dio su último estertor.

Al mirar el sencillo anillo de oro que adornaba la mano izquierda de Steff, comprendió que había mucho que desconocía de ella, y de pronto deseó conocerla... mucho.

El plato principal apareció y desapareció en una atmósfera cargada de mentiras y al parecer de inagotables botellas de champán. A medida que éste se apoderaba más de sir Frank, menos inclinado se sintió el hombre mayor a alzar la vista del escote de su esposa o a notar que ella cada vez se aproximaba más a Jye. Cualquier intento por centrar su mente en los negocios era descartado con comentarios como: «Dejemos eso para la oficina» o «Mi Victoria se angustia cuando antepongo los negocios a ella».

Stephanie estaba a favor de cualquier cosa que angustiara a «su Victoria»; que había acercado la silla hasta el punto en que podía jugar con los pies de Jye. Lo sabía porque unos momentos antes tuvo la sorprendente, pero satisfactoria experiencia de interceptar un pie descalzo femenino con el tacón del zapato. Por supuesto, en una actuación inspirada, se había disculpado con efusividad ante el grito de dolor de Tory, aduciendo que había intentado eliminar un

calambre.

—Es evidente que tienes mala circulación —había dicho la otra con ojos cargados de odio—. Deberías tomar más sal —esbozó una sonrisa malvada—. Aunque a tu edad podría ser síntoma de algo más insidioso.

—¿Oh? Siempre pensé que la sal era perniciosa. No es que dude de ti, lady Mulligan —añadió—. Sé que con tu edad y experiencia superiores eres mucho más experta que yo en el tema de la circulación —claro que esa respuesta le había hecho merecer una mirada severa de Jye.

—¿Sabes, Frank? —comentó Tory, llenando la copa de champán de su marido, aunque quedó medio vacía antes de que la botella volviera a la cubitera—. Debemos organizar salir a navegar con Jye mientras esté aquí. Es evidente que ama el mar, y nosotros no aprovechamos demasiado el barco.

—Eso es porque estoy demasiado ocupado en la oficina, cariño —fue la pastosa respuesta de su marido. Movió las cejas—. Y cuando no es ese el caso, ambos estamos ocupados, ¿eh?

Stephanie ni siquiera fue capaz de plantar una sonrisa en su cara cuando el anciano le dio en las costillas, al tiempo que fracasaba en guiñar un ojo. Bajo ningún concepto era puritana, pero cualquier oportunidad de hablar de negocios se había deteriorado en proporción directa con la capacidad de sir Frank de controlar lo que bebía o a su coqueta esposa. No paraba de esperar que Jye pusiera fin a la velada, pero por lo que podía ver no parecía perturbado por la futilidad de la cena, aunque en los últimos veinte minutos le había lanzado miradas de petición de ayuda.

Pero no tenía ni idea de cómo esperaba que lo hiciera. Como Tory aún no había llegado a la fase de subirse a su regazo y arrancarle la ropa, en ese punto, y a pesar de lo atractivo que resultaría, tirarle la cubitera a la cabeza sería considerado un acto de agresión. A menos...

Jye estuvo a punto de morderse la lengua por la sorpresa y el impacto del zapato de Steff al conectar con su espinilla.

—Jye, cariño... me encantaría bailar —Jye titubeó, tratando de calibrar si podía andar—. Oh, por favor, cariño —casi ronroneó mientras le pasaba las uñas por el dorso de la mano con una eficacia seductora que pudo con el dolor palpitante que él experimentaba en la pierna izquierda y le sensibilizó una sección superior de su anatomía—. Después de todo, esta es nuestra

canción.

—Claro, mi amor. Lo acabo de notar —asió la mano de Steff y le sonrió a sus acompañantes—. Si nos disculpan...

—¡Por supuesto, por supuesto! —animó sir Frank—. Yo ya no puedo bailar, pero aún soy capaz de apreciar lo agradable que es tener a una mujer hermosa en brazos.

—Más probablemente al viejo verde le gustaría tenerla tumbada —musitó Steff cuando salieron a la pista de baile poco iluminada—. ¡Si no me hubiera apartado de esos dos creo que habría vomitado! Dios mío, se la come con los ojos como si fuera un adolescente encendido. ¡Aunque ella tampoco es mejor! —exclamó acalorada—. ¡Le mete las tetas en la cara al mismo tiempo que te seduce a ti! ¡Y tú la animas, maldita sea!

—¡En absoluto! Lo más que he hecho ha sido hablar con ella.

—Exacto.

—Sé razonable, Steff, no puedo ignorarla. Además, coquetear para Tory sólo es un juego. Podría gustarle ganar, claro, pero lo más importante es la persecución.

—¿De verdad? —lo miró con expresión sarcástica—. ¡Bueno, por si no has notado sus ladridos, ha salido en pos del zorro!

Así como siempre había apreciado el humor de Steff, empezaba a ser consciente de que había pasado por alto otras cosas de ella. Por ejemplo, el modo seductor en que su cuerpo se entregaba al ritmo de la música. Ello implicaba que, dada la irritación y preocupación que sentía con los Mulligan, resultaba improbable que pensara de forma consciente en su papel de mujer felizmente casada y, por ende, la fluidez y suavidad con que se movía alrededor de la pista debía ser instintiva. Era un concepto más excitante que interesante, ya que sus leves; pero tentadoras curvas se pegaban a él de una manera que disparaba sus instintos más bajos.

—Jye... ¿me prestas atención?

—Más que nunca.

—Bien. Entonces no bajes la guardia con Tory —suspiró; eso alzó sus pechos y la frecuencia cardíaca de él—. Por algún motivo los hombres tienen la costumbre de subestimar de lo que es capaz una mujer.

«Dímelo a mí», pensó, y sus dedos anhelaron comprobar si su cuello era tan suave como sus hombros desnudos.

—Deja de preocuparte, Steff. Podré ir por delante de Tory. Aunque no debemos olvidar que es el tipo de mujer que si se siente

rechazada, podría decirle algo a sir Frank y fastidiamos el negocio para vengarse.

—¿Debo sorprenderme?

—Lo único que te digo es que sería inteligente que dejaras de provocarla cada vez que abres tu linda boquita.

—¿Yo? —abrió mucho los ojos. ¿Qué yo la provoco? Jye Fox, ¿has llevado tapones en los oídos toda la noche? No ha dejado de dispararme perdigones desde que fue a recogernos. No he hecho nada deliberado para agitarla.

—¿De verdad? Entonces el beso que me diste en el exterior de la cabaña no fue para provocarla, sino para excitarme a mí, ¿no?

—¿Qué te...? ¡No seas ridículo! ¡Por el amor del cielo, ese beso no fue peor que el que tú me diste en el aeropuerto!

—Coincido contigo en un punto —dijo, fascinado por el súbito rubor que encendió sus mejillas y el énfasis en su negativa—. En absoluto fue peor. De hecho, he de decir que tu técnica ha mejorado en sólo unas horas.

—¿Perdón?

—Bueno, había bastante diferencia entre la estatua de boca cerrada que besé en el aeropuerto y la mujer que me aplastó contra la puerta de la cabaña.

—Hmm... eso se debe a que en la cabaña no estaba catatónica por la sorpresa; ya sabía lo que sucedía.

«Bueno, pues al menos ya es uno», pensó Jye, porque en ningún momento supo qué lo había golpeado. Desde el instante en que su boca se había posado en la suya, sintió como si lo hubieran electrocutado. Al mirar sus labios levemente entreabiertos se preguntó si repetir el ejercicio demostraría de forma concluyente si había sido la mujer o las circunstancias las responsables de que su pulso se disparara.

Cuando por voluntad propia su dedo pulgar rozó el labio inferior de Steff en el instante en que ella se lo humedecía con gesto nervioso, Jye supo que tenía que averiguarlo. Pero no quena que en esa ocasión ninguno tuviera la excusa de estar desprevenido.

Stephanie no pudo contener un ligero jadeo de sorpresa cuando Jye bajó la cabeza y comenzó a juguetear con el lóbulo de su oreja, y si el brazo que le rodeaba la cintura no se hubiera tensado en ese preciso momento, sin duda se habría desplomado en el suelo. Esforzándose por superar las caóticas respuestas de su cuerpo ante la representación demasiado convincente de un marido amante, sin

éxito trató de retirarse un poco.

—¿Eh... Jye... Hmm... no te estás excediendo... un poco? —logró soltar.

—Shhh —susurró; recordó las palabras de ella y añadió—: No hagas nada.

¡Qué no hiciera nada! ¡Debía estar bromeando! ¿Es que no tenía idea del efecto que surtía en ella? Demonios, desde el momento en que la abrazó apenas había sido capaz de respirar... El corazón le latía como si fuera a salírsele del pecho, y empezaba a sentir tanto calor que comenzaba a sudar en sitios que no se veían afectados por la temperatura ambiental. El aroma de su loción para después del afeitado era tan evocador como el incienso mezclándose con el vapor, y el sólo hecho de pasarse la lengua por las comisuras de la boca invocó el sabor del beso anterior.

«¡No, Stephanie!», gritó su cerebro. «¡Deja de mover la lengua en este mismo instante!»

¡Demonios! ¿Qué estaba pasando? Bueno, de acuerdo... no era tan inocente como para no reconocer que sus hormonas despertaban, pero, por el amor del cielo, ¡era Jye! Había bailado con él cientos de veces y jamás se había excitado. Aunque él nunca le había mordisqueado la oreja ni pasado su mano por su trasero de esa forma tan sexy y estimulante. Mentalmente luchó para aferrarse a la idea de que lo hacía en beneficio de los Mulligan. No le resultó fácil. ¡Cielos! Las cosas que le hacía sentir.

Supuso que en algún momento del pasado debió estar excitada de esa manera... tal vez. ¡Pero no completamente vestida, en vertical y en público! Y todavía ni siquiera la había besado. Señor, si lo hacía... tendrían que llamar a los bomberos para apagarla.

—Steff... —aunque sus labios húmedos apenas rozaron la piel de ella, su aliento le puso la piel de gallina. Continuó mordisqueando y hablando—: No... hmmm... has respondido a mi... pregunta.

¿Le había hecho una pregunta? ¿Cuándo? ¿Era la pregunta o algo más trivial, como quién sería campeón de la liga de baloncesto?

—¿Steff?

—Hmm, eh... no estoy segura —dijo con voz ronca, y sintió su risita.

—No era una pregunta tan difícil.

—¿No? Oh, bueno, en realidad yo... ¡Oh, Dios mío! —al mismo tiempo que se ponía pálida y jadeada horrorizada, se derrumbó

sobre Jye como si las piernas le hubieran cedido, y por primera vez en su vida él sintió un verdadero pánico.

—Steff, ¿qué pasa? —no hubo una respuesta verbal mientras ella enterraba la cara en su pecho—. ¿Stephanie? Cariño, ¿qué pasa? ¿Te sientes mal? ¿Te...?

Ella sacudió con fuerza la cabeza al tiempo que echaba un vistazo furtivo por encima de su hombro. Se echó hacia atrás y farfulló algo incomprensible, luego repitió el movimiento, empujándolo un poco a la izquierda como si lo usara de escudo. Estaba rígida por la tensión.

—Por todos los cielos, Steff —siseó Jye, sujetándola por el hombro—. ¿Qué pasa?

—Odio decirte esto, Jye, pero nuestro matrimonio se acabó —unos ojos muy abiertos lo miraron—. Brad Carey acaba de entrar en el ascensor...

Las palabras impactaron en Jye como una patada en el estómago.

Capítulo 6

—¡No vas a ponerle fin a este matrimonio, Stephanie, y no hay más que hablar! —arrojó la llave de la cabaña sobre la mesa con tal fuerza que resbaló por la mesa hasta caer a los pies de ella. Mientras Steff la recogía, él se dirigió al bar.

Duncan siempre les había dicho que el autocontrol era el elemento más crucial para retener la ventaja en todas las situaciones. Vivir de acuerdo con ese lema nunca había sido fácil para ella, a pesar de la naturalidad con la que Jye y el padrino lo habían conseguido; aunque en el caso de Jye, hasta ese momento. No recordaba haberlo visto nunca tan irritado. Por lo general era ella quien se exaltaba y él mantenía una calma estoica cercana a la indiferencia.

Había que reconocer que al principio se tomó la noticia con su normal ecuanimidad, explicándole al borracho sir Frank y a su suspicaz esposa que Stephanie no se encontraba bien y que deseaba llevarla a casa. Para ella, el regreso del hotel a la cabaña había sido una imagen borrosa de vegetación tropical, porque Jye la arrastró por el sendero estrecho sin parar de musitar cosas.

—¡Hablo en serio, Stephanie! Permaneceremos casados. ¡Fin de la historia!

—Jye, sabes que el hecho de que Brad se encuentre aquí lo cambia todo —hizo caso omiso de la mirada asesina que le dirigió mientras abría una botella de cerveza—. Hablémoslo de forma racional. Los tres.

—¿Los tres? —le tembló la mano y se quedó con la botella a medio camino de la boca—. ¿No olvidas a alguien?

—¿A quién? —frunció el ceño.

—¿El nombre de Karrie Dent hace sonar… alguna campanilla nupcial, Steff?

—Karrie no está aquí.

—Estás segura, ¿no? —soltó una risa irónica y cruel.

—Sí. Brad estaba solo.

—¡Quieres despertar! Eso no significa que su esposa no se hallara desnuda bajo las sábanas esperándolo arriba, ¿no?

—Jye…

—¿No, Steff? —repitió—. Puede que desees creer que el matrimonio de Carey no es… un matrimonio de verdad, pero no lo sabes con seguridad. ¿Verdad? ¿Verdad, Steff?

—¡De acuerdo! Si te hace feliz, no. Supongo que es posible que Karrie estuviera arriba.

—Más que posible, si conozco a Carey —alzó la botella en un brindis de burla.

—¡Se acabó, Jye! No lo conoces —respiró hondo para calmarse y se recordó que era natural que Jye estuviera molesto por la inevitable pérdida de la compra de Illusion Island—. Mira, Jye —añadió, sorprendida de poder sonar tan tranquila—, aunque Karrie se hallara arriba... eso no cambia nada.

—¡Qué no cambia nada! ¡Maldita hipócrita!

—Yo... yo... —el asombro y la indignación hicieron que tartamudeara— ...¡no lo soy! ¿Cómo te atreves...?

—¿Cómo llamarías a una persona que ridiculiza a alguien por algo y que luego se da la vuelta para anunciar que ella va a hacer lo mismo? —retó.

—¿A quién ridiculicé?

—¡A Tory! Pero olvídate de eso... —agitó la botella—. Probemos con esto... ¿Cómo llamas a alguien que promete hacer algo por alguien y luego se retracta cuando encuentra otra cosa que le gusta más? ¿Eh? —demandó—. ¿O a alguien que le da la espalda al hombre que la crió la única vez que él cuenta con ella? ¿Cómo, Steff?

—¡No eres justo! ¡No es mi culpa que esto le vaya a costar a Duncan el trato! ¡Tú eres quien quiso que fingiéramos que estábamos casados!

—¡Sí, pero no soy yo quien le pone fin porque me vuelve loca un hombre casado! —la feroz acusación pareció reverberar en la habitación, y Jye supo que se había pasado cuando Steff no replicó en el acto con algún comentario sarcástico. ¡Maldita sea! ¿Qué le pasaba? Estaba sacando las cosas de quicio. La situación requería un replanteamiento lógico, pero en vez de eso había dejado que su temperamento lo hundiera en una ciénaga. Ella se lo quedo mirando con ojos nublados por el dolor. Era evidente que Carey le importaba de verdad—. Lo siento, Steff. Fue un golpe bajo.

La realidad era que lo sentía por mucho más, aunque reconocer algunas de las cosas que le pasaban por la cabeza no ayudaría en nada. Esa noche lo había sacudido, incluso antes de que el estúpido de Brad Carey hubiera entrado en la ecuación. El único pensamiento que tenía en la pista de baile había sido saber si Stephanie había fantaseado alguna vez con hacer el amor con él. Se

agachó para sacar otra cerveza de la mininevera y el sonido alto e inesperado de una risa femenina hizo que alzara la cabeza con brusquedad sin pensar en el borde de la barra.

—¡Ay!

—¡Bien! ¡Te lo tienes merecido!

La cara de Stephanie exhibía una mueca de satisfacción malvada, que hizo que él pensara si le había estado leyendo la mente. «¡Lo que me faltaba!», pensó, llevándose la mano al punto palpitante justo encima de la oreja.

—¿Sangra? —preguntó ella, cuando él bajó la mano y la inspeccionó.

—Lamento decepcionarte. Lo mejor que podemos esperar es un dolor de cabeza.

—Quizá eso abotargue tu exceso de libido que proyecta un matiz sexual en todo —musitó. «¡Cielos!», pensó Jye. «¡Le había leído la mente!»— Apoya la botella en la cabeza.

—¿Eh? —parpadeó.

—El frío frenará la hinchazón.

—¿Mi libido?

—¡Así es! —se burló—. Ni la Antártida lo conseguiría. Me refiero a tu cabeza.

—Oh, es verdad —siguió su consejo e hizo una mueca ante el contacto—. Explícate.

—El frío parará...

—¡Eso no! Explica qué te resultó tan gracioso hace unos momentos.

—Oh... tu suposición de que me retiraba de nuestro «matrimonio» porque estoy loca por Brad —le clavó la vista como láseres al rojo—. Jamás dije eso.

—Tú dijiste...

—Sé exactamente qué dije —indicó con altivez—. Y no fue eso. Lo entendiste mal.

—¿Entendí mal « Odio decirte esto, Jye, pero nuestro matrimonio se acabó. Brad Carey acaba de entrar en el ascensor»?

—¡Sí! —exclamó—. ¡Lo entendiste mal! —cruzó la estancia con el ceño fruncido—. Deja que te vea la cabeza.

No había ninguna simpatía evidente en su voz, pero los ojos tenían una expresión claramente más suave. Jye apartó la botella e inclinó la cabeza, y unos segundos después los dedos de ella se movieron entre su pelo para tantear el pequeño chichón. La

sensación hormigueante que experimentó podría haber sido causada por el golpe, pero, en ese caso, lo mismo le había sucedido a sus hormonas, porque era como si estuvieran en Disneylandia.

Unos profundos ojos azules miraron los suyos mientras continuaba acariciándole el cráneo.

—¿Te duele mucho? —preguntó con voz blanda por la preocupación—. No parece muy hinchado.

—¿No? —preguntó; «sigue así y no tardará en hincharse», pensó, y de inmediato se aclaró la garganta—. Es como el infierno —en realidad, una mejor comparación era el cielo, pero no se había quedado del todo estúpido.

Stephanie le quitó la botella de la mano y con suavidad la apoyó contra la zona golpeada. La acción la aproximó más a él, y estar emparedado entre sus suaves curvas y la barra reactivó el recuerdo de la sensación de tenerla moldeada a su cuerpo en la pista de baile.

—La cuestión, Jye —dijo, sin tener ni idea del efecto que obraba en él—, es que Brad Carey sabe que yo no estoy casada, contigo ni con nadie.

—Hmm —volvió a respirar hondo, tratando de identificar su perfume, que comenzaba a envolver sus sentidos—. ¿Y?

—¿Y? —se impacientó y dejó la botella con fuerza sobre la barra y planto la cara a unos centímetros de la de él—. Puede que engañemos a sir Lujuria y lady Lascivia, pero no a Brad. ¿Comienzas a entender algo de lo que quiero decirte? —lo único que deseaba Jye en ese momento era poner las manos en sus caderas, pegarla a él y lamer esos labios fruncidos hasta que se separaran para él. De pronto ella se dirigió al otro extremo de la habitación, mesándose el pelo—. ¡No puedo creer que Brad haya elegido este hotel! —musitó—. Demonios, ni siquiera sé cómo pensamos que saldría bien aunque él no hubiera venido.

—Steff… Esto puede funcionar.

—Déjalo, Jye. Nos hemos visto atrapados en nuestra taimada red y…

—No, todavía no.

Stephanie suspiró. Cuando se trataba de negocios, con la excepción de Duncan, Jye era la persona más monotemática que conocía. Lo cual probablemente fuera bueno, ya que esa noche ella no había pensado para nada en los negocios. En el pasado había aceptado el atractivo de Jye como la noche sigue al día, pero en menos de veinticuatro horas la atracción de él parecía más ardiente

y cegadora que el sol.

—Steff, escucha... estoy seguro de que podemos sacarlo adelante si unimos nuestras cabezas —el tópico invocó en Stephanie una imagen que no tenía nada que ver con la cooperación intelectual y que casi rozaba la copulación, por lo que sacudió con vigor la cabeza. En menos de un abrir y cerrar de ojos él recortó la distancia que los separaba y la agarró de los hombros—. Vamos, Steff, sabes lo importante que esto es para Duncan —insistió—. Toda su vida ha estado tratando de comprar una isla. Se morirá si pierde esta oportunidad.

—Eso... eso es chantaje emocional —tartamudeó ella cuando las manos de él subieron hasta su cuello y le alzaron la cabeza para que lo mirara— Hmm... reconozco que se sentirá decepcionado, pero no podemos evitarlo.

—Sí que podemos —afirmó, su proximidad y contacto hicieron que las hormonas de ella sugirieran cosas que habrían hecho que Tory pareciera tímida con los hombres—. Te estás rindiendo con mucha facilidad, Steff.

En ese momento libraba la batalla de su vida contra las tentaciones que jamás había esperado sentir ante Jye. Era como de la familia.

—Estoy siendo sensata —«¿alguna vez se habían pronunciado palabras más ciertas?», se preguntó al apartarse de él—. No hay modo en que podamos sacar esto adelante. Fue una idea demencial desde el principio, pero ahora es imposible.

—Steff, ¿por favor? Escúchame. Tenemos que analizarlo con calma —para él resultaba fácil hablar de calma. ¡No se encontraba a un tris de desnudarse y arrojarse sobre ella! ¿Acaso estaba borracha? No parecía probable, ya que había bebido pocas copas de champán, aunque sería una forma ideal de explicar qué sentía—. ¿Por qué no preparo una copa, nos sentamos y consideramos las opciones que tenemos?

Si en la pista de baile había pensado que era vulnerable, no se comparaba con lo que sentía en ese momento. Permanecer cerca de él e introducir más alcohol en un cuerpo ya embriagado por su masculinidad era una locura.

—No quiero una copa. Y se supone que no debes beber tras recibir un golpe en la cabeza.

—Bueno... de acuerdo. ¿Preparo café y...?

—¡No, Jye! ¡No quiero nada! —sintiéndose una tonta por el deje

de histeria en su réplica, respiró hondo antes de adoptar un tono más racional y compuesto—. Mira, coincido en que al menos por Duncan deberíamos hablar…

—Bien. Entonces…

—Esta noche no, Jye. Es tarde y me encuentro demasiado cansada para pensar con claridad. ¿Vale?

Jye sentía cualquier cosa menos cansancio. Y, para ser franco, pensar era lo último que quería que ella hiciera. Estaba convencido de que en la pista de baile ella no había estado pensando, por lo menos hasta que apareció el idiota de Carey. Sintió una nueva oleada de furia. ¿Qué demonios veía en ese cretino? Al oír el suspiro de ella, se recompuso mentalmente y alzó la vista para verla en el umbral del dormitorio.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—Que hablaremos por la mañana. Buenas noches, Jye —cerró la puerta antes de darle una oportunidad para responder, pero al rato salió con una almohada pegada al pecho; él ya había logrado abrir el sofá—. No pongas esa expresión tan abatida —sonrió, la cara ya sin maquillaje—. ¿Quién sabe? Tal vez después de una buena noche de sueño podremos encontrar un modo para seguir en la carrera por la isla.

—A ti te resulta fácil decirlo —musitó—. Tú no tienes que dormir en este colchón de desdicha.

—Es verdad. Y como todo esto del matrimonio fue idea tuya, podría ser dura y decir que tú te habías hecho la cama y que no deberías quejarte por dormir en ella. Pero no lo haré… —el rostro se le iluminó con una expresión maliciosa—. ¡Porque no hay sábanas!

—Bromeas, ¿no?

—No. Aunque la buena noticia es que tienes una almohada. ¡Toma, agárrala!

La almohada chocó contra su cara en el mismo instante en que la puerta del dormitorio se cerraba.

Stephanie miró el despertador, luego se dio la vuelta y se negó a responder a los golpes en la puerta. Los pensamientos sobre Jye la habían mantenido despierta casi la mitad de la noche, y estaba loco si pensaba que la dejaría sacarla de la cama a esa hora tan intempestiva. Aunque la ola que de repente ondeó en el colchón de agua estuvo a punto de tirarla al suelo.

—¿Qué de…? —una mano le tapó la boca.

—¡Shh! —el susurro de Jye sonó apremiante, su rostro sin afeitar estaba alarmado. ¡Y su magnífico cuerpo desnudo! Bueno, al menos de la cintura para arriba; Stephanie no se atrevió a mirar más abajo—. No subas la voz —advirtió él.

—¿Cómo entraste aquí? —le asió la muñeca y le apartó la mano —. Eché el cerrojo.

—Lo sé. Tuve que entrar por el cuarto de baño —frunció el ceño —. ¿Por qué cerraste…? Olvídalo; hay alguien en la puerta.

—Pues… ve a abrir.

—Escucha, Steff —maldijo cuando los golpes se hicieron más sonoros—. ¿Carey te vio anoche? —ella sacudió la cabeza, más para despejarla que otra cosa, aunque Jye lo tomó como una negativa—. De acuerdo, entonces nuestra charada no ha sido descubierta, así que demos por hecho que es Tory quien…

—¿No podríamos empezar el día con una nota positiva y suponer que es la Muerte?

—Ya he cerrado el sofá —se levantó de la cama, y gracias a Dios llevaba calzoncillos—, pero será mejor que salgas tú a ver qué quiere.

—¿Es que aún no lo has deducido? Chico, eres lento.

—Ponte esto —hizo caso omiso del sarcasmo, la miró con desaprobación y alargó la camisa que había llevado la noche anterior—. Una camiseta larga de un equipo de fútbol de Sydney no sugiere una noche de pasión.

—Es gracioso —le quitó la camisa de la mano—, pero su dueño no pensaba lo mismo cuando me la dio —satisfecha con la mueca que provocó en él su comentario, Stephanie se metió en el baño y rápidamente se cambió, decidida a no prestarle atención a la fragancia de la colonia de Jye.

El bajo de la camisa le llegaba hasta la mitad de los muslos y cubría más que la camiseta.

—¡Date prisa, Steff!

—Lo intento, maldita sea —se abotonó la camisa y levantó el cuello para parecer sexy—. ¡Ya voy! —anunció, saliendo del baño. Al llegar a la puerta de la cabaña, se obligó a hablar con voz alegre —. ¿Quién es?

—Lady Mulligan —fue la seca respuesta.

—Buenos días, lady Mulligan —abrió y esbozó una amplia y falsa sonrisa—. ¿Cómo estás? Cielos, ¿no es un día maravilloso?

Cuando la mujer la inspeccionó con descortesía de arriba abajo,

Stephanie le devolvió el insulto y decidió que debía ser una de las raras ocasiones en que iba demasiado vestida. Así como el body y los pantaloncitos de la morena no dejaban mucho a la imaginación, no resultaban tan sugerentes como la camisa de un hombre sin nada debajo.

—¿Está Jye? Tengo que hablar con él.

—Bueno, sí… pero, hmm, no está vestido para recibir… si es que me entiendes.

—Entonces esperaré… —una mueca reveló unos dientes magníficamente blancos—. Si no te importa.

A Stephanie le importaba, y sintió la tentación de…

—¿Quién es, cariño?

Ante el sonido de la voz de Jye giró y lo vio de pie en la puerta del dormitorio con una toalla alrededor de la cintura. Apoyó el brazo en el marco, para sostener sus débiles rodillas y, al mismo tiempo, bloquear la entrada de la mujer que intentaba pasar.

—¡Soy yo, Jye! —repuso Tory, entrando en la cabaña de todos modos—. Yo… ¡Oh! —que la propia Tory no supiera qué decir ante la descarada exhibición de masculinidad hizo que Stephanie saliera de su estupor.

—Jye, cariño, lady Mulligan quiere hablar contigo. ¿Puedes dedicarle un minuto?

—Claro. Buenos días, Tory —Jye esbozó una sonrisa devastadora—. No tardaré. Mientras me visto, Steff y tú pueden charlar un rato.

En cuanto desapareció la fuente de su distracción, Stephanie volvió a asumir su papel. Con amabilidad le indicó una silla.

—Lo siento, lady Mulligan. Nos has pillado en un mal momento.

—¿De verdad? —preguntó con escepticismo—. Llevo un buen rato llamando.

—Oh… Imagino que no prestábamos atención a la puerta. Tal vez deberías haber llamado… —con gesto teatral se dio una palmada en la frente—. ¡Oh, es verdad! Probablemente Jye descolgó el teléfono… —se encogió de hombros.

—Aún lo hace, ¿no? —Tory esbozó una sonrisa ladina.

«¡Zorra!», pensó Stephanie.

—Muy bien, ya estoy presentable —la aparición de Jye en bermudas caqui y una camiseta hizo que Stephanie estuviera a punto de soltar un suspiro de alivio; hasta que la aferró por la cintura y la acercó para darle un beso fugaz en los labios—.

Hablaba en serio sobre descansar hoy —bajó la mano hasta su cadera—. Llevas mucho trabajo encima.

—Jye —comenzó, parándole la mano para evitar un ataque al corazón—. Estoy… eh… muy bien. En serio.

—Es verdad —los ojos oscuros de él la observaron divertidos. Stephanie no pudo hacer otra cosa que sonreír—. Creo que aún se la ve un poco pálida, ¿tú no, Tory? —Jye tomó el gruñido de ésta como una confirmación de su falsa preocupación—. Me parece que somos dos contra uno, cariño. Bueno, Tory, ¿para qué querías verme?

—Por desgracia a Frank le ha salido algo urgente, y no podrá reunirse contigo hoy tal como habíais planeado…

Stephanie había oído decir que una resaca podía ser «mala», «fuerte», incluso «terminal», pero jamás «urgente».

—Pero en vez de sufrir la inconveniencia de un día perdido —continuó Tory, cruzando una pierna desnuda sobre la otra de forma escandalosa, como si quiera cerciorarse de que sus dos anuncios de cirugía plástica no dejaran en la sombra sus otras cualidades—, me ha sugerido que te ponga al tanto de lo que hace que Illusion Island sea tan única.

«¡Apuesto que empezando por tu dormitorio!», pensó Stephanie. Aunque jamás había dedicado mucho pensamiento al tema de que los títulos podían estar pasados de época, tras conocer a lady Mulligan quedó convencida de que todo el procedimiento necesitaba con desesperación algún tipo de control de calidad.

—Bueno, la cuestión es, Tory —indicó Jye con suavidad—, que pensaba llamar a sir Frank para cancelar la reunión de hoy. No me gusta dejar sola a Steff cuando no se encuentra bien.

—Pero, Jye, acaba de admitir que se encuentra perfectamente —rió—. Y estoy convencida de que tu mujer está tan ansiosa como todos nosotros porque Porter Resort Corporation e Illusion alcancen un acuerdo mutuamente beneficioso lo más pronto posible. ¿No es así, Stephanie, querida?

—Lady Mulligan tiene razón, Jye. Me siento lo bastante bien como para unirme a vosotros en el recorrido por la isla.

—¡No! —estalló Tory antes de modificar su tono de voz—. Quiero decir, lo mejor sería que no lo hicieras. No deseamos que el calor y el sol puedan provocarte una recaída.

—Estoy de acuerdo contigo, Tory —dijo Jye. El comentario le ganó una sonrisa complacida de una mujer, mientras la que aún

tenía bajo el brazo se puso rígida y le dio un pellizco. Él palmeó con discreción su trasero y sonrió ante su mirada indignada—. Vamos, cariño, no te pongas así. Hoy sólo deberías descansar... —contuvo la risa cuando en sus ojos vio una promesa de muerte; luego añadió—: Y yo pienso quedarme contigo aquí para cerciorarme de que lo hagas —al instante el cuerpo de ella se relajó—. Gracias de todos modos, Tory, pero tendré que declinar tu ofrecimiento. Dile a sir Frank que me llame luego, y fijaremos una hora para mañana.

—¡Muy bien! —el rostro demasiado maquillado mostró su irritación—. Pero en ese caso, Jye, ¿puedo sugerirte que cuelgues el teléfono para que logre contactar contigo?

—¿Qué demonios quiso decir con eso? —preguntó Jye después de cerrar la puerta —Stephanie dominó el impulso de reír y se encogió de hombros—. A propósito, se me han ocurrido un par de ideas para solucionar el problema de Carey.

—Ahora mismo preferiría que hicieras algo de café, mientras yo me visto.

—¿Qué prisa hay?

—Un marcado síndrome de abstinencia de la cafeína —dijo por encima del hombro de camino al baño.

—Me refería a la prisa por vestirte. Personalmente, te encuentro arrebatadora con mi camisa favorita...

La voz de Jye sonó profunda, seductora y seria. Parecía llegar hasta lo más hondo de su ser y acariciarla en todo lo que la hacía mujer. «¡Es ridículo!», pensó. Lo único que hacía era bromear, y en vez de imaginar estúpidamente que se trataba de algo más, debería responderle con una contestación ingeniosa que sin duda él esperaba. Pero no se le ocurrió nada, y aunque lo hubiera pensado, le habría resultado imposible verbalizarlo.

Llegó al cuarto de baño con la suprema fuerza de voluntad de poner una pierna temblorosa delante de la otra. Nunca antes en su vida había sido tan consciente de un hombre. Podía sentir su mirada en la espalda, y se obligó a no dar la vuelta y ver qué expresaba su cara. En cuanto estuvo sola, hundió la espalda contra la puerta cerrada y se dejó caer al suelo.

Tenía que olvidar el hecho de que lo conocía de toda la vida y que no se parecía en nada a los hombres que la habían atraído. Lo que de verdad le molestaba no era temer no poder competir por su atención, ¡sino que deseaba hacerlo! Ya podía quedarse ahí sentada una hora practicando técnicas de respiración, pero la fragancia de

su loción para después del afeitado resultaba tan excitante como la masculinidad impregnada en la tela de su camisa contra su piel desnuda. Gimió al bajar la vista a lo que con cariño llamaba sus pechos y ver sus cumbres rígidas.

Como si no bastara enfrentarse a la rotunda sexualidad de Jye, de pronto su propia sensualidad, oculta hasta entonces, también demandaba atención.

Capítulo 7

Cuando Stephanie se unió a Jye en el patio, éste calculó que habían pasado unos veinte minutos. Verla recién salida de la ducha, libre de maquillaje, le resultó casi tan excitante como cuando llevaba puesta su camisa. Pero a pesar de apreciar su figura en la tumbona, fue incapaz de contener una mueca de disgusto cuando levantó la taza fría de café y se puso a beberlo.

—Hay un microondas en la cocina, ¿sabes?

—No, así está bien. Lo que necesito es el contenido y no la temperatura. Tomaré uno caliente cuando vayamos al hotel a desayunar.

—No iremos —le informó—. No podemos arriesgamos a encontramos con Carey.

—Puedes llamarme poco profesional, Jye —lo miró—, pero no pienso morirme de hambre por defender los intereses de Porter. ¡Eso es llevar las cosas demasiado lejos!

—Trazas la línea de dedicación a la empresa en nuestro matrimonio, ¿eh? —rió.

—Hmm. Si realmente hubiera sabido en qué me metía, la habría trazado más cerca de casa... ante la puerta de mi despacho —afirmó.

—Relájate. No te pido que des tu vida por la empresa... En cualquier caso, hoy no.

—Cielos, gracias, pero con Tory esperándome no me siento tranquila.

—¿Recuerdas que en un gesto de magnanimidad sir Frank nos concedió servicio de habitaciones las veinticuatro horas? Pues vamos a aprovechar su ofrecimiento y evitar el hotel durante los próximos días. Quizá eso no impida que Tory aparezca de forma inesperada, pero debería solucionar el problema de Carey —ante su gesto de enarcar la ceja explicó—: Sé con certeza que debe volver a la oficina en tres días. Si tenemos en cuenta las molestias que se tomó para conseguir el ascenso, no va a arriesgarlo empezando por llegar tarde.

—Te equivocas, Jye.

—¿Crees que arries...?

—No, no. Me refiero a sus vacaciones. Su secretaria me dijo que volvería en dos semanas.

—¿Cuándo te lo contó? —frunció el ceño.

—El día después de mi regreso. El día antes de que te pidiera que... hmmm...

—Sí, sé lo que me pediste —cortó con sequedad. No necesitaba recordatorios de lo lejos que estaba dispuesta a llegar por Carey—. La cuestión es que cuando ese día pasé por el despacho de Carey, sin saber que se había ido de luna de miel añadió adrede, me informaron de que estaría fuera una semana. Lo cual significa que, como máximo, tendrá que irse de aquí en tres días.

—Quizá lo entendiste mal.

—Lo mismo se aplica a tí.

—Imagino que es posible —se encogió de hombros y miró el café—. Me hallaba en un estado muy emocional —Jye no le encontró sentido a explicarle que tenía ganas de aporrear unas cuantas cabezas después de dejarla en su despacho para dirigirse a la planta del departamento de diseño. Menos mal que Carey no había estado—. Jye —comentó con la vista baja—. ¿Hasta dónde llegarías por la ambición? —él apretó los dientes y maldijo en silencio; tuvo el impulso de largarse o decirle otra vez que Brad Carey no la merecía—. ¿Y bien? —insistió Steff.

—Si me preguntas si me casaría para...

—No —cortó rápidamente—. Me... me refiero... ¿considerarías utilizar a tus hijos del modo en que todo el mundo piensa que hicieron nuestros padres?

La triste incertidumbre que vio en sus ojos le rompió el corazón. Lo último que esperaba es que sacara las circunstancias por las que habían sido criados por Duncan Porter.

—Me preguntaba qué efecto tendría en ti el comentario de anoche de Mulligan —musitó. Ella no respondió; se la veía pensativa mientras estudiaba el contenido de la taza de café—. Nunca antes habíamos hablado de nuestros padres.

—Para ser sincera, y a pesar de lo horrible que pueda sonar... casi nunca pienso en ellos —apretó los labios—. Solía hacerlo, pero lo dejé porque me sentía culpable.

—¿Por qué?

—Tengo dos álbumes llenos de fotografías de ellos y yo cuando era pequeña. Antes los miraba todos los días y deseaba que estuvieran vivos para poder tener una familia de verdad —se encogió de hombros—. Luego, más o menos al cumplir los doce años, empezó a molestarme pensar que era desleal con Duncan. Jamás se me pasó por la cabeza que mis padres le hubieran pedido

que fuera mi padrino como una estrategia profesional. No hasta que escuché a algunos ejecutivos hablar de ello en una barbacoa durante una celebración de la fiesta nacional.

—¿Qué edad tenías cuando sucedió?

—No sé… once, doce. Le pregunté a la señora Clarence si era verdad…

—¿Y qué te contestó la Terrible Flo? —le alegró que Steff soltara una risita. Flo Clarence había sido la ama de llaves y niñera que Duncan había contratado cuando los dos se fueron a vivir con él. La mujer brusca, pero amable se había jubilado hacía ocho años, cuando Steff terminó la escuela secundaria, pero había seguido manteniendo contacto con sus dos antiguos pupilos.

—Oh, me dijo que era una tontería y que si era feliz viviendo con Duncan eso no debería representar ningún problema. Después, dejé que los rumores me resbalaran. Pero, si pudiera disponer de un deseo, no sería que mis padres no hubieran muerto, sino saber con absoluta certeza que me querían. Que no le pidieron a Duncan que fuera mi padrino para que papá se lo ganara. Duncan se merece algo mejor —se encogió de hombros—. Es tu turno. ¿Te has preguntado alguna vez qué sentían tus padres?

—No —la respuesta breve y la mirada impenetrable le indicaron que había contestado y que no iba a ofrecer nada más. Justo cuando ella iba a cambiar de tema él soltó una risa—. ¡Qué demonios! Si voy a comparar cicatrices con alguien, ¿quién mejor que tú?

Como era evidente que no le entusiasmaba nada hablar de sus padres, Stephanie supo que lo más considerado sería decirle que no era necesario. Pero calló, ya que de pronto anhelaba saber todo lo que pudiera sobre Jye.

—Todos mis abuelos estaban muertos cuando nací yo —comenzó—. Mi madre era hija única y mi padre sólo tenía una hermana menor, a la que rara vez veíamos, ya que papá y ella no congeniaban. Gemma vivía en una comuna en el norte de Nueva Gales del Sur, y era tan hippy y de espíritu libre como mi padre un tiburón corporativo y un arribista. Por algún motivo, vino a visitamos cuando yo tenía ocho años. Para mí, un joven estudiante de la clase media alta, Clover, así se hacía llamar —explicó—, no podía ser más alienígena que si fuera verde y tuviera antenas en la cabeza.

El leve titubeo indicó que examinaba recuerdos que se habían vuelto borrosos por la falta de uso.

—En ese momento Clover estaba pasando por una fase en que la muerte y la familia le obsesionaban. Y, desde luego, la reencamación. No paró de hablar de ese tema. Durante meses después de su visita me fue imposible pasar delante de un perro o un gato sin preguntarme quién habría sido en una vida anterior... —rió, en esa ocasión con diversión y ternura—. En cualquier caso —continuó con expresión de nuevo impasible—, una noche estábamos cenando todos cuando Clover anunció que mis padres debían estar plenamente preparados para su muerte y que deberían redactar sus testamentos para asegurar mi futuro, nombrándola mi tutora ante el caso de que murieran juntos. Bueno, cuando mis padres dejaron de reír, le dijeron que ya tenían hechos los testamentos. Parafraseando a mi madre, no sólo garantizaban mi bienestar cuando pasarán a la próxima vida, sino que también garantizaban su futuro en ésta nombrando a Duncan mi tutor —clavó sus duros ojos negros en ella—. Como puedes ver, Steff, a diferencia de ti, a mí se me ahorró la angustia de preguntarme cuál era la motivación de mis padres al nombrar a Duncan como mi tutor.

Era imposible pasar por alto la aspereza en la voz de Jye, y Stephanie no supo cómo responder a ella. Tras un silencio que amenazaba con durar una eternidad, él volvió a hablar:

—Tenía diez años cuando aconteció el accidente. Era lo bastante mayor como para saber que mis padres no eran perfectos, o que ni siquiera se parecían a los de mis compañeros de clase, ya que ninguno se ofrecía voluntario para realizar alguna tarea en la escuela. Como adulto, puedo mirar atrás y reconocer que no tuvieron un matrimonio feliz, pero me es imposible afirmar que permanecieron juntos por algo tan noble como darme una infancia estable. Fueron las ambiciones profesionales de mi padre y su éxito financiero lo que los mantuvo unidos. Nada más. En cierto sentido, su muerte durante una recepción de la empresa fue un modo extraño, pero adecuado de partir. Lo irónico es que probablemente lo mejor que hicieron jamás por mí fue usarme como medio para acercarse a Duncan, porque para mí él es más padre que lo que ninguno de ellos fue capaz de ser. Las historias de que nuestros padres competían entre sí siempre me han parecido plausibles, porque sé exactamente qué tipo de hombre era mi padre. No sé cómo era el tuyo, de modo que no puedo aventurar sus motivos; quizá no quería que el mío tuviera una ventaja sobre él; quizá hacer que Duncan fuera tu padrino surgió por algún motivo sincero. No lo

sé. Pero sí sé que los dos hemos sido muy afortunados por tener a Duncan, Steff —ella sonrió. No era necesaria ninguna respuesta verbal—. La contestación a tu pregunta original, que es hipotética, ya que no tengo intención de tener hijos, es no. No usaría a mis hijos para progresar en mi carrera. Como tampoco me casaría por conveniencia para conseguir un ascenso. Y eso... —sonrió— ...me obliga a señalar que si Brad Carey hubiera tenido una disposición similar, no nos hallaríamos en este aprieto.

Aliviada al oír que la amargura se había evaporado de su voz, estaba más que dispuesta a evitar sondear más su pasado y a centrarse en sus problemas presentes.

—Aunque tú tengas razón y yo me equivoque en la fecha de regreso de Brad a Sydney, ¿cómo puedes esquivar ir al hotel? Mulligan va a insistir en reunirse contigo allí para disponer de la ventaja de ser local.

—Esa es la parte del plan que aún estoy meditando. Es nuestra mala suerte que Carey no aprovechara el descuento a los empleados y fuera a uno de nuestros hoteles.

—¿Por qué no llamamos a Duncan para que compruebe cuánto tiempo se quedará Brad aquí? —sugirió ella.

—Los únicos teléfonos conectados con el continente están en el ático de Mulligan y en la oficina principal del hotel. No puedo correr el riesgo de que me oiga explicarle a Duncan por qué quiero saberlo.

—Podemos probar con el móvil.

—Lo intenté cuando llamé para pedir que vinieras. Apenas tiene cobertura.

—No puede ser tan mala. Después de todo, estoy aquí.

—Sí... —la miró un largo rato—. Pero lo atribuyo a mi cuota anual de buena suerte —ella sintió una súbita timidez y se forzó a soltar una risa incrédula—. Hablo en serio, Steff.

El pulso se le aceleró; alzó la taza vacía y fingió beber un trago de café, sólo para romper el contacto visual sin que resultara demasiado evidente. Buscó desesperada algo impersonal que decir para llenar el silencio. Al no encontrar nada, comenzó a urdir una excusa factible para levantarse y marcharse. Se la dio un ignominioso crujido del estómago.

—No digas nada —advirtió cuando Jye enarcó una ceja con gesto divertido.

—Eh... yo no hice ningún ruido.

—Voy a pedir el desayuno —se incorporó—. ¿Quieres algo especial?

—Bueno, eso depende, Stephanie —repuso, al tiempo que realizaba una lenta evaluación de su cuerpo antes de volver a mirarla a los ojos—. ¿Tu pregunta se refiere al desayuno o es algo... más general?

—¡Al desayuno! —esperó no tener la cara colorada. ¿Por qué de repente su mente empezaba a darle a cada comentario inocente un matiz sexual? Comprendió que él había preguntado algo y le pidió que lo repitiera, ya que no había oído nada.

—He dicho que, como sólo te estás ofreciendo a pedir el desayuno, me tendré que conformar con algo aburrido, como fruta, café y beicon con huevos.

Su risita la siguió hasta el interior de la cabaña, aunque retuvo en la cabeza el tono seductor de su respuesta inicial durante mucho más tiempo.

Jye dejó a un lado la propuesta de compra que había estado intentando estudiar en cuanto oyó una llamada a la puerta y a Steff yendo a abrirla. Entró en la cabaña justo cuando ella empujaba un carrito con platos cubiertos en dirección a la cocina.

—Justo a tiempo —comentó, levantando las tapas—. Me estoy muriendo de hambre. ¿Qué...? —calló con expresión de desagrado y observó a la sonriente rubia que aún no había visto el contenido de la bandeja—. No te entusiasmes demasiado —le advirtió—. ¡Todo está crudo!

—Lo sé —indicó ella con expresión radiante—. Lo pedí así.

—¿Qué?

—Cuando llamé, preguntaron si lo quería hecho o crudo. Dije...

—Adivino lo que dijiste, Steff. ¿Lo que quiero saber es por qué?

—Para poder prepararlo yo, desde luego.

—Oh, Dios —fue una auténtica plegaria para una intervención divina.

—Al principio no imaginaba por qué la cocina era tan completa —continuó ella—. Pero al parecer sir Frank ha tenido esta idea fabulosa para la gente que considera que cocinar es una actividad de recreo y a la que, como a mí, le encantaría hacerlo durante su estancia.

A Jye no le cabía ninguna duda de que a Steff le gustaría cocinar en cualquier parte, pero la verdad era que no podía. Y sin descartar

que cocinar podía ser una actividad de recreo para algunas personas, él, y probablemente todos los gobiernos extranjeros, habrían clasificado sus esfuerzos como experimentos con armas químicas.

—Steff, creo que lo mejor es que pidiéramos nuestras comidas preparadas.

—¿Por qué?

—Hmm... porque representará menos molestias. No tenemos lavavajillas.

—Eso no es problema. Todo vuelve al hotel; después de todo, nadie considera lavar platos una actividad de recreo.

—Steff, cariño... sigue siendo mucho trabajo para ti. De verdad que odio verte ocupada en...

—¡Para ya, Jye! —estalló enfadada—. No soy estúpida. Tus objeciones se deben a que crees que no sé cocinar, ¿verdad? ¡Vamos, sé sincero! ¿Verdad?

—No —repuso. ¿Quería sinceridad?— No se debe a que crea que no sabes cocinar. Se debe a que sé que no sabes.

—¡Te he dicho que he estado yendo a clases!

—¿A cuántas has asistido?

—Medio semestre.

—¿Cuántas lecciones, Steff?

—¡Cinco, de acuerdo! Asistí a cinco lecciones antes de tener que irme a Perth. Y si no hubiera tenido que viajar, ya casi habría acabado la fase de principiante. Para tu información, mi maestro dijo que yo era una verdadera promesa.

—Lo mismo me dijo mi profesor de ciencias de octavo, y dos años más tarde casi hago volar el laboratorio —repuso Jye.

—Bueno, si eres tan inútil, mantente alejado de la cocina. ¡Toma! —le empujó un plato con beicon y dos huevos crudos—. No me importa cómo te los comes, si te los llevas al hotel o te los metes por...

—¡Por el amor del cielo, Stephanie! No es un pecado que una mujer no sepa cocinar. ¿Por qué volverte loca por hacer algo para lo que no has nacido? ¿Cuál es tu obsesión por demostrar que puedes cocinar? ¿Acaso crees que saber montar un suflé te hará más femenina o atractiva?

—¡Deja mi feminidad en paz! Para tu información, soy feliz con ella. ¡Cuando no lo sea, estudiaré procedimientos de implante de pechos y no libros de cocina!

—¿Qué?

—Y además —agitó un tenedor ante su cara—, no intento probar nada ante nadie. Y menos ante ti, Jye Fox. Disfruto cocinando. Me relaja y hace que me sienta creativa... —Jye dio un paso atrás y permaneció mudo—. Y un día seré tan buena que abriré mi propio restaurante. Y cuando lo haga —entrecerró los ojos con férrea convicción—, voy a contratar al portero más grande y duro, y le daré instrucciones para que no te deje entrar —él no pudo evitar esbozar una leve sonrisa—. ¿Qué es tan gracioso? —demandó Steff.

—Un restaurante, ¿eh? Bueno, sí, supongo que es posible...

—¿De verdad? —la expresión de ella se animó en el acto.

—Mmm. Por supuesto, tendrás que esperar que el portero sea barato... —le guiñó un ojo—. Porque, cariño, con tu fama el seguro te comerá todos los beneficios.

Dominada por el dolor y la furia, empujó el carrito en su dirección y salió de la cabaña mientras él saltaba sobre una pierna y se agarraba la otra, maldiciendo.

Durante un momento ella pensó que iba a decirle algo que la animara, algo como «supongo que es posible... con trabajo duro y decisión». ¡Pero no! Tenía que seguir machacándola. ¡Cómo si él fuera un experto! Probablemente no había entrado en una cocina desde que descubrió que no tenían camas.

Stephanie siguió un sendero que había a su derecha, demasiado indignada para considerar las exóticas plantas tropicales y los enormes árboles como algo que no fuera un lugar para ocultarse en caso de que Jye decidiera perseguirla. Pero cuando plantó el pie descalzo sobre una rama lanzó un juramento, y estudió con más detenimiento la densa vegetación de la isla, preguntándose si no debía revisar su plan. ¿Qué podía ser peor? ¿Enfrentarse a una serpiente escurridiza y venenosa o a Jye? Nerviosa, miró por encima del hombro, luego rió. ¡Cómo si hubiera alguna diferencia perceptible!

Al comparar a Jye con los reptiles más mortíferos del mundo no fue consciente de la luz del sol cada vez más intensa, hasta que parpadeó ante su brillo cuando la vegetación terminó. Alzó la mano para protegerse los ojos y contempló una escena de tanta belleza y tranquilidad que eliminó gran parte de la tensión acumulada en su cuerpo.

Se hallaba en el extremo exterior de una playa de arena blanca con forma de herradura, bañada por un agua tan centelleante que

parecía aguamarina líquida.

—Bastante espectacular, ¿eh?

—Hasta que tú apareciste —repuso sobresaltada.

—Mira, lo siento.

—Los actos hablan mejor que las palabras, así que demuéstralo y piérdete.

—Steff... —un manantial de chispas estalló en el interior de Stephanie cuando las manos de Jye se posaron en sus hombros desnudos—. Escucha...

¿Escuchar? El corazón le latía con tanta fuerza que ahogaba todo sonido. Y como si eso no fuera suficiente, sus traidoras hormonas habían pasado al modo festivo y la tentaban para que se apoyara en él.

—No pretendía molestarte —continuó él—. De verdad, pensé que bromeabas con lo del restaurante; nunca antes lo habías mencionado.

—No... no hablo de ello porque prefiero no invitar las burlas —Jye gimió mentalmente; Steff parecía a punto de llorar. Si alguna vez se había sentido un cerdo mayor, no recordaba cuándo—. Aparte de ti... jamas se lo mencioné a nadie. Pero no te preocupes, no volveré a cometer el error de expresar mis sueños en público. Ni siquiera te lo habría dicho a ti si no me hubieras enfadado tanto —hundió los hombros—. Reaccionaste como si querer prepararte el desayuno fuera el crimen del siglo. Como si fuera a envenenarte adrede o algo parecido.

—Cariño... lo siento. La verdad es que... no fue tanto la idea de que cocinaras, sino... —«¿Qué, idiota?», se burló su cerebro. «¿Que de pronto te diste cuenta de que aunque es incapaz de preparar un bocadillo de mantequilla de cacahuetes comerías cristal para conseguir meterla en tu cama? ¡Vamos, dile eso! Responderá de miedo ante esa explicación».

—¿Qué, Jye? —preguntó ella.

—Es toda esta demencial situación —improvisó, haciéndola girar para que lo mirara—, de verdad lamento haberte herido, Steff. Y si... —de pronto ella le agarró la camisa y redujo a nada el metro que los separaba. Tenía los ojos tan abiertos como platos, y él experimentó al mismo tiempo alarma y excitación—. Steff, ¿qué...?

—Shhh —siseó—. Esa situación demencial de la que hablas está a punto de alcanzar su apogeo; Brad baja por el sendero que hay detrás de ti.

—¿A cuánta distancia se encuentra? —contuvo el impulso instintivo de dar la vuelta y maldijo.

—A unos veinte metros. ¡Y acercándose! Tal vez podamos desaparecer en la playa —le aferró el brazo y se volvió hacia esa dirección—. ¡Vamos, vamos!

—¡No! —Jye la frenó—. Si corremos notará nuestra presencia.

—¡Y si no también nos identificará! —otra vez tiró de su brazo, pero su resistencia la frustró de nuevo.

—Steff, este es el único camino para salir de la playa. Si se planta aquí, estaremos paralizados hasta que se marche. Podría tardar horas.

—¡Bien, nos arriesgaremos a una insolación! —musitó, empezando a creer que el único modo de mover a Jye era llamar a Brad para que lo agarrara del otro brazo—. ¡Jye, vamos! —aunque tiró con todas sus fuerzas, fue un ejercicio inútil ante la superioridad física de él— ¡Jye! —susurró frenética cuando él la pegó a un árbol por el que Brad pasaría en unos segundos—. ¿Qué haces?

—Besarte. Considérate advertida...

Capítulo 8

Stephanie luchó por mantener los ojos abiertos. Si los cerraba la explosión de gozo sin igual que sintió con el anuncio de Jye se evaporaría. Pero su fuerza de voluntad no era rival para el efecto hipnótico del cuerpo varonil pegado al suyo ni para las debilitantes sensaciones de la boca y la lengua de Jye. Pero cuando inevitablemente cerró los párpados, descubrió que la rendición bajo ningún concepto disminuía las percepciones que recorrían su cuerpo; de hecho, pareció magnificarlas fuera de toda proporción, distorsionando la lógica hasta que la realidad se tomó surrealista...

El aroma de Jye sustituyó el fresco aire marino que había estado respirando, y el océano que momentos antes había roto sobre la arena se convirtió en su sangre, que se deshacía en sus venas como espuma azotada por la tormenta. Era una lucha para respirar; la excitación, la confusión y el pánico se agitaron con violencia en su interior hasta dejarla tan agotada físicamente que las piernas comenzaron a temblarle. Aunque su corazón latía aún con más fuerza.

El gemido agradecido que oyó cuando le agarró el cuello y pegó su lengua a la de Jye podría haber salido de cualquiera de los dos, pero reverberó por todo su ser. Se aferró con más fuerza a esa fuente masculina de placer y se entregó a su magia, para descubrir que esas extrañas y nuevas sensaciones crecían y se multiplicaban hasta que tuvo la certeza de que podría tocarlas. Pero resultaron esquivas, y cada vez que creía que era capaz de identificar una, otra la distraía y nublaba más su cerebro. Así hasta que se sintió mareada... hasta que sintió que los huesos se le derretirían y...

Débilmente oyó que alguien pronunciaba su nombre, y en ese momento fugaz de distracción las sensaciones comenzaron a retroceder, suave, lenta y sosegadamente... hasta que sólo quedó una, su solitaria supervivencia testamento de su supremacía.

Amor.

En el pasado esa emoción y ella habían sido únicamente conocidas, pero en ese momento Stephanie ya no sólo la reconoció por su nombre, sino también con el corazón. La sentía, y sabía que estaba tan arraigada que jamás se marcharía. Sorprendida y atontada, despacio abrió los ojos, y el sol hizo que parpadeara en su bienvenida a la realidad de Illusion Island.

Pero la realidad no modificaba nada... Ella, Stephanie Elizabeth

Bernadette Worthington, estaba enamorada de Jye Fox.

—Quizá era a mí a quien deberían habérselo advertido.

El comentario susurrado de Jye apenas se registró en su cerebro nublado, pero la expresión cauta en la cara de él al mirar hacia la playa le recordó que la motivación para besarla no había surgido del corazón. Sólo lo hizo para evitar que los reconociera el hombre que podía tirar abajo su fachada. Jye, como siempre, se mostraba pragmático y no romántico.

—¿Se ha…? —al oírse casi sin aliento, Stephanie se detuvo para respirar—. ¿Se ha ido?

—Sí… se han ido —los ojos oscuros la estudiaron en un intento por penetrar en sus más recónditos secretos. Ella se apartó del árbol y trató de imitar normalidad.

—Bien. Entonces larguémonos de aquí antes de que él decida regresar.

—No me has escuchado, Steff—el tono de Jye fue seco—. Dije «se han ido…» Karrie estaba con él.

—Yo no vi a nadie con Brad —Jye notó que la primera emoción en aparecer en su rostro fue sorpresa, seguida de inmediato por confusión y, como él había temido, incredulidad y negación.

Experimentó un momentáneo deseo de no herir sus sentimientos y decirle que iba solo. Luego los recuerdos de su sabor y la sensación de tenerla en los brazos estallaron en su cabeza, y el puro egoísmo hizo que adoptara el dicho que rezaba que había que ser cruel para ser amable. Stephanie iba a superar lo que sentía por Carey, porque él la ayudaría. ¡Maldita sea, la obligaría!

—Era Karrie Dent. Marchaba por detrás de Carey con una mujer mayor, y admiraban la vegetación.

Stephanie sólo pudo mirarlo. Mientras la había tenido total e inconscientemente inmersa en un beso aniquilador, él había mantenido la suficiente compostura como para, al mismo tiempo, realizar una inspección que habría enorgullecido a James Bond. La indiferencia de Jye resultaba mutiladora, pero el orgullo requería que lo dejara pasar. Su orgullo tenía mucho de qué responder, pero no tanto como su estúpido corazón.

Stephanie se mostró tan distante y silenciosa en el trayecto de vuelta a la cabaña que Jye tuvo ganas de sacudirla. Como mínimo de despertarla. El beso que habían compartido estuvo a punto de hacerle perder el juicio, y su sangre aún circulaba a la velocidad de la luz. Le había producido un impacto tan fuerte que tuvo que

invocar toda su voluntad para ponerle fin; de lo contrario, la habría desnudado allí mismo antes de que ella se hubiera dado cuenta. Y sin importar lo abierta que había parecido mientras se besaban, la reacción que tuvo al enterarse de que la esposa de Carey lo acompañaba fue como un cubo de agua fría sobre cualquier esperanza egoísta que Jye hubiera podido tener de que conseguiría que olvidara a ese idiota.

¡Maldición! Quería estar furioso con ella, pero la cabeza baja y la expresión retraída que mostraba mientras subían por el sendero lo obligó a buscar algo que la animara.

Con valor Jye volvió a tomar otro bocado. Así como al principio tragar sin masticar había parecido la mejor manera de minimizar el daño para su paladar, dos intentos le habían demostrado que eso podía tener peligrosos efectos secundarios. No estaba seguro de si Steff había confundido la receta para los huevos pasados por agua con la de los huevos fritos, o si los hacía con la cascara, pero eran los más crujientes que jamás habían pasado por su boca.

—Sé que has dicho que el beicon te gustaba crujiente —comentó ella, su propio plato ya medio vacío—. Pero temía quemarlo si lo dejaba mucho más tiempo. Si quieres, puedo freírlo un poco más.

—Eh… no. No. Así… está bien.

—He mejorado, ¿no lo crees, Jye? —para evitar una mentira descarada, se metió más comida en la boca y soltó un gruñido ambiguo—. Si no es suficiente para ti, queda algo más. ¿Quieres que lo fría ahora?

—¡Por Dios, no! Eh… quiero decir, gracias, pero es más que suficiente.

Unos dientes blancos perfectos, que su lengua sabía que eran tan suaves como parecían, centellearon en una sonrisa brillante un segundo antes de que mordieran una tostada quemada. Jye contuvo un gemido cuando un dolor agudo le apuñaló el pecho. En otro momento habría echado un vistazo a lo que comía, culpando de ello a una indigestión, salvo que los síntomas no eran los correctos. No recordaba que jamás una indigestión lo hubiera dejado con una erección. «Oh, Dios», gimió interiormente, moviéndose en la silla, «cuando un hombre aspira a ser un trozo de pan calcinado está metido en serios problemas».

Stephanie estaba metida en serios problemas.

Enamorarse de un soltero empedernido era un gran error. Y cuando el soltero en cuestión era Jye Fox ello se convertía en un error que rayaba en la locura. Asimismo le negaba la opción de decir «Qué demonios, tendré una aventura intensa y guardaré algunos recuerdos».

No es que jamás hubiera tenido una aventura, pero hipotéticamente, si decidía arriesgarse a vivir una, no podría ser con Jye Fox. No, eso sería una absoluta locura. Para empezar, ponerle fin a una aventura con Jye crearía una situación difícil, incómoda y potencialmente complicada para muchas personas, entre ellas Duncan. Además, iniciar una aventura con Jye crearía una situación aún más difícil, incómoda y potencialmente complicada… también para ella, ya que él sólo la consideraba «alguien capaz de pensar de pie».

—Maldita sea —musitó Steff esforzándose por sentarse en la cama de agua—. ¡Quiero que me desee inconsciente y echada de espaldas!

Oír la verdad, en alto y con su propia voz, la sobresaltó. ¿Cuándo había llegado a esa decisión? Y, más importante, ¿por qué, si apenas veinticuatro horas antes no era consciente de ningún interés sexual por Jye?

«Porque te has enamorado de él», se mofó su sentido común.

Con un gemido, bajó los pies al suelo, apoyó los codos en las rodillas y enterró la cara en las manos.

Era casi la una de la mañana y ahí estaba, incapaz de llorar hasta quedarse dormida, lo cual era significativo en sí, ya que era lo que había hecho con todos los chicos desde que tenía catorce años. En todas las posibles comparaciones, Jye Fox era distinto a los hombres que hasta entonces le habían atraído; no se parecía en nada a la imagen que tenía del hombre con el que siempre había aspirado casarse.

El anillo de su madre contra su mejilla fue otro recordatorio de la ironía de la vida tal como ella la conocía.

Durante años había deseado enamorarse perdidamente y casarse. ¿Y qué recibía? Un amor perdido y un falso matrimonio con un hombre que consideraba el matrimonio la peor epidemia después de la peste negra. Pero lo realmente cruel era descubrir que Jye podía ser un marido perfecto.

Era ordenado, tenía humor… bueno, casi todo el tiempo. Si ese día servía como indicador, su mejor momento no era antes del

desayuno, pero había mejorado en cuanto comió. También era considerado… Si, cuando la noche anterior le había anunciado que le iba a preparar el desayuno se desvivió por ayudar. Sonrió al recordar cómo se dejó llevar y pidió seis filetes a la cocina del hotel. Suspiró. Sí, Jye tenía el potencial para ser un marido estupendo; lo lamentable era que sentía tanta inclinación por ello como Tory Mulligan por hacerse monja carmelita.

La fortuita referencia a la vampiresa fue otro cruel recordatorio de que no era el tipo de mujer con el que Jye Fox tenía aventuras. Se puso de pie. Herida, furiosa y nerviosa como para subirse por las paredes, decidió que si no hacía algo para salir de ese círculo vicioso no tardaría en estallar.

—Muy bien, Stephanie —dijo—. Piensa. ¿Qué puede hacer una persona sola en una isla tropical a la una de la mañana?

Tuvo una inspiración y se dirigió a toda velocidad al baño, abrió el grifo de la bañera y vertió el contenido de los dos frascos de sales, delicadeza del hotel. Lo único que le hacía falta ya era un buen libro y una botella de vino. Sonrió complacida; había vino en la nevera, y en la maleta llevaba el último libro de Stephen King…

¡Jye despertó ante el sonido de una sirena aguda, un grito desgarrador y el olor a humo!

Se levantó del sofá, atravesó el salón y echó un rápido vistazo a la cocina antes de abrir la puerta del dormitorio. El corazón le dio un vuelco al ver la cama vacía.

—¡Steff! —su voz apenas era audible por encima de la alarma. Sin detenerse, corrió hacia el cuarto de baño y abrió la puerta.

Y ahí estaba ella, con una expresión aterrada en la cara… y sin nada más encima.

Sintió como si hubiera recibido una descarga de dos mil voltios. Su mundo se movió a cámara lenta.

Se hallaba metida hasta las rodillas en burbujas, el pelo corto brillando plateado bajo la luz, las puntas rizadas por la humedad de un collar de espuma que caía por sus hombros hasta los pechos firmes y erguidos, el estómago liso y duro y la sutil curva de sus caderas…

Jye vio que los labios de ella formaban su nombre, pero no oyó nada. Era como si todos los sentidos, menos la visión, lo hubieran abandonado. Se quedó aún más paralizado cuando Stephanie se movió, con su cuerpo lleno de diminutos arco iris por la luz. Incluso

después de que agarrara una toalla, derramando una botella de vino en la bañera al salir, sus reacciones siguieron siendo pesadas. Eso probablemente explicaba por qué cuando ella lo aferró por la muñeca con una mano húmeda, apenas consiguió sacarlo de su aturdimiento en vez de electrizarlos a los dos.

—¡Jye! ¿Qué es ese ruido? ¡Jye!

—La alarma contra el humo…

—¡Oh, Dios mío, las tostadas!

Por suerte cuando Stephanie salió del cuarto él recuperó la cordura.

—¡Steff! —fue tras ella y la agarró por un brazo resbaladizo antes de que entrara en la cocina llena de humo—. ¡Quédate aquí! Yo me ocuparé.

A pesar del humo, por fortuna aún no había señal de fuego, y decidió que silenciar el detector de humo montado encima de la pila era la primera prioridad. Se subió a una banqueta y apagó el interruptor. ¡Una, dos… tres malditas veces! Pero el aullido de la alarma ahogó sus juramentos mientras se afanaba con la tapa de la batería. Cuando al fin cedió, le permitió sacar los dos pulmones artificiales que le daban vida y acercarse a la tostadora.

—¡Jye, ten cuidado! —Stephanie oyó su voz como un rugido en el súbito silencio, pero la mueca que hizo la provocó ver que Jye desconectaba el aparato con un tirón fuerte del cable—. ¡Jye, idiota! ¿Es que intentas matarte? De ese modo te puedes electrocutar.

—Es un modo más rápido de morir que asfixiado —con la tostadora aún humeante en el extremo del brazo estirado, le indicó la dirección del patio—. ¡Abre la puerta!

Le obedeció y lo siguió al exterior mientras observaba cómo invertía la tostadora sobre la mesa de hierro forjado. De ella cayeron dos pequeños ladrillos humeantes.

—¿Me equivoco al dar por hecho que ni siquiera tú querrás comerte los restos? —preguntó con sarcasmo. Luego maldijo—. Demonios, será mejor que llamemos al hotel antes… —se vio interrumpido por gritos alarmados y llamadas a la puerta—. Antes de que envíen a las tropas —concluyó—. ¡Un momento! —rugió—. ¡Ya voy! ¡Ya voy!

—No, está bien —intervino Stephanie—. Yo provoqué el lío; yo daré las explicaciones —antes de que pudiera dar un paso él le puso la mano en el cuello.

—¡No vas a abrir la puerta de esa manera!

Al recordar las limitaciones de la toalla, se la ciñó más al cuerpo y corrió al dormitorio.

Supuso que Jye tardaría unos minutos en tranquilizar al personal del hotel de que todo estaba bajo control, lo cual le brindaba la misma cantidad de tiempo antes de que le exigiera una explicación. Lo único que tenía que hacer era imaginar algo mejor que «Enamorarme de tí me ha convertido en una mezcla de insomne y pirómana».

Antes de poder terminar de ponerse unos pantalones cortos y una camiseta oyó la llamada en la puerta del dormitorio; el pánico hizo que se dirigiera a un rincón de la cama antes de recordar que había echado el cerrojo.

—La costa está despejada, Steff. Puedes abrir. Steff… vamos, abre. Me gustaría oír tu explicación.

—No.

—¿No? ¿No crees que merezco una explicación para tu intento de asarme?

—Fue un accidente.

—Menos mal, eso hace que me sienta mejor.

—¿No podemos hablar por la mañana? —aferró la camiseta y apoyó la cabeza contra la puerta— Estoy cansada, Jye.

—Levantarte en medio de la noche para tomar un baño e incendiar la casa agota mucho.

—Tenía problemas para dormir —a pesar de todo, sonrió—. Un baño relajante parecía una buena idea. Supongo que olvidé que había puesto unas tostadas, y la tostadora debió atascarse.

—¿Crees que eso es lo que pasó? —sonó incrédulo—. Debiste beberte gran parte de la botella de vino para no oler el humo, Steff. Parecías bastante rara cuando te encontré. No estarás borracha, ¿verdad?

—¡Claro que no estoy borracha! Sólo tomé una copa y algo antes de…

—Tranquila, cariño —cortó la acalorada negativa—. Sólo preguntaba. Aunque beber en la bañera cuando estás cansada puede ser peligroso. Si no hubiera sido por el detector de humos, te podrías haber ahogado antes de resultar incinerada.

—¿De verdad? —Stephanie miró al techo—. ¿Eso habría convertido mi fallecimiento en una doble fatalidad, o únicamente habría significado que estaba doblemente muerta?

—Abre y hablaremos de ello —rió con calidez y habló con voz tentadora.

—Jye, estoy cansada.

—Los dos podremos irnos a la cama en cuanto me hayas contado la historia.

—De acuerdo; para que podamos dormir, he aquí una versión condensada.

—Dispara.

—No podía dormir —«por tu culpa», añadió en silencio—. Así que decidí relajarme en la bañera con un buen libro y una copa de vino.

—Y las tostadas —insertó él—. No quiero que las olvides una segunda vez.

—¡Todavía no había llegado a ellas! —plantó las manos en las caderas y contempló la puerta—. ¿Quién cuenta esta historia? ¿Tú o yo?

—Lo siento. Continúa.

—Gracias. Mientras la bañera se llenaba fui a buscar el vino, y ahí es cuando vi las tostadas del desayuno. Las metí en la tostadora —, llevé el vino al cuarto de baño, me serví una copa y debi... —calló al decidir que por interés de resumir la historia sería mejor eliminar «y debido a que me tenías tan tensa me lo bebí de un trago»—. Y entonces, hmm, me metí en el agua. En algún momento me serví otra copa de vino —reconoció—. Pero debes achacarle al cautivador estilo de Stephen King el que no pueda darte la hora exacta —dijo, aún irritada por insinuar que estaba borracha—. Es evidente que dormité algo, de lo contrario habría olido el humo. Lo siguiente que sé es que me desperté con un aullido endemoniado. De modo que si tenía «aspecto raro», como has dicho tú, es porque pensé que de repente me hallaba inmersa en el capítulo quince como la siguiente víctima. Además, Jye, así como sé que soy responsable de todo este... drama, detesto que hayas dado a entender que se produjo porque estaba ebria y sumida en un estupor. Pues no es así.

—No, el que está en un estupor soy yo.

Al principio la sorpresa la paralizó. Luego hizo que girara en redondo y se quedara mirando boquiabierta al hombre apoyado en el marco de la puerta del cuarto de baño.

Se lo veía tan atractivo y sexy con los brazos musculosos cruzados al pecho, que Stephanie tuvo la certeza de que le faltaba

poco para fundirse con la alfombra. Cuando la navidad pasada le regaló esos calzoncillos amarillos como broma, nunca pensó que se los pondría, y menos aún que le sentaran tan bien.

—Dios mío… eres tan hermosa, Stephanie Worthington —no fue el tono seductor de su comentario lo que la sacó de su ensoñación, sino el efecto colateral de que se le hiciera un nudo en el estómago ante el destello de aprecio en sus ojos al recorrer todo su cuerpo. Ruborizándose, se tapó los pechos con la camiseta—. Es demasiado tarde, Steff—sonrió con gesto divertido—. Ya te he visto con mucho menos que unos pantaloncitos —con paso lánguido comenzó a avanzar hacia ella.

—Eh… Jye… yo… hmmm… —el inteligente intento de contrarrestar su avance y sus caricias visuales farfullando, tartamudeando y tratando de retroceder a través de una puerta cerrada no funcionó. Él plantó la mano derecha contra la puerta a la izquierda de su cabeza, y con la otra apartó con facilidad el brazo de la camiseta que separaba sus torsos desnudos—. Jye… ¿Para qué… has… has venido aquí? —preguntó.

Él no respondió, y el corazón de Steff se desbocó al sentir el contacto sedoso de los calzoncillos contra su muslo. Luego el vello de su pecho le rozó los pezones y el nivel de decibelios de su corazón se disparó hasta hacerle vibrar todo el cuerpo.

—¿Qué… qué haces? —jadeó mientras experimentaba un escalofrío erótico.

—Adivínalo, Steff.

Las imágenes que pasaban por su cabeza estaban más allá de la adivinación. Pero como expresarlas en voz alta la harían quedar como una buscona o, peor aún, como una tonta enamorada, pretendió aligerar la situación.

—Hmm… Ah… ¿intentas conseguir… no dormir en el sofá?

—Steff, esa es una conjetura conservadora —su sonrisa fue tan suave como los nudillos con que le rozó la mejilla— Espero que seas más lanzada. Te diré una cosa —añadió, y movió la mano que tenía al costado de su cabeza hasta colocarla detrás de su nuca—. Sostén esto y te daré una pista.

Bajó la vista a lo que le había metido en la mano y descubrió que se trataba de una caja de preservativos. Quizá no representara un compromiso de por vida, pero una caja entera, sin abrir, tenía que significar que Jye pensaba más allá de esa noche. Sintió un nudo en la garganta.

—Steff —musitó, alzándole la barbilla. No apartó los ojos de ella mientras le acariciaba el cuello y bajaba la cabeza—. Concéntrate —instó—. Esta es una pista…

Capítulo 9

Esperaba que el beso fuera un asalto apasionado y pleno pensado para trasladarla al siglo siguiente. Pero la boca de Jye se mostró tentativa hasta el punto de que si no lo conociera habría creído que era titubeante. Su lengua se movió con tanta gentileza que pareció temblar en su labio inferior, aunque tal vez ello se debiera a la inseguridad de su propio cuerpo.

Mantuvo las manos plantadas contra la pared y el cuerpo separado, negando el contacto más íntimo que ella anhelaba mientras con los labios repetía el beso delicado y casi imaginario. La pausada exploración del contorno de su boca fue lo más excitante y fascinante que Stephanie había experimentado jamás, pero codiciaba más.

La impaciencia y el deseo le carcomían las entrañas mientras la piel le hormigueaba y los pezones se le endurecían como piedras por la anticipación. «¡Vamos!», gritó mentalmente. Pero Jye apenas le rozaba los labios, como si fuera frágil como el cristal y corriera el peligro de quebrarse en cuanto tomara posesión completa de su boca y le asolara el cuerpo.

Entonces, y de manera increíble, él se detuvo.

Stephanie seguía con los ojos cerrados, pero no tuvo necesidad de abrirlos para saber que Jye se apartaba de ella; la sensación de aire fresco le bastó para reconocerlo. Automáticamente rebobinó para tratar de descubrir qué había hecho mal.

—Steff... —el nombre se oyó como si lo pasaran por papel de lija. Ella abrió despacio los ojos para encontrar los suyos bajo el ceño fruncido—. Ahora mismo te deseo con tanta fiereza...

La convicción que oyó en su voz paralizó sus pulmones y probablemente sus cuerdas vocales, ya que los angustiados gritos de su cuerpo de «¡Tómame! ¡Tómame!» jamás salieron de su boca. Todas esas emociones desconocidas volvieron a invadirla, hirviendo en su interior en un manto de calor que, combinado con el deseo que veía en sus ojos negros, hicieron que sintiera que era engullida por una densa y calurosa noche.

—Pero... no quiero hacerte daño. Jamás me perdonaría —su ronca declaración se vio acompañada por la hipnótica suavidad de su dedo pulgar sobre el labio inferior de ella—. Necesito saber que te encuentras cómoda con lo que está sucediendo, Stephanie. Que puedes manejarlo.

Su cerebro sensualmente abotargado registró que Jye intentaba cerciorarse de las repercusiones a largo plazo que tendría sobre ellos dormir juntos. Trataba de asegurarse de que no saldría herida albergando ideas de que cualquier relación entre los dos terminaría en matrimonio. A pesar de lo conmovedor que parecía en la superficie, Stephanie era lo bastante cínica y conocía lo suficiente a Jye como para identificar que sus instintos de autoconservación eran casi toda la motivación existente detrás de su nobleza.

No sabía si golpearlo, reír o asustarlo confesándole que la advertencia era inútil porque ya se había enamorado de él. No… lo último no era una opción, porque si de una cosa estaba segura era de que quería hacer el amor con Jye. Esa noche. En ese momento. La más ligera insinuación de la profundidad de sus sentimientos haría que atravesara la puerta y saliera de su vida en menos de un abrir y cerrar de ojos. De pronto su deseo de casarse y tener una familia había descendido de su lista de prioridades hasta ocupar un patético segundo lugar, a favor del anhelo de experimentar el placer de hacer el amor con Jye Fox.

Sea lo que fuere lo que sucediera entre ellos esa noche, sería algo que no se repetiría, ya que ninguno de los dos cambiaría su punto de vista sobre el matrimonio; y a pesar de eso, Stephanie no era capaz de alejarse. Por lo menos no esa noche… «Nunca», susurró su corazón, sabiendo que en última instancia sería Jye quien se fuera.

—Steff…

—En realidad, Jye, no me encuentro cómoda con lo que ha estado sucediendo —irguió los hombros. Quitó una de las manos de él de la pared y le devolvió la caja de preservativos—. ¡Sosténlos tú! Porque es evidente que no tienes ni idea de lo que hacer con las manos; yo, sin embargo, tengo grandes planes para las mías —lo aferró del pelo y atrajo su asombrada boca hacia la suya.

¡En ese beso de Jye no hubo nada tentativo! Su boca se fundió con la suya con un ansia ardiente y codiciosa que amenazó con consumirla al asumir el rápido control del beso. Su cuerpo le pegó la espalda contra la pared al tiempo que sus manos abrasaron cada centímetro de su piel expuesta y encendieron una pasión que Stephanie no reconoció como propia. Soltó un gemido sensual de placer en el momento en que su mano se cerró sobre un pecho y la uña del dedo pulgar frotó su cumbre.

—Te gusta eso, ¿eh?

—Hmm... —se retorció cuando lo repitió.

—¿Estás dispuesta a retirar la acusación de que no sabía qué hacer con las manos?

—Hmmm —sacudió la cabeza y se puso de puntillas para reclamar su boca—. Una persona necesita motivación para no dejar de mejorar.

Rió, esquivó el beso que pretendía darle y la alzó en brazos.

—Oh, no te preocupes, cariño... Estoy muy motivado. Todavía no has visto nada.

La petulante arrogancia de su declaración era tan entrañable como sexualmente estimulante. «Bueno, no, no era del todo cierto», corrigió mientras el colchón de agua se onduló con suavidad bajo ella. Entrañable evocaba calidez, sentimientos confusos, mientras que el estímulo sexual parecía más un incendio fuera de control. Así se sentía Stephanie a medida que sus dedos exploradores le proporcionaban las lecciones más sensuales a su cuerpo hasta ese momento mal educado. Allí donde la tocaban encendían

una hoguera cuyas chispas se adelantaban a la conflagración principal para inflamar otras partes de su cuerpo.

Continuó avivando la pasión hasta que el calor interior se intensificó tanto que Stephanie creyó que ardería de placer en combustión espontánea. Esas sensaciones nuevas eran adictivas. Su cuerpo quería más, mucho más. Y sin pudor le suplicó que se lo diera. No sólo con palabras, sino con actos. Con las manos exploró el cuerpo bronceado y musculoso; los ojos entornados de él y las murmuradas palabras de aprobación llenaron a Stephanie con un sentido exultante de arrogancia ante su propia feminidad y sexualidad, y la retaron a ser tan autocomplaciente como sus deseos la impulsaran a ser...

Jye sentía que se veía abrumado por sus instintos más básicos. Sabía que tenía que frenar las cosas. Pero a pesar de todas sus buenas intenciones no fue capaz de hacer acopio de fuerza para ejecutarlo a medida que iba perdiendo capa tras capa de su control físico y mental. Era demasiado débil para retirarse del calor de la mujer que tenía debajo, para negarse el gozo egoísta de oírla gemir su nombre y de observar cómo su cuerpo hermoso respondía al mínimo contacto. Y demasiado, demasiado egoísta para negarse las sensaciones creadas por la fascinada exploración que ella realizaba de su cuerpo.

El roce de sus uñas sobre su torso resultaba casi intangible, pero

sus entrañas centellearon ¿Quién habría imaginado que sus manos delicadas y elegantes serían tan firmes y posesivas mientras le recorrían la piel, tanteando, moldeando, apretando y acariciando hasta que él creyó que moriría por el éxtasis de su contacto?

Había creído que conocía a Steff mejor que a ninguna mujer en el mundo. Aunque el lado arrogantemente optimista en él había insistido en que no podía estar imaginando la química sexual que había estallado entre ellos durante su estancia en la isla, el lado pesimista había esperado su rechazo inapelable. Pero aún así, había pensado que tendría que actuar con cautela y lentitud, tener paciencia con esa mujer conservadora que creía que el sexo y el amor estaban entrelazados y que veía como una ruta directa al matrimonio... ¡Pero Sephanie le demostraba que se había equivocado en todos los sentidos!

No había nada conservador ni ingenuo en el modo en que actuaba o reaccionaba. El que se hallara tan relajada con su sensualidad y sexualidad era en sí mismo un acto de erotismo; los movimientos de su cuerpo contra el suyo tenían tanta fluidez que él creía ser ungido con un aceite cálido y aromático.

No había nada inhibido en los pequeños gemidos de placer que emitía a medida que la boca de Jye buscaba probar su néctar más dulce. Ni atisbo alguno de timidez momentos más tarde cuando se retorció bajo su peso, demandando que lo deseaba todo.

La tentación de ceder fue la más poderosa que Jye había experimentado. Ninguna mujer lo había afectado con tanta fuerza ni bombardeado sus emociones tan rápida ni exhaustivamente. Pero su ego insistía en que mantuviera el control, en no dejarse arrastrar por el torrente de su sensualidad.

En un intento por reafirmarse y mitigar su propia impaciencia, dedicó varios minutos a provocar la pasión de ella hasta llevarla al borde de la satisfacción, donde la dejó temblando y suplicándole que llegara al final. Pero la pasión era una espada de doble filo, y llegaba un momento en que la promesa no satisfecha de placer flotaba próxima al dolor. Un momento en que silenciar sus súplicas de liberación plena con simples besos quedaba más allá de él. Denotado por el anhelo de su propio cuerpo, se sumergió en su húmeda calidez...

En ese inconmensurable instante minúsculo de tiempo Jye fue consciente sólo de dos cosas. De su ronco gruñido de satisfacción cuando le clavó las manos en los glúteos. Y de que su intención de

experimentarla sólo una vez se hizo pedazos.

Jye se esforzó por dar la impresión de que analizaba lo que sir Frank acababa de proponerle.

—Me gustaría poder pensar en lo que me acabas de decir —dijo, dudando seriamente de haber retenido algo de las dos horas que llevaban hablando, aparte de los buenos días. Mientras observaba los números sobre los beneficios del hotel durante los últimos cinco años no había parado de ver la imagen de Stephanie tal como la dejó dos horas atrás, su desnudez semicubierta por una sábana mientras yacía dormida.

—No espero otra cosa —repuso el hombre mayor con tono de aprobación, antes de que sus ojos se desviaran hacia la puerta, donde Tory había aparecido de repente.

Como siempre, la morena estaba vestida con ropa de marca, y entró en la estancia con un paso que resaltaba la extensión y firmeza de sus piernas. Plantó un beso en la frente de su marido y por primera vez a Jye se le ocurrió que la sexualidad de Tory era tan sintética como su rutina de esposa amante. No le sorprendió tanto el hecho como haberlo observado. En el pasado se había esforzado en no pasar de la fachada con las mujeres. En cuanto un hombre empezaba a mirar debajo de la superficie, corría el riesgo de encontrar rasgos atractivos e involucrarse emocionalmente, y lo siguiente que sabía era que bailaba el vals nupcial y asistía a clases de parto sin dolor.

—¡Maldición! —no se dio cuenta de que había hablado en voz alta hasta que los Mulligan lo miraron con ojos curiosos—. Lo siento. Acabo de pensar en algo que tendría que haber hecho.

—¿No habrás aceptado mi propuesta ya? —bromeó sir Frank.

—Jamás salto sin mirar, sir Frank —sonrió. «Bueno, no hasta la noche anterior», corrigió—. Le plantearé a la junta lo que hemos hablado y te haré saber su opinión.

—Por supuesto. De ti, Jye, no espero otra cosa. Y, para ser totalmente sincero, prefiero ver que Illusion termina en Porter Corporation que en una de las otras cadenas menos rigurosas.

Jye no mordió el cebo y no preguntó que otros grupos pujaban por las instalaciones, aunque era de esperar que hubiera por lo menos media docena; el tono de Mulligan bastó para transmitir que su rival más serio era Cole Kingston.

—Como dije antes —continuó el hombre mayor—, me

encantaría ver que la isla pasa a manos de alguien a quien de verdad le importe la industria turística de este país. Aunque en el pasado hemos sido competidores, tengo un respeto enorme por Duncan Porter como hombre de negocios —emitió lo que parecía una auténtica sonrisa melancólica—. Por desgracia, Jye, ambos sabemos que al ser yo también un hombre de negocios, no puedo permitir que los sentimientos nublen mi decisión para la venta, de modo que si quieres aclarar algún punto, estaré en mi despacho toda la tarde…

—¡Oh, cariño! —gimió Tory—. ¿Toda la tarde? Quería salir a navegar unas horas. Incluso iba a sugerir que lleváramos a Jye y a… hmmm… hmmm.

—Stephanie —aportó Jye, conteniendo una sonrisa.

—Oh, Frank, cariño, ¿no puedes postergar tus planes para esta tarde?

—Lo siento, Victoria, pero por desgracia no puedo. No obstante, no hay motivo para que no puedan ir ustedes tres. ¿Quién sabe? —sonrió—. Quizá unas horas de ver la belleza de Illusion desde el mar ayude a Jye a llegar a una decisión.

Jye apenas pudo ahogar un gemido. Lo último que necesitaba era pasar una tarde con la vampiresa de Tory. Pero su intento de declinar la invitación no fue aceptado con ecuanimidad por lady Mulligan, y cuando se mantuvo firme en su negativa ella recurrió a los mohines y las súplicas. Fue un ardid que le proporcionó una mirada furiosa de sir Frank, a quien no le gustaba que nadie irritara a su malcriada y mimada esposa.

Mentalmente los mandó a los dos al infierno. A pesar de las afirmaciones de Mulligan de que en primer lugar era un hombre de negocios, sus excentricidades, cuando se trataba de su esposa, eran bien conocidas; Jye no podía arriesgarse a descubrir si una negativa pondría en peligro las negociaciones.

—¡Estupendo! —irradió Tory cuando al final aceptó—. Dame unos minutos para cambiarme y luego bajaremos al embarcadero.

—Me temo que tendrá que ser más tarde. Estoy seguro de que Steff tendrá el almuerzo preparado cuando vuelva. Que sea a… ¿la una y media?

—Oh, de acuerdo —pareció tan abatida como podía estarlo alguien con sus bien dotadas dimensiones—. Me había olvidado de ella.

Era una mentira patética, pero Jye deseó poder decir lo mismo

con la mitad de convicción.

—Stephanie, una relación física entre nosotros no funcionará...

Desde el instante en que Jye atravesó la puerta con aire tenso, pero decidido, con un saludo de «Tenemos que hablar», había estado repasando la escena que Stephanie había imaginado toda la mañana. Y, tal como había predicho ella, no le dio oportunidad de contradecirlo, ya que de inmediato se lanzó a un extenso monólogo sobre todos los motivos por el que tuvieron sexo.

Hasta ese momento le había echado la culpa al aislamiento, la proximidad, el estrés, la curiosidad e incluso al «exceso de identificación con su papel de pareja casada», como factores que contribuyeron a ello. Pero como Steff había esperado que citara todo, incluyendo los problemas en Oriente Medio, permaneció en silencio, dejando que se explayara a sus anchas.

—¿Y bien? —preguntó él al final con cara expectante—. Tendrás algo que decir...

—Sí —con una sonrisa se acercó a él y con gesto seductor le acarició el pecho. Bésame...

—¿No has oído ni una palabra de lo que dije? —se retiró con tanta precipitación que ella estuvo a punto de caer de bruces—. ¡Lo que pasó anoche pasado está!

Oh, Dios... Jye no había intentado encontrar razones para justificar lo sucedido porque se negara a creer en el concepto del amor. ¡Le estaba diciendo que lo de la noche anterior había sido la primera y la última vez! En cuanto despertó sola en la cama había sabido que la próxima vez que lo viera estaría asustado, pero en ningún momento había imaginado que elegiría la negación total como un modo de enfrentarse a las cosas. Ella había pasado toda la mañana tratando de decidir cuánto tiempo necesitaba su relación antes de poder revelarle lo que sentía por él sin espantarlo... ¡Y ahí estaba él, descalificándolos a los dos para cualquier futura competición!

—¿Steff?

—He oído lo que has dicho, Jye. Pero al parecer no en el contexto que tú querías —su voz no sonó tan firme como deseaba, pero nada lo era. Tenía las piernas como gelatina y el estómago revuelto. Santo cielo, no podía ser. No... no era justo.

—Los dos sabemos que lo que digo es verdad, Steff.

—¿Sí? —clavó con fuerza las uñas en las palmas de las manos para mantener la calma y no llorar delante de él.

—La cuestión es que sin importar lo estupendo que fuera el sexo... hmm... entre nosotros, no queremos lo mismo en una relación. Tu sueñas con un compromiso y a mí me espanta. Ninguno cambiará, sin importar lo mucho que deseemos creer lo contrario. Intentar llevar esto más lejos sólo sería...

—¡Un error impulsivo! —espetó ella—. Sí, de acuerdo, Jye, ya lo he entendido. Pero, contéstame a esto: ¿este particular error impulsivo ocurrió la primera, la segunda, la tercera o la cuarta vez que hicimos el amor?

—Steff, cariño...

—¡No me toques! —jadeó, apartándose del alcance de su mano —. Sólo contesta la pregunta. ¿Cuándo crees que tuvo lugar este error impulsivo?

—Pasó —soltó un suspiro— cuando mezclé el valor a largo plazo de la amistad con la satisfacción a corto plazo del sexo; en cuanto recogí esa caja de preservativos y entré en tu habitación.

—Entonces tú eres el único que cometió ese error impulsivo, Jye. Porque yo... —se clavó un dedo en el pecho—... dormí contigo sabiendo exactamente lo que hacía. No fui lo bastante estúpida como para visualizar que eso conduciría a una proposición de matrimonio, aunque imaginé que nuestra amistad podría sobrevivir a una aventura. Pen...

—¡Una aventura! —mostró una expresión de atontada incredulidad— ¡No podemos tener una aventura! ¡Tú no tienes aventuras! —le informó—. Para ti el matrimonio siempre ha sido el fin. Siempre has jurado que jamás te rebajarías a ser la amante de un hombre.

—Es cierto. Y la buena noticia es que no rompí ese juramento. Pero gracias a ti mi elevada posición moral en contra de un revolcón de una noche ha perdido toda credibilidad —la satisfacción de verlo palidecer ante la acusación no bastó para derrotar la amenaza de las lágrimas; sólo el orgullo lo consiguió.

—No... no sé qué decir...

—¿No? Pues no te preocupes, porque no estoy interesada en escucharte —giró en redondo y salió de la habitación.

—¡ Steff, espera!

No lo hizo, ni miró atrás para mandarlo al infierno ni cerró de un portazo, aunque Jye sintió que jamás había quedado tan aislado

de alguien.

Bajó la vista a la impecable mesa con el mantel blanco de algodón, una bandeja con fruta, copas de cristal y una cubitera con una botella de champán. No supo si era el idiota, el bastardo o el mártir más grande del mundo.

Capítulo 10

—¡Eh, espérenme!

La visión de Stephanie corriendo por el muelle hacia el crucero hizo que Jye sintiera una oleada de alivio.

Cuando llegó el momento de tener que irse al embarcadero, Steff seguía encerrada en su cuarto, de modo que Jye llamó a la puerta y le expuso cuáles eran los planes para esa tarde. Él interpretó su falta de respuesta, aparte de un vehemente «¡Bien, espero que naufraguen y los devoren los tiburones!», como una negativa silenciosa a acompañarlo. Por primera vez en su carrera profesional estuvo a punto de anteponer los sentimientos personales a los negocios y cancelar la excursión náutica para intentar reparar los daños en una amistad que valoraba por encima de todas las demás; lo único que lo detuvo fue saber que no había modo de razonar con Stephanie hasta que se calmara... supuso que le quedaba una espera de dos décadas.

Miró de reojo a Tory cuando Steff saltó a la cubierta y vio que, a diferencia de él, distaba mucho de sentirse complacida por la inesperada llegada de su «esposa». Y tampoco fingió lo contrario cuando Stephanie la saludó.

—¿Qué haces aquí? —demandó.

—¿Perdón? —Stephanie llevaba unos pantalones cortos y la miró por debajo de una gorra de béisbol gastada; aun así su expresión y tono habrían puesto en su sitio a la realeza. Sorprendió a Tory, pero no hasta el punto de disculparse.

—Jye comentó que no vendrías —explicó con voz que sugería que eso le había gustado. Miró a Jye con ojos acusadores y añadió —: Dijo que te sentías mal. Otra vez.

—Y así era —respaldó su mentira.

—Entonces, ¿qué haces aquí? —desafió Tory—. No me parece adecuado que te sometas al calor del sol y a los vaivenes de un barco. Es evidente que tienes una constitución poco robusta, siendo patéticamente delgada y todo eso.

—¡Oh, por lo general Steff tiene una salud de hierro! —intervino Jye para evitar la demoledora respuesta de Steff—. Pero ya sabes cómo pueden ser los mareos por la mañana. Ella... —calló en cuanto notó que Tory ya no era el blanco de la mirada iracunda de Stephanie.

—¿Está embarazada? —la sorpresa de Tory fue tan aguda como

las dagas visuales que le lanzó Steff.

—Bueno, eh... —intentó remediar el error cometido—, es decir, creemos que lo está. Hmm... podría estarlo. Bueno, podría ser. Eh... aún no ha sido confirmado. ¿No, cariño?

—No, cariño, razón por la que deseaba mantenerlo en secreto —le sonrió con expresión asesina.

—Cielos —intentó esbozar una sonrisa tímida—. Pero no hay motivo para molestarse, estoy seguro de que Tory no lo comentará. ¿Verdad, Tory?

—¡Dudo que alguna vez esté tan necesitada de conversación! —el tono despectivo se vio acompañado por un escalofrío y una mirada gélida—. Si me perdonas, Jye, dejaré que ambos solucionen sus diferencias personales en privado. Y de verdad creo que sería mejor que convencieras a tu mujer de que no nos acompañara. No quiero que la tarde me la estropee una posible embarazada vomitando por la borda.

—Oh, no te preocupes, lady Mulligan —dijo Stephanie—. Creo que el hecho de que aún no haya vomitado demuestra que tengo un estómago excepcionalmente fuerte.

Riendo con la vana esperanza de que Tory confundiera el comentario por una broma, Jye sujetó el codo de Stephanie y se la llevó a popa.

—No dejes que te irrite —musitó—. Ella no merece la pena.

—No es ella quien me irrita. ¿Por qué demonios has dicho que estaba embarazada?

—Fue lo primero que se me ocurrió para justificar tus constantes indisposiciones.

—¡Pues deja de decir que estoy enferma!

—Mira, debía tener alguna explicación para tu ausencia. Decirle que habíamos discutido hubiera sido como regalarle un millón de dólares. Para ser sincero, no esperaba que aparecieras.

—Para ser sincera —imitó ella—, no esperaba aparecer; no estoy con ánimos de hacer favores...

—Pero has venido —sonrió, y alargó la mano, incapaz de contenerse de acariciarle la sedosa mejilla con los nudillos—. Gracias, Steff. Lo aprecio.

—¡No lo hagas! —se apartó y cruzó los brazos— Sólo he venido porque este trato es importante para Porter y en especial para Duncan. Al padrino no le gustaría que lo estropeáramos por dejar que nuestras diferencias personales se interpusieran entre nosotros.

Además —añadió con expresión renuente—, te debo una disculpa.

—¿Sí?

—No te entusiasmes —advirtió—. La doy a regañadientes. Pero la cuestión es que no fue justo echarte toda la culpa por lo que te pasó. Anoche me diste la oportunidad de retirarme. Y si hubiera prestado atención a mi cabeza y no a mis hormonas, lo habría hecho. Creo que me excedí en mi reacción porque en el pasado sólo me he acostado con dos chicos...

—¡Steff, para! No necesito oír eso —¡demonios, ni siquiera quería pensar en Stephanie en brazos de otro!

—No. Desde luego —se mordió el labio con cierto pudor, y se encogió de hombros—. En cualquier caso, quería que supieras... bueno, que me has hecho un gran favor.

—¿Sí?

—He estado tan obsesionada con el compromiso y la duración en mis relaciones pasadas que probablemente me he privado de algunos momentos de sexo estupendos, y...

—¡Stephanie!

—¿Qué? —abrió mucho los ojos, desconcertada.

—¿Qué quieres decir con qué? —la miró con ojos furiosos—. ¿Te das cuenta de lo que estás diciendo?

—Digo que has tenido razón en todo momento, Jye —respondió con calma—. La variedad es la sal de la vida. Y... —el guiño y la mueca que le hizo debían ser clasificados de «X»—, gracias a ti, a partir de ahora Stephanie Bernadette Worthington va a buscar las comidas picantes.

Descartada la esperanza de poder lograr dormir algo en el sofá, Jye miraba el techo.

Sólo eran palabras, por supuesto. Cuando tuviera que llevarlas a la práctica, era imposible que Stephanie se metiera en la cama con alguien sólo por el sexo. No era de ese tipo. Y él debía saberlo. El anuncio de ese día había sido un mecanismo de autodefensa para convencerlos a los dos de que lo sucedido la noche anterior no había sido de gran importancia.

No obstante, era una maldita bendición que estuvieran en esa isla, casados a todos los efectos, porque la historia demostraba que Stephanie era famosa por ser impulsiva. Si hubieran estado en el continente, no resultaba inconcebible que hubiera intentado sazonar su vida antes de haber analizado las consecuencias. Con un

poco de suerte, en cuanto cerraran el trato con Mulligan, volvería a fomentar el ideal del amor eterno y una casita con vallas.

—Jye… ¿estás despierto? —se sentó de golpe ante el sonido de su voz suave. Apretó los dientes al ver iluminada por la luna una buena extensión de piernas desnudas bajo una camiseta grande y trató de contener su excitación—. ¿Podemos hablar un minuto? —aunque su libido le sugería otra cosa, y durante más de un minuto, asintió—. No sé cómo decir esto…

—¿Decir qué, Steff? —preguntó con voz ronca; la vacilación que percibió en su voz le aceleró el pulso.

—Es acerca de lo de anoche… y lo que comentaste en el barco.

—¿Qué pasa con lo sucedido anoche? —por ese entonces le palpitaba algo más que el pulso.

—Bueno —lo miró con ojos tímidos antes de bajar la cabeza—, me preocupa que tal vez me hayas dado mala suerte. Bueno, en realidad, a los dos.

—¿Mala suerte? ¿Cómo?

—Al decirle a Tory que estaba embarazada.

—¿Quie… quieres decir que… podrías estar em… embarazada? —tragó saliva—. ¿Embarazada?

—¡Maldita sea! Sabía que no tendría que haberlo mencionado. Ahora tú también estás preocupado —¿preocupado? ¿Es que bromeaba? Se había quedado catatónico—. Por favor, Jye —instó—. Que no te domine el pánico. Sólo existe una posibilidad muy remota de que lo esté.

—Pero… pero usamos preservativos. ¿Por qué crees…? ¡Oh, demonios! Uno se salió después de…

—Sé que en su momento nos pareció gracioso. Pero me puse a pensar en lo sucedido, y al reflexionar… bueno… Mira, Jye —continuó—. Es probable que mi reacción sea exagerada. De hecho, estoy segura de que no se me habría ocurrido si tú no se lo hubieras mencionado hoy a Tory —le palmeó la pierna en un gesto para darle confianza, pero el calor de su mano en el muslo de él bastó para atribuir su aumento de temperatura a otras cosas que una inminente paternidad. Sin embargo, cuando apoyó la mano en la suya, ella se levantó como impulsada por un resorte y forzó una risa—. En realidad, creo que me estoy comportando como una tonta. Las posibilidades de que esté… —sacudió la cabeza—. Todo es ridículo. Olvida que lo mencioné y…

—¡Qué lo olvide! Demonios, Stephanie, podrías pedirme que

dejara de respirar —saltó del sofá y se puso a ir de un lado a otro.

«Stephanie está embarazada de mi hijo». Intentó imaginar su vientre liso hinchado con el niño. No pudo. Pero al mismo tiempo sintió una oleada de estímulo recorrer sus venas. Pensó… pensó… ¡Maldición, no podía pensar! Hasta respirar le costaba.

Ante la prueba de la evidente y extrema agitación de Jye, Stephanie se sintió dominada por la culpa. Lo que le había dicho no se hallaba más allá de las posibilidades de lo posible, pero fue la maldad lo que la motivó a añadir que estaba preocupada. No era verdad. Las probabilidades de que tuvieran un niño eran casi tan remotas como que él le dijera que se había enamorado perdidamente de ella. Como la había herido mucho, quiso castigarlo.

La había impulsado a pensar en lo bien que desempeñaría el papel de marido y que le haría el amor como si fuera la persona más preciada del mundo, para luego anunciar en público que iban a ser padres. Era como si le hubiera proporcionado su sueño más descabellado para arrebatárselo momentos después. Lo odiaba por ello, pero, al mismo tiempo, lo amaba demasiado para disfrutar con su sufrimiento.

—Jye… por favor. No tiene sentido inquietarse. Yo… tengo la convicción de que no estoy embarazada.

—No, no es verdad. Que estés segura —su boca fue una línea sombría al mirarla.

—De acuerdo. Pero… es muy improbable.

—Improbable no significa imposible —dejó de caminar y se detuvo ante ella. Necesitó toda su fuerza de voluntad para no besarla—. ¿Cuándo lo sabrás?

—Hmm… En nueve o diez días.

—Muy bien. Bueno, si estás… embarazada, yo… —tragó saliva con esfuerzo—. Yo… estoy dispuesto a casarme contigo.

—Si me lo pides, te diré que no —aunque su corazón se excitó más que su cabeza ante tan noble ofrecimiento.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque no me motiva el sacrificio humano, Jye —le irritó que él pareciera tan sorprendido.

—¿Estás diciendo que casarte conmigo sería un sacrificio?

—¡Por el amor del cielo, Jye! Has dejado bien claro que jamás has querido casarte…

—Sí, pero lo decía de forma voluntaria. Esto es distinto. Si llevas

a mi hijo, entonces casarme contigo es una obligación. De hecho, estaría preparado para casarme con cualquiera en estas circuns... ¡grrrugh!

Cuando el trasero de Jye impactó contra el suelo, Stephanie siguió su inesperado gancho de derecha con una descripción furiosa y colorida de su herencia, resaltándola con una serie de patadas lanzadas al azar sobre áreas de su perpleja forma.

—¡Por lo que a mí respecta... —patada— ...puedes meterte tus obligaciones... —patada— ...en el trasero, Jye Fox! —patada—. ¡No me casaría contigo ni aunque estuviera embarazada de diez meses de quintillizos y ya tuviera siete de tus hijos! Un...

Jye aferró su tobillo en mitad de una patada, desequilibrándola lo suficiente como para que cayera encima de él. De inmediato ella se puso a luchar para liberarse.

—Suéltame, hijo de...

—Shhh, Steff. Tranquila, cariño.

—Nada de cariño... —aporreó un puño contra su hombro— ... ¡insensible, arrogante y libidinosa pieza de escoria! —el hombro recibió otro golpe—. ¡Suéltame!

—¡No! ¡Ay! ¡Steff, para! —insistió, sujetándole las muñecas.

—¿Por qué? —demandó, sin dejar de intentar soltarse.

—Porque no es bueno para el bebé que te excites tanto —al instante ella se quedó quieta, y él sólo pudo discernir en su expresión confusión y angustia.

—Jye... yo...

—¿Qué?

—Nada —meneó la cabeza—. Es que, aunque estuviera embarazada, lo poco que sé sobre el tema indica que puedo realizar un ejercicio suave.

—Bueno, como yo no sé nada sobre el tema, aceptaré tu palabra. Pero... —se frotó la mandíbula— ...lo que me preocupa es mi salud. Y como tengo una renuencia instintiva a defenderme de una mujer posiblemente embarazada, ¿crees que podrías dominar tus impulsos homicidas hasta que lo sepamos con certeza?

Ella se incorporó para quedar sobre él, y las manos a la cintura alzaron aun más la ya corta camiseta. El intimidador paso adelante que dio acercó sus hermosas y desnudas piernas a unos centímetros de su contacto.

—¡Renuencia instintiva, un cuerno! ¡Tus instintos son tan lentos que ni siquiera viste llegar el puñetazo! —esbozó una sonrisa

complacida.

—Tienes razón, no lo vi —concedió, pero no hablaba sólo de su poderosa derecha. En los últimos días Stephanie había logrado desequilibrarlo física y emocionalmente hasta tal punto que ni siquiera la idea de poder ser padre le resultaba tan devastadora como habría esperado una semana atrás.

Desde luego, quizá parte de la calma que sentía se debía al hecho de que Stephanie no había saltado de placer ante su promesa de casarse con ella si de verdad estaba embarazada. Aunque podría haber mostrado algo de gratitud. Hacía unos días estaba dispuesta a casarse con ese imbécil de Carey sólo porque creía estar enamorada de él.

Momentos después ella se despidió de forma apenas audible, pero Jye sabía que a él le sería imposible dormir. Podía dedicarse a pensar en algo sobre lo que nada podía hacer en ese momento o tratar de centrarse en el motivo que lo había llevado a Illusion Island, y dar los primeros pasos positivos para conseguir que Mulligan bajara el ridículo precio que pedía por el complejo.

Lo más inteligente era decidirse por la segunda opción; que pudiera realizarlo era otra cuestión.

—Vamos, Stephanie —dijo ante su reflejo—. Ve con garra. No puedes quedarte toda la mañana en el cuarto de baño.

Se sobresaltó al oír una llamada fuerte del otro lado de la puerta.

—¡Ha llegado el desayuno, Steff!

—Hmm... bien. Gracias. Salgo en seguida.

Necesitó otros cinco minutos para hacer acopio del valor para mirar a Jye, algo ridículo si tenía en cuenta que se suponía que era una adulta madura y que lo conocía de toda la vida. Igual de ridículo fue que el corazón le diera un vuelco en el instante en que él alzó la vista cuando se sentó a la mesa.

—Espero que pudieras dormir algo anoche, porque a mí me fue imposible —dijo con una sonrisa que no funcionó. Parecía agotado, y ella no pudo atribuirlo sólo a la incomodidad del sofá.

Sólo una mujer insensible podría haberle hecho lo que ella le hizo. ¡Y pensar que había juzgado a Tory! Llena de remordimiento, le asió la mano. Sintió su temblor incluso antes de que sus ojos oscuros se abrieran para reflejar lo mismo, pero casi al instante él se reclinó contra la silla y rompió el contacto.

—Lo siento, Jye. No debí soltarte todo eso ayer. No cuando te encuentras en medio de una negociaciones cruciales. Fue desconsiderado y poco profesional. Si lo supiera, Duncan me despellejaría.

—¿Si supiera qué? —enarcó una ceja—. ¿Que dormimos juntos o que me alertaste a las posibles repercusiones de dicho acto?

—No seas denso. Lo último, por supuesto. Duncan y yo sabemos que tu libido jamás ha dominado tu comportamiento en la sala de juntas —complacida por lo objetiva que sonaba, se sorprendió cuando él aporreó la mesa con un puño.

—¡Gracias por recordármelo, Steff! ¡Me cercioraré de señalárselo si estropeo este trato y resulta que estás embarazada!

—¡No estoy embarazada!

—¡Podrías estarlo!

—Sólo existe un ínfima posibilidad. No hace falta que te preocupes hasta que nos aseguremos de ello.

—¡No me preocupa!

—Pues me habías engañado. Hace un minuto, cuando

te tomé la mano, te comportaste como si tuviera la peste bubónica —contuvo las lágrimas y se obligó a proseguir con tono racional—. Esperemos a ver qué pasa. Luego, si estoy embarazada, podemos decidir si le contamos o no a Duncan quién es el padre.

Jye se levantó de repente, sacudiendo la mesa y derribando algunos vasos.

—¡No hay nada que decidir! —rugió. Nunca había deseado con tantas ganas matar a alguien con sus propias manos—. Entiende... esto... Stephanie —bajó la voz, pero avanzó hacia ella con cada palabra que pronunciaba—. Si tienes a mi hijo, Duncan y todo el mundo sabrán que yo soy el padre —se inclinó con lentitud y apoyó ambas manos en el respaldo de la silla, atrapándola—. ¿Has recibido el mensaje, Stephanie Elizabeth Bernadette Worthington? Porque no tengo ninguna intención de hacerme a un lado en silencio mientras tú te lanzas al camino de la abandonada madre soltera.

—Pe... pero... tú... sabes que a Duncan no... le gusta que... exhibamos nuestras... hmmm... relaciones personales en la oficina —tragó saliva y echó la cabeza hacia atrás para establecer algo de distancia entre ellos. Jye contrarrestó su esfuerzo acercándose más.

—Al demonio Duncan y su ceño fruncido. Y olvida cualquier idea de negarte a casarte conmigo, porque ningún hijo mío va a

crecer sin tener a sus dos padres.

—Una... una persona no tiene que estar casada para ser padre o madre, Jye.

Prácticamente tenían las narices pegadas. Estaban tan cerca que estrangularla ya no era lo que más ocupaba su agotado cerebro. Cuando el olor de su champú se mezcló con el aroma que reconocía como exclusivo de ella, no pudo detener a su hambrienta boca de buscar sus labios.

En el momento en que su lengua encontró la suave humedad del labio inferior de Stephanie, el deseo que lo desgarraba era visceral. Gimió y su gloriosa intensidad lo hizo cerrar los ojos.

—¡Oomph!

Por segunda vez en menos de doce horas ella lo pilló desprevenido. En esa ocasión con un empujón en el pecho que lo obligó a trastabillar hacia atrás, aunque no lo tumbó al suelo. De inmediato ella se puso de pie.

—Apártate, Jye —le advirtió—. ¡Bien, perfecto! Si estoy embarazada me cerciorará de que tú recibas todos los méritos. ¡Pero que ni se te ocurra que podrás convencerme de que me case contigo y, así, convertirte en el último mártir vivo con una sesión de besos sexys y ardientes! Porque jamás repito mis errores.

—Mentirosa —bromeó—. Olvidas que he comido dos veces lo que tú has cocinado.

—¡Muy gracioso! Pero te voy a dar un consejo, Jye... En tu lugar yo no volvería a comerlo, porque la próxima vez que digas que he hecho algo demasiado amargo no será porque me haya olvidado de echarle azúcar. Y ahora, ¿quieres hacemos un favor a los dos y olvidar esa... esa idea acerca de querer casarte conmigo para que podamos concentramos en cerrar el trato? Cuanto antes llegue al santuario de mi casa, mejor.

—Estoy tan ansioso como tú de llegar a casa, Stephanie. Pero, para que quede claro, jamás dije que quería casarme contigo —sintió la necesidad de señalarlo ante la obstinación de ella sobre el tema—. Dije que me casaría contigo. ¡Hay una diferencia! —«¿cómo un hombre del intelecto de Jye podía ser tan... tan emocionalmente retardado?», pensó Stephanie, furiosa. Ajeno al peligro potencial para partes vitales de su anatomía, él metió una carpeta azul bajo su nariz—. Esta —gruñó— es mi última oferta por Illusions. Échale un vistazo mientras me doy una ducha. Debemos reunimos con Mulligan en una hora.

El comentario hizo que olvidara su ira como no hubiera podido conseguirlo otra cosa.

—¿Quieres que vaya? ¿Por qué? Sólo estoy aquí de adorno. Nunca antes participé en una compra.

—Mulligan no lo sabe —se encogió de hombros—. Espero que dé la impresión de que estamos más comprometidos con el asunto si vamos los dos.

—Pero yo no podré contribuir con nada. En todo caso, si abro la boca puedo estropearlo todo.

—Tonterías, Steff. Desde que tienes seis años llevas escuchando a Duncan hablar de los motivos para comprar hoteles —la miró fijamente—. Quiero que estés presente.

—Muy bien. ¿Me deseas en modo de pleno rendimiento?

Si se tenía en cuenta lo que sentía Jye, era una pregunta cargada, pero él contuvo la respuesta y asintió.

—A partir de este momento será mejor que empleemos toda nuestra artillería; Kingston acecha en la sombra, sin duda listo para ofrecer una suma ridículamente obscena.

—Quizá Mulligan mienta sobre Kingston con la esperanza de que aceptes su oferta. Sabe lo que siente Duncan sobre las propiedades en manos de extranjeros —aventuró.

—Es cierto. Le creo cuando afirma que le gustaría que Illusions esté en manos de Porter, pero me incomoda tratar de deducir el precio de sus sentimientos. Creo que nos dará dos posibilidades para negociar una cantidad que le guste, y si no acertamos, aceptará lo que le ofrezca Kingston.

—Duncan recalcó que no quería que Kingston lo derrotara en esto —Stephanie frunció el ceño.

—Lo sé —se pasó una mano con gesto cansado por la nuca—. Pero yo no soy Duncan; no puedo comprar a un precio que signifique que necesitaremos veinticinco años para obtener un beneficio decente. ¿Dónde nos deja eso?

—Imagino que dependemos de tu instinto —sonrió—. Si te sirve de consuelo, el día que me marché Duncan comentó que tenía una confianza absoluta en tu juicio.

—A la vista de los acontecimientos recientes, no esperaba que defendieras que siguiera mis instintos.

—Me refería a tus instintos en los negocios, Jye. Y ahora, a menos que quieras que nos pongamos a discutir otra vez, sugiero que vayas a ducharte.

Jye estuvo magnífico.

Durante la larga e intensa reunión con sir Frank, su actitud fue tan ecuánime que un observador neutral habría pensado que no tenía interés en el trato; pero con apenas una ceja enarcada o una pregunta sutil haría que el otro corrigiera un hecho o una cifra que acercaba las negociaciones a favor de Porter Corporation. En varias ocasiones pidió la opinión de Steff, pero de tal modo que ella no podía evitar confiar en su respuesta. El apoyo a sus comentarios y su inagotable capacidad de exponer números para respaldar todas las afirmaciones de ella cuando sir Frank las cuestionó, la llenó de una nueva admiración por la forma exhaustiva en que conocía todas las facetas de las operaciones de Porter Corporation. No había duda de que la fe que tenía depositada en él el padrino estaba justificada, pero cuando al final sir Frank se reclinó en su asiento, después de cinco horas de debate, y anunció que estaba satisfecho con la oferta de Porter, el orgullo que Steff experimentó por Jye fue más personal que profesional.

Su primer deseo fue rodearle el cuello con los brazos, pero, imitándolo, limitó su entusiasmo a una sonrisa tan profesional como la que él le dirigió a sir Frank.

—Bueno —comentó el hombre mayor—, creo que esto requiere una celebración. ¿Les parece una cena a las ocho?

—Lo siento, sir Frank —repuso Jye—, pero debemos regresar al continente tan pronto como sea posible. ¿Puedes arreglar que tu piloto nos lleve al aeropuerto de Cairns esta tarde?

La solicitud de Jye provocó un dolor agudo en todo el cuerpo de Stephanie. Se había terminado. Misión cumplida. En unas horas su falso matrimonio con Jye Fox habría concluido. No más peleas. No más besos. No más amor.

¡Bien!

Cuanto antes volviera a su vida normal, mejor. Jye quería ponerle fin al fiasco lo antes posible, casi de inmediato. Ella también. Le alegraba que terminara. Había desempeñado su parte y el padrino estaría exultante con el cierre del trato.

Cielos, era tan grande el alivio de que todo hubiera acabado, que no podía pensar en lo que debía hacer a continuación... Las maletas. Sí, su primera prioridad eran las maletas. Oh, y tendría que llamar a Ellee o a Duncan para que fueran a recogerla al aeropuerto de Sydney. No, a su padrino no... probablemente querría hablar de

las negociaciones, querría que los tres cenaran juntos.

—Stephanie... un brindis —parpadeó ante el sonido de la voz de sir Frank y descubrió que le ofrecían una copa para champán llena con zumo de naranja. Su rostro debió mostrar confusión, porque él le explicó—: No debes tomar alcohol si estás embarazada, querida.

«¡No estoy embarazada!», gritó mentalmente, pero de forma automática sonrió, aceptó la copa y la alzó para brindar por el éxito del trato. Había bebido dos sorbos cuando Tory entró en la estancia con una bata abierta y un biquini que hacía que te preguntaras por qué se había molestado en ponérselo. Antes de que la morena hubiera podido quejarse de que la dejaran al margen del brindis, Stephanie depositó la copa en la mesa y se excusó, aduciendo que debía empezar a hacer las maletas.

Jye murmuró algo similar y comenzó a guardar documentos en su maletín, pero la idea de quedarse a solas en la cabaña con él era algo superior a lo que podía hacer frente en ese momento.

—No, hmmm... cariño —se obligó a sonreír—. Uno de los dos debería quedarse para celebrar el acuerdo del modo que se merece. Está bien... yo haré las maletas —ignoró la mirada hostil de él y le estrechó la mano a sir Frank; luego se preparó para enfrentarse a los ojos felinos de Tory—. Adiós, lady Mulligan —sonrió, después observó fugazmente la copiosa cantidad de carne desnuda potenciada por el plástico—. Sin duda ha sido una verdadera... «revelación» conocerte —dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta. Jye se la abrió, pero la lentitud de sus movimientos la obligó a alzar la vista.

—¿Qué sucede? —preguntó de modo que sólo ella pudiera oírlo.

—Nada.

—¿Por qué estás enfadada conmigo?

—¿Por qué iba a estarlo? Has realizado unas negociaciones extraordinarias.

—Los dos. No podría haberlo logrado sin ti.

—Lo que tú digas —sonrió para no llorar—. La buena noticia es que se ha terminado, y dentro de unas horas podremos acabar con esta charada. ¡Pensando en ello voy a hacer las maletas!

Capítulo 11

Cuando el avión aterrizó en Sydney, Stephanie prácticamente corrió a la cinta para recoger el equipaje.

—¿Qué? —espetó sin mirarlo.

—¿Qué te parece si vamos a comer algo antes de irnos a casa?

—Gracias, pero no tengo hambre.

—Si no has comido en todo el día.

—Habrá sido porque no tenía hambre —lo miró—. Cuando eso cambie, comeré. Y ahora deja que busque mis maletas.

—Mira, Steff—suspiró y se mesó el pelo—, sé que lo que sucedió la noche pasada te molestó... ¡demonios, a mí también! Pero hemos de decidir a dónde iremos a partir de aquí...

—Yo me voy a casa —indicó sin apartar la vista de la maleta que había divisado en la cinta—. Tú puedes hacer lo que más te plazca.

—No me refería a eso. No podemos fingir que no ha sucedido nada —alargó la mano en el instante en que ella iba a recoger la maleta, descubriendo que aunque lo estaba volviendo loco, tocarla conseguía que incluso olvidara su nombre—. Steff...

—¿Qué?

—Mírame.

Antes de alzar la cabeza se tomó unos momentos para sosegarse. Fue inútil; una mirada a esos ojos negros como el carbón hizo que sintiera calor en sitios que sólo quería que tocara Jye. Incapaz de mantener la mirada y la dignidad al mismo tiempo, giró la cabeza y el azar hizo que apareciera la distracción perfecta.

—Mira, Jye, ahí está tu maleta.

—¡Olvida la maldita maleta! —la aferró de los hombros y la plantó delante de él—. No podemos evitar hablar de lo que pasó en la isla.

—Bueno, claro que no —dijo, maravillada por el tono tranquilo de su voz—. Duncan esperará un informe detallado de la transacción. Mañana a primera hora es perfecto para mí...

—¡Deja de ser obtusa, maldita sea! —espetó—. ¡Hablo de haber dormido juntos! —la frustración hizo que elevara la voz, provocando que algunas cabezas giraran en su dirección.

—Cielos, Jye, ¿por qué no pides que lo anuncien por los altavoces del aeropuerto? —siseó con la cara roja y furiosa.

—Lo haré, si con ello consigo que dejes de tratar de evitar la

situación. No hay na... ¡Maldición! ¿Qué hace ella aquí?

Stephanie siguió su mirada indignada hacia las puertas de cristal de la terminal nacional, y al ver a Ellee se sintió aliviada.

—¡Ellee! —gritó, aunque no pudo agitar la mano porque Jye se la sujetó.

—Yo te habría dejado en casa —dijo con frialdad.

—No seas ridículo —se soltó—. Vives en la otra punta de la ciudad. La tarifa del taxi habría sido exorbitante.

—¿Cuándo ha empezado a preocuparte una tarifa de taxi? Desde que te robaron el coche tú has gastado más que nadie en taxis.

—Punto que nunca has dejado de recordarme —replicó—. No hay modo de complacerte, ¿verdad?

—Eso no es cierto, Stephanie. La otra noche lo conseguiste... varias veces.

—No estoy interesada en hablar de lo sucedido esa noche. Nunca.

—Es una pena, porque dentro de unos meses quizá tengamos que hablar de técnicas de parto.

—No estoy embarazada.

—Eso esperamos. Por desgracia, la esperanza no es una medida fiable para evitarlo.

—¡Hola, chicos! —para Stephanie, la llegada de Ellee no podría haber estado mejor sincronizada. No sólo le evitó tener que responder, sino que coincidió con la desaparición por segunda vez en las entrañas del edificio de las maletas de él—. ¿Cómo fue el viaje, Jye?

—Fructífero —repuso ella, decidida a abortar cualquier conversación—. Toma —adelantó el carrito con su equipaje y agarró a Ellee por el codo—. Muy bien, vámonos. ¿Dónde has aparcado?

Si Jye ofreció alguna respuesta a su «Nos vemos», Stephanie no la oyó por encima del caos emocional que reinaba en su interior; pero sintió sus ojos en ella todo el trayecto hasta la salida.

—¿Qué pasa? —preguntó Ellee.

—Nada.

—Entonces, ¿qué prisa tienes y por qué me aprietas con tanta fuerza el codo, como si quisieras cortarme la circulación?

—Lo siento —la soltó.

—De acuerdo... ¿qué pasa entre Jye y tú?

—Nada.

—Vamos, Stephanie. Estás hablando conmigo. Sé cuando te sientes molesta. Y la tensión que había entre ustedes dos no me la he imaginado.

—Muy bien —sonrió al tiempo que soltaba un suspiro resignado —. Tienes razón, estoy molesta... Brad Carey estuvo alojado en la isla.

—¡Santo cielo! —Ellee quedó boquiabierta—. Bromeas, ¿verdad?

—No. Brad y su recién adquirida esposa estuvieron allí. A propósito, gracias por venir a recogerme. Invito yo a comida china de camino a casa.

—Buen intento, pero olvida la comida —dijo Ellee—. Sólo quiero que me cuentes lo que sucedió en Illusion. Todo. Repito... ¿qué pasa entre Jye y tú?

—Ya te lo he dicho... nada.

—Exacto. Así que empieza a contarme algo.

—Ellee, no hay nada que contar. De verdad. Ningún drama; la situación se hizo un poco incómoda cuando apareció Brad.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué? ¿Por qué fue Brad allí?

—¿Por qué la incomodidad?

—¡Dios, Ellee! ¿Tú por qué crees? —espetó, decidiendo que hacerse la ofendida era lo mejor en vista de su tenaz curiosidad—. No resultó muy fácil estar en la misma isla en esas circunstancias. Y, si no lo has olvidado, Jye no se alegró mucho cuando le conté lo que sentía por Brad. Al tenerlos en la isla, no dejó de recordarme que estaban casados y que yo había ido a trabajar. Imagino que si percibiste tensión entre nosotros es porque me molestó que me tratara como a una especie de muñeca poco seria —Stephanie se felicitó por su respuesta sincera, pero ambigua, aunque cuando la expresión de Ellee sugirió que no estaba del todo convencida, añadió—: Y tampoco ayudó que la última esposa de sir Frank haya sido una antigua amante de Jye.

—¡Qué me aspen!

—¡Sí! Estábamos todos. Te lo aseguro, Ellee, Jye y yo no hemos hecho otra cosa que andar de puntillas; ¿es de extrañar que estemos un poco tensos? No resultó fácil concentrarse en las negociaciones cuando ambos nos veíamos constantemente enfrentados con nuestro pasado emocional.

—Cielos, Steff, no me sorprende que tengas ojeras. Apuesto que

te alegra que todo haya terminado.

—Sí... —ahí se acabó ceñirse a la verdad.

Los últimos jirones de sueño que le quedaban de lo poco que había dormido, se desvanecieron cuando lo vio ante su puerta.

—¿Qué haces aquí?

—¿Siempre abres en pijama sin preguntar quién es? —gruñó Jye.

—A esta hora —intentó no pensar en el hecho de que estaba mejor en carne y hueso que en sus fantasías— me pareció seguro asumir que las únicas personas que podían estar aporreando mi puerta serían los bomberos, que venían a evacuarme por las llamas que devoraban mi casa.

—Espero que eso no signifique que ya habías empezado a preparar el desayuno —dijo, logrando de algún modo pasar junto a ella para avanzar por el pasillo—. Porque de camino he traído algunos bollos.

—¿Por qué lo has hecho?

—Para ahorrarte tiempo. Ya sabes lo quisquilloso que es Duncan con la puntualidad.

Sintiéndose como en un sueño, Stephanie cerró los ojos y volvió a abrirlos. Todo seguía igual.

—¿Qué pasa? Se suponía que debíamos reunirnos con Duncan a las siete y media en la oficina.

—Y así es. Pero decidí que lo mejor era pasar a recogerte.

Debía estar bromeando. Vivía en la otra punta de la ciudad y a sólo veinte minutos de la oficina; desde la casa de Stephanie se tardaban cuarenta y cinco minutos en llegar, siempre que no hubiera atasco en Harbour Bridge.

—Jye, ¿estás...?

—¿Dónde tienes la radio, Steff? Me gustaría escuchar las noticias mientras desayuno.

—Ponte cómodo —señaló el equipo de música, incapaz de manejar la situación hasta no haberse duchado—, pero no te molestes en prepararme nada. Sólo tomaré café.

—Debes comer, Steff.

—No, si no quiero.

—¿Dónde guardas el descafeinado? —puso dos servicios en la mesa, como si no la hubiera escuchado.

—No tengo.

—Oh... bueno, en ese caso imagino que tomaré té. Luego puedes comprar descafeinado.

—No lo haré —replicó, irritada por el modo en que se había adueñado de su cocina—. Odio el descafeinado. Ni siquiera empiezo a respirar hasta no haber tomado una taza y media de buen café negro.

—Bueno —se encogió de hombros—, a partir de ahora tendrás que practicar respirar desde el momento en que te despiertes. Pero no te preocupes, ya que no conozco a nadie que haya muerto por dejar el café.

—¿Sí? Pues la gente que ha muerto a manos de alguien desesperado por su dosis de cafeína corre el peligro inmediato de aumentar en uno —él le sonrió con expresión condescendiente al tiempo que servía unos bollos en los platos—. ¡Jye! Te he dicho que no quiero desayunar.

—Lo sé. Pero, como decía siempre Flo, el desayuno es la comida más importante del día. Y apuesto que un mordisco a este croissant te hará cambiar de idea. ¿Cómo quieres el té? ¿Hojitas o tienes bolsitas?

—¡Jye! —lo agarró del brazo para llamar su atención—. ¡No quiero té, ni descafeinado, ni bollos que te alteran la mente! Sólo quiero café. C-A-F-É. ¿Vale?

—No, Steff...

—¿Qué?

—La cafeína no es buena para el bebé, así...

—¿Qué no es bue...? ¡Oh, por el amor del cielo! ¡No estoy embarazada! —rugió.

—No lo sabemos con seguridad —respondió con calma—. Y hasta entonces, lo mejor es no correr ningún riesgo. Anoche pensé mucho en ello, y así como ambos esperamos lo mejor, debemos estar preparados para lo peor. El hecho de que no lo planeáramos no elimina nuestras responsabilidades; razón por la que, si estás embarazada, nos casaremos de inmediato. A propósito —continuó, mientras vertía agua caliente en la tetera—, también hablé con un abogado amigo mío, y al parecer hay un período de espera entre la solicitud de una licencia y casarse. La buena noticia es que se puede evitar en ciertas condiciones, y estoy seguro de que Duncan conocerá a alguien que nos acelere el proceso.

—Jye... ¿estás tomando alguna medicina?

—No, ¿por qué? —frunció el ceño—. Oh, ya entiendo. Quieres

saber si existe la posibilidad de que afecte a mi esperma. Relájate, aunque si de verdad te preocupa puedo someterme a algún análisis.

No había querido volverlo loco, pero, como continuara de esa manera, quien terminaría encerrada en una celda acolchada sería ella.

Cuando entraron en el despacho de Duncan, éste los saludó con abierto entusiasmo.

—¡Bien hecho! ¡Bien hecho! —estrechó la mano de Jye con fuerza en las dos suyas. Luego se volvió hacia Stephanie y la abrazó con la efusividad reservada sólo para los cumpleaños y las navidades, plantándole un beso en cada mejilla.

Jye jamás había dudado del cariño que sentía Duncan por ellos dos, pero las demostraciones habían sido pocas y espaciadas. Lo cual sólo podía significar que su tutor, igual que él, jamás había comprendido el placer que le brindaba a Steff las muestras tangibles de afecto. Pero Jye lo vio en ese momento en los ojos y en la sonrisa de ella, que le iluminó todo el rostro de un modo que le llegó al alma. En ese instante estaba más hermosa que ninguna mujer que hubiera visto jamás. Se sintió extasiado ante la idea de que pudiera llevar a su hijo en su interior.

El hijo de ambos. Una personita que los dos habían creado...

Los sentimientos que el concepto produjo en él, tanto mental como físicamente, estaban más allá de toda descripción. Lo único que sabía era que Stephanie podía discutir todo lo que quisiera sobre que un matrimonio de verdad sólo podía existir si se basaba en el amor, y que ella jamás se casaría de otra manera... de nada le serviría. Si llevaba a su hijo, también iba a llevar su anillo.

Si quería abrazar la fantasiosa ideología del amor, perfecto. Jye nunca había creído en eso y no pensaba cambiar de parecer, aunque no podía negar que la idea de compartir su cama y abrazarla cada noche durante el resto de su vida empezaba a socavar su aversión por el matrimonio.

—De acuerdo, adelante, Jye —instó el hombre mayor, sacándolo de sus sueños eróticos—. Siéntense y pongámonos a hablar de nuestra última adquisición —ordenó—. ¿Sabes, Jye? Eres un excelente negociador. Como bien saben, ser propietario de una isla siempre ha sido mi mayor objetivo. Pero me es imposible contarles lo que significa para mí tener el complejo de Illusion Island.

—No hace falta —indicó Jye—. Tu sonrisa lo dice todo. Pero,

como te expuse anoche por teléfono, no lo habría podido conseguir sin Steff.

—Exagera, Duncan, yo… —comenzó a ruborizarse.

—No por lo que Mulligan me contó —intervino Duncan.

—¿Has hablado con Mulligan? —preguntó Jye tras intercambiar una mirada alarmada con Stephanie. Esperaba que sólo fuera una alucinación.

—Sí, me llamó ayer a última hora, poco después de hacerlo tú. Parecía un poco alegre, aunque se rumorea que le gusta la bebida tanto como las mujeres. Bueno —continuó—, al parecer va a venir a Sydney en unos días y quiere que nos reunamos de modo informal —la expresión desesperada en la cara de Stephanie reflejó la de Jye —. Naturalmente acepté… —Duncan calló al observar con desconcierto a Jye y a una Stephanie pálida—. ¿Qué sucede? —inquirió con tono cauto y ojos penetrantes—. ¿Hay algún problema o inconveniente con el trato que no va a gustarme?

—Inconveniente es una palabra adecuada, ¿no crees Steff?— comentó Jye.

—Vamos, dejen esas miradas furtivas y respondan —insistió Duncan—. Es evidente que algo sucede y que yo desconozco. ¿De qué se trata?

—Probablemente te refieres a nuestro matrimonio —dijo Jye.

Así como la primera reacción de Duncan al enterarse de la farsa había sido de incredulidad y diversión, no pensaba dejar que algo tan insignificante como la verdad absoluta le amargara un trato brillante; de modo que se acordó que la charada del matrimonio tendría que reactivarse durante la estancia de los Mulligan. Sin embargo, al tiempo que Duncan estaba dispuesto a respaldar la historia, se lavó las manos de todos los detalles pequeños.

—No pienso mudarme a tu piso, Jye —le informó Stephanie mientras cenaban la comida china con la que él había aparecido esa noche en la puerta de su casa.

—Pero es mucho más cómodo y más apropiado como hogar para un matrimonio de ejecutivos con éxito.

—No si piensa tener una familia. Y no olvides que fuiste tú quien me dejó embarazada… —se ruborizó—. Hmmm… eh… quiero decir, tú le contaste a Tory que podía estarlo, y…

—Y nos di mala suerte a los dos, según tú forma de exponerlo.

—Bueno… en cualquier caso, lo que… Jye, deja de mirarme de

esa manera.

—¿De qué manera?

—Como... como... como si intentaras ver en mi interior.

—Tengo curiosidad...

—¿Sobre qué?

—¿Cómo crees que sería un hijo nuestro?

—Jye... —parpadeó—... yo no...

—No paras de repetirlo. Pero sígueme la corriente, ¿quieres? Nunca antes había pensado en niños, y ahora no dejo de tener imágenes de cómo serían los nuestros —frunció el ceño—. ¿Sabes si hay algún caso de gemelos en tu familia?

—¡Gemelos! ¿Deseas que tenga gemelos?

—¡Por supuesto que no! Es que en un momento imagino a un niño rubio y regordete y al siguiente a una niña con rizos plateados. Por eso me preguntaba...

—Dudo que tuvieran el pelo rubio —no le costó imaginar a un niño con el pelo tan oscuro y brillante como Jye.

—¿Por qué no? —sonrió—. Sé que el tuyo es natural.

—Y el tuyo tan negro como tu perverso sentido del humor — repuso sabiendo que se ruborizaba.

—Bueno, a pesar de conocer lo rápido que es tu ingenio, mi coeficiente intelectual es cuatro puntos más alto, así que probablemente mi intelecto sea el dominante.

—Pero sólo si se ve compensado por un código moral superior, así que descartaré esos cuatro puntos de «intelecto» que nos metieron en este embrollo. Aunque te estaría bien empleado tener una hija con la misma intensidad sexual que la tuya —la expresión de pánico que apareció en la cara de él hizo que riera—. ¡Seria maravilloso verte intentar controlar a una hija con una libido desbocada!

—No pasará —afirmó—. Porque a ninguna hija mía le permitiré que salga con chicos hasta cumplidos los treinta.

—¿Sí? Bueno, yo puedo asegurarte que ninguna hija mía soportará una existencia tan dominada, protegida y aburrida.

—No se aburrirá. Hay un montón de cosas que puedo encontrar para mantenerla ocupada... entre ellas aprender a cocinar. Claro que en esas circunstancias... —guiñó un ojo— ...sería de gran ayuda que nuestro hijo deseara ser bombero.

—¿No será mucho eso y aprender el negocio de los hoteles?

—¿Te gustaría tener un hijo en el negocio?

—Bueno, no... a menos que él lo deseara. Pero no es un secreto que Duncan te ha elegido para que, llegado el momento, ocupes su puesto, y supuse que a ti te gustaría pasárselo a tu hijo.

—Nunca pensé en ello —calló unos momentos—. Aunque imagino que debe ser estupendo poder legarle a tu propio hijo algo tan único como Porter. Pero no soy chovinista, así que no me importaría que fuera un niño o una niña. Salvo que, como tú bien has dicho, debe desearlo. Y me gustaría pensar que lo apoyaría sin importar que quisiera seguir mis pasos o hacerse surfista profesional.

—¡Es lo mismo que pienso yo! Se supone que los padres deben guiar y apoyar a sus hijos, no empujarlos y limitarlos.

—¿Crees que es lo que Duncan hizo con nosotros?

—No intencionadamente. Afrontémoslo, Duncan no tenía ni idea de qué hacer con nosotros hasta que terminamos la secundaria. De no haber sido por las excursiones y las vacaciones que le organizaba Flo para nosotros, es probable que, aparte de la escuela, sólo hubiéramos ido a la oficina.

—¿Estás diciendo que no fuiste feliz? —preguntó con cara preocupada.

—¡No, Jye! ¡Claro que no! Quiero a Duncan y me encantó tenerlo como tutor. Lo que pasa es que a veces me da la impresión de que se perdió muchas de las buenas cosas que deben disfrutar los padres.

—¿Y eso?

—Él jamás anticipó que sería padre, y cuando le caímos encima, asentar y dirigir Porter le había embotado todos los instintos paternales. A mi siempre me pareció que estaba obsesionado y preocupado por ser un tutor responsable, de modo que jamás se relajó lo suficiente como para disfrutar del gozo que puede representar el mero hecho de ser un buen padre. No digo que nosotros perdiéramos algo, sino que el padrino lo hizo, aunque él no lo sabe.

—Steff —dijo tras quedarse pensativo otro rato—, sé que no me consideras preparado para ser un buen padre, pero...

—¡Nunca dije eso!

—Quizá no con tantas palabras —se encogió de hombros—, pero has afirmado categóricamente que no quieres casarte conmigo.

—Sólo porque sé lo que piensas sobre el matrimonio. Jye, el hecho de que dude de tu capacidad como marido no quiere decir

que no te considere un buen padre para nuestro hijo.

—Pero acabas de mencionar que uno de los problemas a los que se enfrentó Duncan es que jamás anticipó ser padre —le recordó—. Y esa también ha sido una de las cosas más alejadas de mi mente; por ende...

—Puede que en el pasado lo haya sido —cortó ella—. ¡Pero durante días no has hecho otra cosa que pensar en ello! Por el amor del cielo, si ya has empezado a supervisar mi dieta y a especular sobre el aspecto que tendrán nuestros hijos, y todavía ni siquiera sabemos si estoy embarazada.

—De modo que aunque consideras que sería el equivalente del Anticristo como marido, crees que sería un buen padre, ¿eh?

—Sí, creo que serías un buen padre —asintió con sinceridad—. Puede que seas un seductor empedernido —sonrió—, pero estoy convencida de que ese no es un rasgo genético, así que no hay motivo para que nuestro hijo salga a ti. Además, básicamente eres una buena persona.

—Y básicamente tú eres una malcriada, pero...

—No lo soy —mintió indignada—, y jamás lo he sido.

—Sí que lo eres —corrigió riendo—. En el pasado eras lo suficientemente bonita como para salirte con la tuya —alargó la mano sobre la mesa y le acarició la mejilla—. Ahora eres más que bonita para salirte con la tuya —con el pulgar le rozó el labio, haciendo que a ella se le acelerara el corazón—. Dime una cosa... ¿los ojos almendrados y seductores predominan sobre los sosos ojos castaños o es al revés?

—Tus ojos no son sosos ni castaños —susurró ella—. Son negros como el carbón —sólo pudo ser el último vestigio de respeto por sí misma lo que impulsó a Stephanie a apartarse cuando su averiado cerebro giró su boca hacia la palma de la mano de él.

—Negros como el carbón, ¿eh? —musitó divertido—. Tendré que hacer que cambien mi descripción en el pasaporte.

Sintiéndose como una tonta por lo que había dicho y hecho, se puso a recoger la mesa. Él la ayudó. Su incomodidad aumentó cuando, sin alzar la vista, sintió su mirada intensa y su mente enferma comenzó a imaginar que podía sentir sus caricias sobre sus pechos. Cuando los pezones se endurecieron salió corriendo hacia la cocina.

—¿Qué es lo que domina? —insistió Jye, siguiéndola—. ¿El gris azulado o el negro? —ella giró sorprendida por la descripción que

hizo de los suyos. Nadie, a excepción de Flo, había notado jamás que tendían a cambiar de color, según su estado de ánimo—. Ahora mismo son azules —indicó él, leyéndole la mente—. Pero apuesto que soy capaz de cambiarlos a grises.

—Yo… no lo aconsejaría —musitó, depositando los platos que tenía en la mano en el fregadero.

—¿Por qué?

—Porque después del lío en que nos has metido con los Mulligan —repuso en un intento por ser sarcástica—, enfuréceme ahora y existen serias posibilidades de que sea la única que quede viva en la habitación.

—¿Qué te hace pensar que quiero enfurecerte? —preguntó, pegando sus muslos enfundados en vaqueros contra la parte posterior de los de ella. De repente el aliento de Jye en su nuca pareció más devastador que el contacto de su cuerpo.

—Porque… hmmm… Flo dice que cuando me enfado mis ojos se vuelven grises.

—Sí, bueno. Flo no lo conoce todo… —finalmente su boca estableció contacto con la piel del cuello, provocándole escalofríos de placer. Unas manos grandes y masculinas se posaron sobre las de ella, pegadas al borde de la pila—. También el deseo y la pasión los vuelven de un hermoso gris suave… Steff —susurró cuando ella sintió la extensión de su cuerpo ponerse rígida—. Di no y me detendré ahora mismo.

—Entonces, sí —rió con ironía—. Sí. Sí. Sí. Sí.

La hizo girar y la aprisionó entre la dureza sólida y segura de la pila y la peligrosa dureza de su masculinidad.

—Eres espléndida, ¿lo sabías? —subió las manos hasta sus hombros, luego al cuello y las dejó quietas en su nuca, al tiempo que con los pulgares le acariciaba las orejas. Luego bajó lentamente la cabeza y le rozó los labios una, dos y tres veces.

Cuando posó las manos en sus glúteos y la pegó a él, Stephanie sintió como si el corazón estuviera en una nube, y no quiso aceptar la opción de no rodearlo con las piernas. Lo que deseaba era aprovechar la oportunidad de volver a ser la amante de Jye, sin importar la brevedad de ese papel. Levantó los dedos y comenzó a seguir el fascinante contorno de su cara.

—Dime —pidió ella con voz ronca por la pasión—, ¿vamos a experimentar otro revolcón de una noche o has cambiado de parecer sobre tener una aventura?

—Oh, cariño —dijo con expresión tan reverente que Stephanie se sintió como si fuera la mujer más hermosa del mundo—. He cambiado de parecer en tantas cosas...

Capítulo 12

Con manos ansiosas se quitaron la ropa, al tiempo que realizaban apreciaciones de sus respectivos cuerpos y se daban besos apasionados y codiciosos. Pero cayeron sobre la cama de Stephanie como una sola persona, y la urgencia de su deseo dio paso al placer sensual de la exploración lánguida y pausada.

Para Stephanie fue la experiencia más excitante y espiritual de su vida, y poder acariciar el cuerpo desnudo y musculoso de Jye de pronto se convirtió en el placer más erótico que podía imaginar. Sentir los besos que le daba en las pantorrillas y los pies creó sensaciones emocional y físicamente tan estimulantes que flotó entre las lágrimas de gozo y la realización del clímax. ¿Cómo podía un hombre capaz de semejante ternura no creer en el amor?

—Tu piel es como satén líquido —jadeó él mientras con los labios abría un sendero por sus muslos y su ingle hasta llegar al estómago—. Quiero tocar... y probar cada milímetro... —detuvo el tormento de sus besos ardientes y húmedos para alzar la cabeza y mirarla a través de ojos nublados por el deseo—. Dime qué quieres... qué te gusta.

—Hasta ahora pareces leer cada uno de mis pensamientos antes incluso de que los tenga.

—Dímelo de todos modos —instó—. Quiero saber qué te gusta que te haga —sin quitarle la vista de la cara pasó la lengua por su ombligo mientras con los dedos jugueteaba con sus pezones.

—Todo... —musitó, retorciéndose por el calor que surgía en su interior al tiempo que contenía las palabras de amor que no se atrevía a pronunciar. Jamás habría un hombre que pudiera satisfacerla como Jye, y ese conocimiento resultaba consolador y doloroso. Pero con su boca y manos la elevaba más y más hacia lo que imaginaba el cielo, y le era muy difícil mantener la declaración de amor en su cabeza.

De repente todos sus pensamientos frágiles quedaron desterrados y su cuerpo se dobló en éxtasis cuando sus dedos atravesaron los rizos íntimos y el pulgar comenzó una caricia interior. Durante un indeterminado tiempo delicioso la felicidad hacia la que la empujaba fue todo lo que anheló... pero al instante dejó de serlo.

—¡Jye! —exclamó—. ¡Detente! ¡Detente ahora!

La urgencia que notó en su voz le detuvo el corazón y la mano incluso antes de que ella le aferrara la muñeca. Sintió un nudo de

pánico en la garganta y una contracción de miedo y remordimiento en las entrañas.

—Cariño, ¿qué pasa? ¿Te he hecho daño...?

Ella sacudió la cabeza con energía y lo subió hasta poder tomar posesión de su boca. El fervor de sus besos breves y hambrientos eliminó cualquier ansiedad que pudiera haber creado la idea de que le había hecho daño; también lo enloqueció.

—Ah, Steff... Cielos, cariño, no me asustes de esa manera. Pensé que te había hecho daño o algo que no te gustaba.

—Jye... Amo todo lo que me haces. Pero en esta ocasión quiero que llegues conmigo. En mí. Ahora.

La emotividad de sus palabras y la sensación de su mano cerrándose en torno a él lo empujaron al borde del abismo; de hecho, su último pensamiento semiconsciente, mientras Steff le colocaba con destreza un preservativo, fue cómo demonios podía ella mantener el sentido común en un momento como ese. Lo único que su mente o su cuerpo podían procesar era la devastadora necesidad de poseerla.

La cabeza mojada de ella descansaba en el hueco del brazo también sudoroso de él; tenían las piernas entrelazadas y en la habitación débilmente iluminada ambos respiraban de forma entrecortada.

—Jye...

—Hmm

—Es probable que esto te suene trivial e ingenuo... —nerviosa, pasó los dedos por su pecho—. Pero... bueno, quiero que sepas que hacer el amor contigo es mejor que lo que nunca ha sido con otro. Mejor que lo que imaginaba.

Sintió que se ponía rígida ante el sonido de su risa; antes de que el pudor o la indignación la hicieran saltar de la cama, la abrazó con más fuerza.

—No me río de ti, cariño. Tienes razón; fue muy bueno.

—Vaya —dijo ella—. Imagino que tendré que inclinarme ante tu conocimiento y experiencia superiores sobre lo que está bien en el dormitorio, pero, cielos, si esto es sólo bueno... ¡necesito salir más!

—¡Claro que no! —la inmovilizó debajo de él—. Creo que debo advertirte de que espero que la madre de mi hijo siga ciertas normas.

—¿Oh? —la diversión en sus ojos se desvaneció—. Bueno, aún

falta ese veredicto.

—De todos modos, ni se te ocurra creer que podrás irte de esta cama pronto, y menos aún «salir más». Reconozco que al decir que había sido bueno quizá subestimé las cosas un poco... —sonrió—. Pero como tengo el resto de la noche libre, si estás interesada tal vez podríamos repetir el ejercicio y así podré actualizar mi anterior evaluación.

—¿El resto de la noche? ¿No vas a ir a casa?

—No pensaba... —frunció el ceño—. ¿Por qué? ¿Quieres que me vaya?

—No, claro que no —se apresuró a decir—. Lo que pasa es que siempre has dejado claro que tu regla era no pasar la noche jamás con una amante, aunque la estuvieras viendo a menudo.

—Te lo dije antes, Steff; estoy cambiando de parecer en muchas cosas...

Stephanie se dijo que no debía animarse demasiado por sus palabras, pero le costó seguir ese consejo en vista de su actitud tierna y atenta de aquella noche. Y fue aún más difícil los días y las noches que siguieron... Cada mañana Jye se levantaba y le llevaba a la cama un vaso con zumo y una taza de descafeinado, y el hecho de que en cuanto lo complacía bebiéndose ambos, él a su vez la complacía ayudándola a ducharse, hizo que Stephanie llegara a la conclusión de que dejar la cafeína era más estimulante que consumirla.

Si alguien en Porter notó la costumbre que había adquirido Jye de aparecer varias veces por el despacho de Stephanie, nadie lo comentó. Duncan dio por hecho que habían aceptado su sugerencia de que Jye debía quedarse en casa de Stephanie como precaución ante la inminente llegada de los Mulligan.

Stephanie sabía que su vida era tan perfecta como jamás podría llegar a serlo. Siempre había sabido que Jye no estaba a favor de un compromiso a largo plazo, y en esos días había descubierto que ella nunca se podría casar con otro. Al tener esos pensamientos deprimentes se tanteaba el vientre. No deseaba atrapar a Jye en el matrimonio ni robarle su libertad, pero la idea de tener a su hijo la llenaba de un gozo sin igual.

Faltaban tres días para su período. Siempre había sido tan puntual que casi podía predecir la hora a la que llegaría... pero, ¿y si no lo hacía...? Si se ajustaba a las fechas, debería haber estado

relativamente a salvo la noche en que un solitario preservativo se había salido.

—¿En qué piensas, Stephanie?

—¡Oh! Duncan... hola —movió las carpetas que tenía sobre la mesa con la esperanza de parecer algo eficiente—. ¿En qué puedo ayudarte?

—He venido para hacerte saber que Brad Carey ha regresado.

—Oh, cierto... —apenas exhibió un ligero interés—. Estaba de luna de miel.

—Bueno, eso también, pero... digamos que ha realizado una investigación secreta para mí en Illusion Island —«¿Duncan sabía que Brad había estado allí?», pensó Steff—. Como es nuestro arquitecto jefe, quería que echara un vistazo in situ, para que pudiéramos adelantar los cambios que vamos a llevar a cabo. Y ya que iba a faltar al trabajo por su luna de miel, decidí matar dos pájaros de un tiro; para él fue estupendo, porque la luna de miel le salió gratis.

—Y, eh... ¿Jye sabía que Brad iba a estar en el hotel?

—No. Sin embargo, le advertí a Carey de que no se mostrara sorprendido si veía a Jye, aunque sí que lo evitara a toda costa...

«Fantástico, ellos habían sudado tinta para esquivarlo ¡y quien los había estado esquivando era él!»

—No podía correr el riesgo de que el viejo Mulligan se enterara de que Carey era un empleado de Porter y, así, adivinar lo interesado que estaba en el negocio —continuó Duncan, riendo—. Ha sido un inteligente caso de espionaje industrial. Bueno, en cualquier caso, quiero que en los próximos días vayas a cotejar información con Carey. Como jefa del departamento de promociones, y al conocer la isla en persona, deseo que me digas lo que debemos ofrecerle a nuestros huéspedes para mantenemos por delante de la competencia.

—Desde luego. Duncan, tengo curiosidad... Tú siempre has estado en contra de las relaciones en la oficina; ¿cómo es que has trasladado a Karrie Dent ahora que Brad y ella se han casado?

—Porque me da la impresión de que no son el tipo de personas que permiten que su relación personal impida su trabajo. Los dos son lo bastante ambiciosos como para no perder el tiempo besándose en los pasillos o hacer el amor en su despacho durante la hora para almorzar —repuso con franqueza—. Siempre me he enorgullecido de ser un hombre justo, Stephanie; si la gente tiene la

ambición para mantener separadas sus vidas profesional y privada durante las horas de trabajo, entonces a mí no me molesta que tenga una relación personal en su tiempo libre. La eficacia se resiente cuando las emociones personales invaden la oficina y las prioridades de trabajo se alteran.

Jye rió cuando Stephanie se lo contó mientras comían juntos en el despacho de ella.

—¿Por qué no le mencionaste a Duncan que vimos a Brad en un hotel rival? —preguntó Steff mientras bebía el batido de chocolate que le había llevado Jye, aduciendo que debía tomar más leche.

—Pensaba encarar a Carey en persona. Bueno, ¿dijo Duncan si había tenido noticias de Mulligan?

—No, gracias al cielo —suspiró—. ¿Sabes? Una cosa era llevar la farsa en un momento de crisis en la relativa seguridad de Illusion, pero me siento rara manteniéndola en el mundo real.

—Te sentías cómoda cuando sólo se trataba de ti y de mí, pero todo parece fuera de control cuando se involucran otras personas… incluso Duncan.

—En especial Duncan —aseveró ella—. Sé que la confesión sería buena para mi alma, pero también sé que revelarlo ahora no sólo estropearía la compra de la isla, sino que tiraría abajo el nombre de Porter Corporation. De cualquiera de las dos maneras, le haríamos daño a Duncan.

—Lo superaremos, Steff—prometió. Pasó los dedos por su pelo plateado y añadió—: Puede que no represente un gran consuelo para ti, pero estar casados ahora me parece menos falso que en la isla.

La acercó todo lo que pudo, en posición vertical y plenamente vestidos, y la besó en un intento por asimilar toda la magia que ella podía transmitirle. Loco por tocar su piel, levantó la parte de atrás de su blusa, pero la gratificación instantánea que recibió de su ardiente suavidad fue breve, porque con lengua ansiosa y dientes juguetones ella respondió a su desesperación con una pasión que hizo más intensa esa gratificación. Necesitó hasta el último vestigio de autodisciplina para separarse de ella.

—Cariño… —ambos tenían la respiración entrecortada—, si no me voy de aquí ahora, seguro que quebrantaré la política de la empresa y te tomaré en el escritorio.

—Si no te vas de aquí ahora, lo más probable es que te tome antes de llegar a la mesa.

—Me voy, me voy —gimió—. Aunque sólo Dios sabe cómo conseguiré concéntrame en algo el resto de la tarde...

—Duncan acaba de hablar con sir Frank —le dijo Jye por teléfono interior dos días después—. Al parecer Tory insiste en cenar con nosotros.

—Quieres decir contigo —corrigió Stephanie—. A mí me odia.

—Si quieres, te libro de la situación diciendo que te sientes mareada —rió y ella experimentó temblores del otro lado de la línea—. A propósito, ¿sabías que los mareos puedes sentirlos en cualquier momento del día y no sólo por la mañana?

Stephanie contuvo las lágrimas. La noche anterior Jye se había enfrascado en la lectura de una revista femenina que había comprado y que dedicaba un artículo especial al embarazo. Su profundo interés y su constante recitación de diversos hechos, estadísticas y técnicas de alumbramiento estuvieron a punto de desgarrarle el corazón. Al día siguiente debía llegarle el período, y todas las señales indicaban que no se retrasaría. Tenía los pechos más plenos y sensibles, le dolía la cabeza y se sentía completamente desgraciada.

—¿Steff? ¿Me has oído...?

—Jye, ¿quieres olvidarte de ello por un rato? —gritó—. No estoy embarazada, ¿de acuerdo? —se mordió el labio.

—¿Has tenido el período?

—Eh... no, todavía no. Pero créeme, lo tendré mañana. Sé reconocer todos los síntomas preliminares —forzó una risa por miedo a que él notara su decepción—. Uno de ellos es mi estado de ánimo irritable. Lo siento, Jye, no pretendía saltar...

—¿Mañana? Pero me dijiste que tenía que llegarte hoy.

—Quería decir que sería mañana por la mañana, pero si no eres capaz de esperar tanto, pondré el despertador para que suene cada hora de esta noche, y así no te verás obligado a soportar el suspense más tiempo del necesario. Volviendo a los Mulligan —continuó, desesperada por finalizar la llamada—, no voy a dejarte en la estacada, así que arregla lo que sea mejor para Duncan y para ti. ¿De acuerdo?

—Steff, yo...

—Debo colgar. Le dije a Duncan que le echaría un vistazo a unos planos que había trazado Brad. Nos vemos luego —repuso con una alegría que no sentía y colgó para largarse de su despacho.

Quince minutos en el cuarto de baño de los ejecutivos la ayudaron a serenarse y a arreglarse el maquillaje. Sabía que actuaba como una idiota. En todo momento había sabido que no estaba embarazada. Pero, de algún modo, el falso matrimonio, el conmovedor interés que había mostrado Jye en el embarazo, junto con el absoluto júbilo de despertar cada día junto al hombre que amaba, había hecho que sus sueños se mezclaran con la realidad.

Se detuvo en seco. Santo cielo, ¿qué le pasaba? Muy bien, no estaba embarazada, y Jye no tenía necesidad de casarse con ella, pero eso no significaba que su relación debía acabar. No significaba que lo amara menos ni que no pudieran seguir siendo amantes. Por supuesto, sus días juntos estaban contados, pero Jye representaba para ella más que nada en el mundo. «¡Maldita sea!», pensó, y continuó avanzando por el pasillo, «no iba a quemar los puentes prematuramente». Había aprendido a disfrutar del momento y no pensaba estropear el tiempo que les quedara juntos lamentando de antemano el fin de su relación. Cuando eso sucediera, estaría preparada, pero no pensaba abandonar la felicidad hasta que Jye le dijera que la relación había terminado.

Desde luego, dada la expresión que mostraba él en el rostro al avanzar hacia ella por el pasillo, quizá significara que su actitud positiva iba a ser muy fugaz.

—¿Dónde has estado? ¡Te he buscado por todo el edificio!

—¿Por qué?

—Porque dijiste que tenías que ir a ver a Carey. Eso fue hace veinte minutos.

—Lo siento —¿era intuición o deseo... pero, no percibía algo de celos en su voz?—. Ir al cuarto de baño fue un acto impulsivo. Intentaré mantenerte informado de mis actos y... —sonrió—, no hacer pis tanto tiempo en el futuro.

—¡Qué graciosa! Me tenías preocupado —se maldijo en silencio por haberlo reconocido. De hecho, se sintió aliviado cuando Carey le dijo que no la había visto; sólo empezó a preocuparse cuando nadie más en el edificio la había visto.

—¿Te preocupaba que viera a Brad? —preguntó divertida, aunque el contacto de sus dedos en la mejilla de él fue un acto conciliador—. Oh, Jye... ¿de verdad crees que después de lo que hemos compartido puedo seguir interesada en él?

—¡Más te vale! —gruñó, y la abrazó cuando ella tuvo la audacia

de reír—. ¿Qué es tan gracioso?

—¿Quieres decir aparte de la idea de que estés celoso de Brad?

—Jamás dije que estuviera celoso de él —señaló; era la única respuesta que le permitía no mentir ni reconocer que por primera vez en su vida se sentía amenazado por otro hombre—. De hecho, te buscaba porque se me ha ocurrido una idea para evitar a los Mulligan…

—Jye —tiró de su corbata—. Cuéntame tu maravillosa idea.

—Primero bésame.

—¿Pago por adelantado? —sonrió—. Creo que no, señor Fox; primero la información.

—Es sencilla, pero ingeniosa. Lo cual me lleva a pensar que debería subir el precio a dos besos…

—¡Jye!

—De acuerdo… Nos vamos de vacaciones ahora —el asombro de ella hizo que resultara fácil pegarla a la pared.

—Jye, sé sincero… ¿has pasado la tarde esnifando pegamento?

—¿Por qué, cuando tu aroma me da el subidón más grande del universo? —le besó el cuello.

—No me lo puedo creer —musitó ella.

—Es verdad que hueles de maravilla —bromeó, pero en vez de sonreír, Steff lo miraba como si le hubiera salido una segunda cabeza.

—¿Tú? —le dio un golpecito en el pecho—. ¿Jye Fox, que nunca se ha tomado más de medio día libre… bueno, Dios sabe en cuántos años, está sugiriendo que dejemos todo en un momento crucial y nos vayamos de vacaciones… —chasqueó los dedos— …así?

—Claro. Los dos nos las merecemos. Y como ya le dijimos a sir Frank que llevábamos separados semanas antes de que fueras a la isla, parecerá una explicación legítima para nuestra ausencia.

—¿Estás seguro de que no eres víctima de algo que podría clasificarse como un Expediente X? —lo miró con suspicacia.

—Sólo soy víctima de ti —le enmarcó el rostro entre las manos —. Y ahora deja de hacerte la graciosa y reconoce que es un gran plan.

—¿Qué ha dicho Duncan al respecto?

—Se lo contaré cuando vuelva a la oficina —se encogió de hombros y le besó una comisura de los labios, luego se centró en la otra—. Pensé que podríamos ir a la casa de la bahía, donde sólo tendremos que ir de la playa al dormitorio.

—¿Eso significa que ya no piensas alimentarme?

—Pediremos pizzas —murmuró, centrando la atención en su cuello. El cuerpo de Steff se retorció en señal de aprobación, lo cual era todo lo que él necesitaba para avanzar, emparedarla con su cuerpo y capturar su jadeo con la boca. La respuesta de ella fue rápida y potente, y Jye maldijo que el calor de sus manos en su cintura se viera mitigado por la camisa.

—Hmm… eh… no creo que Duncan lo apruebe —dijo en cuanto él volvió a mordisquearle el cuello.

—Sí lo hará. Sabe que cuanto menos contacto tengamos con los Mulligan, mejor… —calló cuando le alzó la cabeza para que lo mirara.

—Me refiero a perder tiempo de la empresa y a besarnos en los pasillos.

—Oh, cierto. Y también le molesta que se haga el amor en los despachos, ¿no? —ella asintió—. ¿Cómo crees que le sentará en el cuarto donde se guardan los artículos de oficina? —preguntó con cómica especulación.

—Del mismo modo que si le decimos que lo dejaremos solo para enfrentarse a los Mulligan —al leer la protesta en el rostro de Jye, añadió—: De todos modos, Jye, no puedo irme de vacaciones ahora mismo. Tengo trabajo que recuperar hasta la próxima década —no era del todo mentira. Pero el verdadero motivo por el que no quería usar sus vacaciones era porque las reservaba para el día lluvioso en que él le dijera que su relación se había terminado. Hizo a un lado ese pensamiento y se obligó a sonreír—. Deja de preocuparte, Jye. Confía en mí, sobreviviremos a esta noche y ahí se acabará todo.

Capítulo 13

Durante toda la noche Jye sólo pensó en una cosa. «No quiero que este sea el final de todo».

Sólo porque llevaba reloj supo que la cena con los Mulligan y el trayecto de trasladarlos al aeropuerto para subir al vuelo privado que los llevaría a casa habían durado seis horas; aparte de eso, no habría sido capaz de contar qué había sucedido durante la velada. Sólo fue consciente de Stephanie, del tono melodioso de su voz y de su risa. La arrebatadora belleza de su cara lo había mantenido hechizado.

Pero en ese momento temía apartar la vista del camino para mirarla, por miedo a que hablara. El absoluto silencio que había mantenido desde que se despidieron de los Mulligan tenía una cualidad ominosa.

Al girar el coche para entrar en la calle de ella volvió a verse abrumado por una inquietud emocional que no entendía. Necesitaba tiempo para pensar sin distracciones... un tiempo a solas. Pero por primera vez en su vida la idea de quedarse solo lo tenía casi paralizado de terror.

Por un lado parecía ridículo que Steff pusiera fin a su relación por no estar embarazada, cuando en todo momento se había negado a aceptar la posibilidad de estarlo. Por supuesto, había dejado que su relación evolucionara porque lo deseaba, y no porque creyera que era inevitable que tuvieran que casarse. Pero, ¿y si decidía que todo se había acabado al desaparecer la preocupación de los Mulligan y de ser padres?

Antes de que rechazara la idea de las vacaciones, Jye había estado convencido de que en cuanto se alejaran de la sombra de Porter y del trato con los Mulligan, ella comprendería que lo que compartían iba más allá de los negocios y de un sexo estupendo. Que era... bueno, especial de alguna manera. ¿Qué posibilidades tenía de explicarle sus sentimientos cuando ni siquiera él mismo era capaz de entenderlos?

Seguía confuso cuando introdujo el coche en la entrada de la casa de Steff.

—Jye, sé que Duncan espera que vuelvas a tu piso, así que no hace falta que me acompañes dentro —Stephanie se había quitado el cinturón de seguridad antes de que el vehículo parara de golpe por la fuerza con la que él piso el freno. Cuando Jye logró salir del

coche ella ya cruzaba el césped hacia la puerta, donde se detuvo para rebuscar en el bolso—. ¡Menos mal! —rió, agitando las llaves —. Por un segundo pensé que tendría que entrar por la ventana y darle explicaciones a la policía.

—¿Por qué? —preguntó él con voz tensa—. ¿Es que cambiaste la cerradura cuando fui a buscar el esmoquin?

—Imagino que hace falta algo más de una semana para acostumbrarse a compartir; olvidé que te había dado un juego a ti.

—¿Es un modo indirecto de pedirme que te las devuelva? —se obligó a preguntar, a pesar de temer la respuesta.

—¡No! ¡Claro que no! —Jye se sintió aliviado al observar su expresión angustiada.

—De acuerdo. Entonces, ¿por qué te muestras tan ansiosa por deshacerte de mí? —inquirió, alzándole la barbilla. Y en cuanto lo hizo se arrepintió—. Olvida que lo he preguntado —murmuró con la boca pegada a su frente—. Después de mi exhibición adolescente de conducta hormonal en el pasillo hoy, tienes derecho a pensar que seré lo bastante insensible como para saltar sobre ti lo desees o no.

—No es eso —se apresuró a contestar ella— Es que como Duncan se queda en tu casa, se preguntará por qué tardas tanto. Y... y, bueno... preferiría...

—¿No anunciar el hecho de que somos amantes? —preguntó él. Steff bajó la vista. Jye supo que si decía algo sin duda lo lamentaría, así que en silencio le quitó las llaves de los dedos y abrió la puerta por ella, encendió la luz y entró para desactivar la alarma. Respiró hondo antes de atraparla en sus brazos para darle un beso intenso, pero muy breve—. Buenas noches, cariño. Cierra bien la puerta —ella asintió—. Y escucha, no te molestes en poner el despertador. Te despertaré con el desayuno en la cama.

—¡No! Será mejor que mañana lleguemos por separado a la oficina —otra sonrisa forzada iluminó su rostro—. Es por Duncan.

Jye no se molestó en recordarle que por lo general Duncan entraba en su despacho apenas amanecer, aun cuando no tenía que realizar el viaje de casi hora y media desde su hogar en las afueras.

Menos mal que conocía de memoria el camino hasta su casa, porque toda su atención la consumió su preocupación por Steff. A la mañana siguiente la preocupación se tornó en miedo al enterarse de que Stephanie había llamado a su secretaria para que cambiara todas sus citas por hallarse indispuesta.

Cuando no respondió a su llamada ni saltó el contestador automático, se metió en el coche hecho un manojo de nervios. Logró realizar el trayecto de cuarenta minutos en treinta y dos. Su temor no se evaporó al descubrir que la casa estaba vacía.

—¿Qué has dicho? —los ojos de Ellee estaban tan abiertos como su boca mientras miraba a Stephanie.

—Dormí con Jye —repitió.

—¡Santo cielo! Dios mío, Steff… ¿cuándo?

—Varias veces

—¡Santo cielo! Y… hmmm… —sacudió la cabeza—. ¿Exactamente cuántas veces es «varias veces»?

—Muchos —se encogió de hombros—. Tenemos… una relación.

—¡Qué tenéis una relación! —la sorpresa de Ellee se reflejó en las caras de los clientes de la cafetería del hotel que dirigía. Bajó la voz—. No puedo creerlo, Steff… quiero decir, ¡santo cielo! Una relación… y con Jye, de todos los hombres…

—Créelo. Llevamos viviendo juntos…

—Viviendo… San…

—Ha empeorado —cortó antes de que Ellee agotara la paciencia del Vaticano—. Me he enamorado de él.

—Bueno, eso ya lo había adivinado —agitó una mano—. Jamás te has acostado con un hombre del que no estuvieras enamorada.

—Sí, y jamás me había acostado con un hombre y rezado para estar embarazada.

—¿Vas a tener el hijo de Jye?

—Lo único… —deseó que la pregunta no doliera tanto—. Lo único que quiero más que eso es a él. Pero… pero sé que me quedaré sin ninguno de los dos —y por enésima vez aquella mañana prorrumpió en sollozos.

Después de desperdiciar tres horas del tiempo de Porter Corporation manteniendo alejada a Ellee de sus deberes para contarle toda la historia, Stephanie supo que era hora de recuperarse. Y como siempre que se sentía desgraciada o un romance empezaba a desmoronarse, decidió ir de compras.

Como comprar el sofá no había solucionado de inmediato el dolor de perder a Brad, cuando sólo imaginaba estar enamorada de él, más muebles no la ayudarían en el caso de Jye. Quería algo más personal, como un collar o un anillo, tal vez… ¡no, un anillo no! No necesitaba recordatorios de lo asombrosamente romántico que

podía ser; le hacía falta algo que la convenciera de lo bien que estaba sin él.

¡La cocina! Jye siempre insultaba sus habilidades culinarias y su deseo de cocinar… Compraría algunos libros de recetas y todo el equipo que fuera necesario para convertirla en un genio de la cocina. ¡Luego haría que él se comiera sus palabras!

Cuatro horas y miles de dólares más tarde, Stephanie se sentía desgraciada hasta el punto del dolor físico. Lo único que había conseguido era demostrar que cuando amabas a alguien con el corazón y el alma, y ese amor no era recíproco, no importaba lo que compraras, pelaras, cortaras o picaras, nada podía bloquear la angustia.

Con un poco de suerte, la tercera taza de té de camomila la ayudaría a pasar la noche sin que se desmoronara delante de Jye. Aunque tras un día de llorar de forma casi ininterrumpida, supuso que podía imaginar que ya había dejado atrás la fase de las lágrimas. Quizá en un día o dos, cuando le entregaran el juego de comedor que había adquirido, estaría de mejor ánimo para apreciar las cosas y pudiera dar una fiesta para marcar el inicio de un futuro sin hijos, soltera y sin amor.

El sonido del coche de Jye le aceleró el corazón, a pesar de que llevaba mirando el reloj desde que recibió la llamada de advertencia de Ellee. Ahí estaba. El comienzo del inevitable final.

«Oh, Dios, haz que el final tarde mucho, mucho tiempo en llegar», rezó, acurrucada en el sofá contando los latidos que dio su corazón hasta que él entró en el salón.

—¿Por qué no me llamaste para decírmelo? —preguntó Jye.

Ni un «Hola» o «¿Cómo te encuentras?», sólo una exigencia irritada. Stephanie maldijo la inútil esperanza que se obstinaba en no abandonarla.

—No vi motivo alguno para preocuparte hasta saber con certeza que había una razón.

—¿De verdad? ¿No se te ocurrió pensar que podía estar más preocupado al ver que no ibas a trabajar ni respondías a mis llamadas? ¿O cuando vine esta mañana y vi que no estabas? Demonios, Stephanie, si no hubiera localizado a Ellee en una cena de negocios mi siguiente paso iba a ser ir a la policía —ella siguió dándole la espalda, inmóvil. Jye jamás se había sentido tan frustrado—. ¡Maldita sea! ¡Date la vuelta y mírame, Stephanie! —cuando se volvió y él vio su expresión de absoluta desesperación, se

le rompió el corazón. Tenía los ojos colorados y la cara tensa. Nunca había visto esa hermosa cara tan desdichada—. Oh, Steff...

En cuanto se acercó a ella, se levantó de un salto del sofá y se alejó.

—A pesar del riesgo de ofenderte, la mala noticia es que anoche no me vino el período. Todavía no ha venido. Y, según esa revista que compraste, los pechos sensibles y las otras incomodidades de la premenstruación también pueden ser provocadas por el embarazo.

—Así que estás embarazada.

—No... no estoy segura. Pero fuiste tú quien dijo que debíamos estar preparados para lo peor.

—Bueno, pues creo que ya es hora de usar el test de embarazo que compré y averiguarlo con...

—¿Compraste un test de embarazo?

—Está en el armario bajo el tocador. Si te encuentras preparada... Iré a buscarlo.

—Se supone que hay que realizarlo con una muestra de orina apenas levantarte.

—Entonces imagino que tendremos que esperar hasta...

—No —corrigió, luego respiró hondo—. Yo también compré uno, y ya he hecho la prueba.

—Pero acabas de mencionar que no sabías... —frunció el ceño—. Oh, ¿quieres decir que aún esperas el resultado?

—Sí —suspiró—. Tenía demasiado miedo para mirar. Intentaba engañarme con la teoría de la ignorancia —añadió con amargura.

—Muy bien... —sabía que uno de ellos tendría que invocar el suficiente coraje para enfrentarse a lo inevitable—. ¿Dónde está? Yo miraré.

—No. Yo también iré.

Unos segundos después Jye observaba el pequeño tubo que había en la cómoda de Steff. Distaba mucho de ser azul. Las instrucciones en el test que él había comprado ponían que azul era positivo; si no se modificaba, negativo.

Steff lanzó un grito y se soltó de la mano de él. La desesperación que Jye vio en su cara fue como una daga clavada en su corazón.

—Steff, está bien —se apresuró a decir—. El color es claro. ¿Lo ves? —alzó la evidencia—. No estás embarazada. Para ello, se tendría que haber puesto azul.

—¡Lo sé! —espeto ella.

—¿Lo... sabes? Pero... pero estás llorando... no lo entiendo.

—¡Claro que no! Tú nunca quisiste tener hijos; sin embargo, yo quiero ser madre desde que tengo memoria —sollozó—. Quería tanto tener este bebé.

—Oh, cariño, tranquila... Eso no significa que no podrás tener hijos en el futuro. Demonios, sólo tienes veinti...

—¡Pero no quiero otros bebés! ¡Quería a éste! ¡Tú bebé... nuestro...! Oh, Dios... lo quería tanto... —las palabras podrían haber salido apagadas por el llanto y los hipos, pero Jye las oyó con más claridad que nada de lo que había oído jamás. Y al instante la esperanza creció en su corazón hasta hacerle creer que el pecho le iba a estallar—. ¡Yo quería tu bebé!

—¿Por qué? —apenas era capaz de hablar por el nudo que le atenazaba la garganta, pero necesitaba su respuesta—. Dime por qué, Stephanie —instó.

—Porque... ¡estoy enamorada de ti, maldita sea! Sé que no lo creerás, que piensas que eso no existe, pero sí existe, Jye —insistió con convicción—. Cuando sucede, lo sabes. No puedo explicarlo, pero...

—Entonces deja que yo lo intente —interrumpió con suavidad —. El amor existe cuando sólo oír el nombre de una persona hace que te vuelvas, con la esperanza de que esté ahí. Es cuando con sólo mirarla se te aceleran los latidos del corazón, aunque el sonido de su voz es la sinfonía clásica más maravillosa que jamás oirás; es tener a una persona en tu cabeza casi cada minuto que estás lejos de ella. Amar a alguien significa que su contacto es lo más excitante y tranquilizador que alguna vez experimentarás. Es tener el mejor sexo de tu vida, al tiempo que descubres que tu corazón es la zona más erógena de todo tu cuerpo. No es el deseo seguro y absoluto de compartir la última proximidad física, sino una montaña rusa de emociones que surge al sentir el dolor y el júbilo de esa persona con tanta intensidad como si fueran propios. Pero lo que hace que sea amor de verdad... de verdad, Steff, es algo tan precioso que resulta inenarrable. No se puede «encontrar», sin importar lo desesperadamente que lo busques. Pero tampoco se lo puede ignorar indefinidamente cuando lo tienes ante tu propia cara, sin importar la estupidez o terquedad con que desees negar su existencia. He creído en el amor desde que todo lo que pensaba que quería terminaba siendo lo opuesto a lo que necesitaba para ser feliz, y descubrí un gozo tan intenso que no estoy dispuesto a volver a negármelo negando el amor. Seré el primero en reconocer que he

sido asombrosamente estúpido y terco, Stephanie… pero te juro por Dios que te amo más que lo que puedas imaginar. Y jamás dejaré de amarte.

Los ojos bañados en lágrimas de Steff eran incapaces de estimar la distancia que los separaba, pero se lanzó hacia adelante, confiando en que él la atrapara. Cuando lo hizo, reclamó su boca con una pasión que le inflamó el corazón.

—¡Oh, Dios, Steff! ¡Te amo tanto! Por favor, no llores —suplicó, besando la humedad de sus mejillas—. La próxima vez lo conseguiremos. Sé que es decepcionante no tener el bebé, pero si quieres podemos tener una docena…

—¿Estás diciendo que también esperabas que mi embarazo fuera positivo? —se separó para mirarlo. Él asintió con sonrisa agridulce —. ¿Desde cuándo? —preguntó sorprendida.

—No estoy seguro de la fecha exacta —bromeó—. Pero sé que desde el primer momento en que te imaginé con el vientre abultado con el bebé que habíamos creado, me di cuenta de que podían pasar cosas peores. Y un día, comprendí que no verte embarazada con nuestro hijo era una de ellas.

—Oh, Jye… —la belleza y sinceridad de su declaración hicieron que se sintiera la mujer más afortunada y atesorada del mundo. Lo abrazó con fuerza y apoyó la cabeza en su hombro—. Jamás pensé que algo pudiera hacerme tan feliz.

—¿Ni siquiera ahorrarnos una boda enorme? —ironizó.

—¡Jye Fox! Tener tu amor y tus hijos es mucho más importante que casarme contigo.

—¿Qué? —se mostró estupefacto, y Stephanie tuvo que reír.

—Vamos, Jye… Siempre supe qué te inspiraba el matrimonio. Pero ahora que sé lo que sientes por mí… bueno, el matrimonio resulta irrelevante. Ya no es un tema importante —explicó—, porque sé que vamos a estar juntos el resto de nuestras vidas. No necesito un trozo de papel firmado delante de quinientos invitados.

—¿Lo que estás diciendo es que vamos a tener hijos, pero que sólo quieres que… que vivamos juntos?

—Por supuesto, los niños tendrán tu apellido —añadió—. Es lo que tú quieres, ¿no?

—¡Demonios, no! Quiero que nos casemos ante la ley, la iglesia y nuestros hijos, contigo luciendo un anillo tan grande como para hacerle saber a todo hombre en un radio de quince kilómetros que ya no estás en el mercado.

—¿De... de verdad quieres casarte conmigo? —preguntó ella, preocupada por un posible engaño de sus oídos.

—¡Claro que quiero casarme contigo! Santo cielo, Stephanie, ¿es que no has entendido ni una palabra de lo que dije? Te amo. Quiero que formemos una familia. Una familia tradicional. Y quiero que tengamos una casa tradicional, con fotos de nuestra boda en la repisa y un montón de álbumes para que puedan mirar los niños. La próxima vez que alguien nos pregunte la fecha en que nos casamos, y nuestros hijos lo harán, quiero poder tener una para no equivocamos. Y cuando seamos viejos y artríticos y no deseemos hacer otra cosa que estar echados en la cama, quiero poder recordar la sensación que me produjo tenerte en mis brazos durante el vals nupcial

—Shhh —riendo, le tapó la boca con la mano—. Vale, vale. ¡Me casaré contigo! Aunque no me imagino una época en que sea tan vieja como para estar sólo echada en la cama. ˆ '

—No tienes por qué hacer que suene como que me das el gusto —fingió tristeza—. Me gustaría pensar que tenías un buen motivo para aceptar...

—¡Oh, pero lo tengo! —se esforzó por mantener el rostro serio. Le acarició la mejilla y esbozó su sonrisa más seductora—. Convertirme en Stephanie Elizabeth Bernadette Fox va a hacerme increíblemente feliz el resto de mi vida.

—Eso suena como si hubieras hablado con sinceridad —sonrió.

—Y así es. De verdad que voy a disfrutar siendo la señora Fox. Porque con treinta y nueve letras en mi nombre, quitar Worthington hará que sea más fácil rellenar formularios y cheques... ¡Ehhh! —chilló cuando la alzó en brazos.

—¡Eres incorregible! ¿Lo sabías? —la arrojó sobre la cama—. Ahora lo único que tengo que hacer —comenzó a desabotonarle la blusa— es dejarte embarazada...

Mientras el sol del amanecer entraba en el dormitorio, Jye se sentó en la cama al tiempo que olvidaba la idea de adivinar cómo aceptar el amor podía elevar la unión de dos personas más allá del reino de cualquier descripción verbal.

—Jye... ¿Qué pasa?

—Es posible que después de todo estés embarazada —anunció—. Acabo de recordar que a veces las pruebas de embarazo en su primera fase pueden equivocarse. Incluso hasta las pruebas de

sangre a veces se equivocan. Traeré la revista… —una mano suave en su brazo lo detuvo.

—Cariño, no estoy embarazada.

—Pero no puedes estar segura.

—Sí que puedo —repuso, y al mirar en sus ojos esperanzados supo que había alcanzado un sueño—. Puede que aún no tenga las pruebas físicas, aunque tampoco espero que un test me indique cuándo lo estoy porque… —se llevó una mano al pecho— aquí lo sabré. Con todo lo que te amo, Jye, mi corazón registrara el instante en que Dios bendiga ese amor.

Y para sorpresa de Jye, cuatro meses después lo pudo demostrar, ya que le anunció que iba a ser padre tres semanas antes de que el doctor lo confirmara…